

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
CENTRO DE ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS
MAESTRÍA EN PENSAMIENTO SISTÉMICO**

**Configuraciones Vinculares Amorosas y Violencia: Narrativas de Adolescentes de un
Tercer Año de nivel Secundario en el Contexto Actual.**

Autora: Lic. en Psicología, Molina, Lola Anahí.

Directora: Dra. Villalba, Ana Eliza

Co- director: Dr. Kalin, Fernando Ezequiel

Lugar y fecha: Chaco, 25 marzo 2026.

Resumen

Esta investigación cualitativa analiza las configuraciones vinculares amorosas y las significaciones sobre los mandatos de género y las dinámicas de control en adolescentes de una escuela secundaria de Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco. Bajo el paradigma de la complejidad y la perspectiva sistémica, el estudio explora cómo las narrativas juveniles co-construyen sentidos sobre el amor, la identidad y la autonomía en la pospandemia. Se adoptó un enfoque cualitativo basado en la Grounded Theory y la investigación-acción, utilizando talleres reflexivos y el Modelo Margarita de Barnett Pearce como dispositivos centrales. Los hallazgos revelan la coexistencia de lógicas contradictorias donde etiquetas como el "chamuyo" o el "casi algo" conviven con patrones de vigilancia digital naturalizados y mandatos de masculinidad y feminidad que regulan el comportamiento grupal. Las reflexiones finales, escritas desde una perspectiva situada y profesional, destacan la urgencia de desnaturalizar estas tramas relacionales que romantizan el control, proponiendo la escuela como un espacio vital para la construcción de vínculos más equitativos y saludables.

Palabras clave: Adolescencia, Vínculos amorosos, Mandatos de género, Pensamiento complejo, Perspectiva sistémica.

Abstract

This qualitative research analyzes relationship configurations and the meanings associated with gender mandates and control dynamics among adolescents in a high school in Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco. Framed within the complexity paradigm and the systemic perspective, the study explores how youth narratives co-construct meanings of love, identity, and autonomy in the post-pandemic context. A qualitative approach based on Grounded Theory and action-research was adopted, using reflexive workshops and Barnett Pearce's Daisy Model as the primary data production tools. The findings reveal the coexistence of contradictory logics where labels such as "chamuyo" or "casi algo" coexist with naturalized digital surveillance patterns and masculinity/femininity mandates that regulate group behavior. Final reflections, written from a situated and professional perspective, highlight the urgency of denaturalizing these relational frameworks that romanticize control, proposing the school as a vital space for building more equitable and healthy relationships.

Keywords: Adolescence, Romantic relationships, Gender mandates, Complex thinking, Systemic perspective.

“Cuando me detengo, todo es regalo” (Pedro Aznar).

Dedicatoria

A mi mamá, mi mayor referente de mujer, por su incansable esfuerzo y por darme la oportunidad de formarme en esta profesión. Gracias por enseñarme, con tu ejemplo, que el trabajo solo tiene sentido cuando se hace con amor y vocación.

A mi compañero Nico y a mi hija Bianca, por la paciencia infinita durante todo este proceso. Bianca me acompañó desde la panza cuando inicié el cursado de esta maestría, siendo ambos el motor de cada una de estas páginas.

Agradecimientos

A mi familia que siempre me alienta a crecer, a mis compañeras y compañeros de trabajo y a mis amigas, por haber sido el oído necesario ante el cansancio y por sostenerme en los momentos de mayor agotamiento.

Al todo equipo de la maestría y compañeros de cursada, por el acompañamiento afectuoso durante este tiempo, con especial gratitud hacia Andrea por impulsarme a no bajar los brazos.

A Fernando y Ana, mis directores de tesis, por su guía, sus lecturas y aportes, y por acompañar este proceso con profesionalismo.

Finalmente, a la directora de la institución por abrirme las puertas y a cada uno de los adolescentes que participaron de la investigación; sus voces y su confianza son el corazón de este trabajo.

Índice

Resumen.....	2
Abstract.....	3
Dedicatoria.....	4
Agradecimientos	4
Índice.....	5
Introducción	10
El Problema De Investigación	13
Justificación	13
Planteamiento del Problema	17
Objetivo General.....	21
Objetivos Específicos.....	21
Capítulo I: Estado del Arte	23
Violencia en las Relaciones Amorosas Adolescentes.....	23
Estudios Cuantitativos	23
Estudios Cualitativos	26
Las Masculinidades.....	28
Capítulo II: Marco Paradigmático	32
Bases Epistemológicas: Del Pensamiento Complejo a la perspectiva Sistémica	33
El Paradigma de la Complejidad.....	33
La Perspectiva Sistémica	36
El Construccinismo Social y el Mundo Narrativo	38
La Construcción Social de la Realidad	38

Narrativas y el Poder del Lenguaje en la Construcción de Realidades.....	40
El Género como Sistema de Significados y la Construcción de las Masculinidades	42
La Construcción de la Masculinidad y la Feminidad en la Adolescencia	44
La Masculinidad Dominante.....	46
La Construcción Social del Amor y los Mitos del Amor Romántico	48
El Mundo Adolescente.....	51
Adolescencia: Subjetividad, Grupos de Pares y Entorno Digital	51
Las Relaciones de Noviazgo Adolescente	52
La violencia en las Relaciones de Noviazgo.....	54
Capítulo III: Marco Metodológico.....	59
Diseño de la Investigación: Un abordaje Cualitativo y Complejo.....	59
El Enfoque de la Grounded Theory (GT)	60
Instancias Participativas de Investigación: Talleres Reflexivos	61
Contexto y Escenario de la Investigación.....	62
Estrategia de Muestreo.....	62
Técnica de recolección: Los Talleres Reflexivos Como Instancia Participativa	63
Dinámica y Aplicación del Primer Taller: El "Terreno" de los Vínculos.....	64
Segundo Taller: Narrativas sobre la "Toxicidad"	65
Tercer Taller: Deconstrucción de Frases y Perfiles de Identidad	66
La Co-coordinación: Ampliación de la Mirada Observadora.....	67
Aspectos éticos de la investigación.....	67
Procedimiento de Análisis de Datos: El Método de Comparación Constante.....	68

Capítulo IV: Análisis de los Resultados y Discusión de los Datos.....	70
Configuraciones Vinculares Y El Mapa Del Compromiso: Del "Chamuyo" A La Formalidad.....	71
El Mapa de las Frecuencias y la Jerarquía de la "Seriedad"	73
Noviazgo vs. Relación Monogámica: El ideal frente a la institución.....	73
Configuraciones periféricas: Amigovios y Relaciones Abiertas	74
El respeto como sinónimo de exclusividad: La sanción a la apertura vincular	74
Reciprocidad y desequilibrio: La figura de la "Migajera" y el poder del interés.....	75
Concepciones de Género: Mandatos, Tensiones y la Escenificación del Conflicto	77
Mandatos de Masculinidad: Entre la Dureza y el "Princeso"	77
El "Princeso" como sanción a la demanda de reciprocidad	80
Mandatos de Femeidad: Pasividad y la Mujer como "Insegura"	82
Tensiones y Contrapuntos: El Plenario de los Afiches.....	84
El escenario digital: Control, vigilancia y la gramática del "Chamuyo"	86
La contraseña como prueba de confianza y la vigilancia potencial.....	87
El "Chamuyo" y el "Daily Chat" como Escenarios de Manipulación y Asimetría	88
La Gramática de la Inmediatez: El "visto" y el Control de los Tiempos	89
La Visibilidad Pública y las Prohibiciones en la Red	90
La Trama de la Naturalización: Articulaciones desde un Enfoque Sistémico-Complejo.	90
La Coordinación Del Control: Seguridad Vs. Autonomía En El Escenario Digital	91
Performatividad Y "Respeto": La Repetición Del Mandato En El Noviazgo	91

La "Migajera" Y La Asimetría Del Interés: Una Cárcel Narrativa.....	92
Discusión De Los Resultados	94
Eje 1: La Percepción Y Naturalización De La Violencia: Entre La Invisibilidad Y El Silencio.....	95
Eje 2: Mandatos De Masculinidad Y El Control Digital: La Vigilancia Como Performance	96
Eje 3: El Amor Romántico Y La Reproducción De Estereotipos: La Persistencia Del Ideal.....	99
Capítulo V: Reflexiones Finales	101
Una Mirada Desde La Propia Práctica: Punto De Partida	101
El Camino Recorrido	101
Los Hallazgos: Un Mapa De La Complejidad Vincular	103
El Impacto En La Salud Mental: Hacia Vínculos Más Equitativos	104
Desafíos Y Vicisitudes Del Trabajo De Campo	105
Áreas De Vacancia Y Líneas Abiertas.....	106
Hacia Una Praxis Transformadora: La Investigación Como Extensión	107
Capítulo VII: Historia Natural De Esta Investigación	110
Mis Huellas Profesionales Y El Surgimiento Del Problema	110
El Periplo Del Acceso	111
Obstáculos, Matrices Y Resonancias Finales.	111
Referencias Bibliográficas	113
Anexo.....	120

Anexo A: Registro del Primer Taller: Confección de Margaritas: Configuraciones	
Vinculares	120
Figura A1: Margarita “Casi Algo”	128
Figura A2: Margarita “Relación Abierta”	129
Figura A3: Margarita “Chamuyo”	129
Figura A4: Margarita “Amigovios”	130
Figura A5: Margarita “Noviazgo”.	130
Figura A6: Margarita “Relación Monogámica”	131
Anexo B: Registro del Segundo Taller: “Lo Tóxico” Narrativas y Relatos	131
Figura B1: Relato Escrito: Grupo Noviazgo.....	140
Figura B2: Relato Escrito: Grupo “Casi Algo”	141
Figura B3: Relato Escrito: Grupo “Chamuyo”	142
Anexo C: tercer taller: ¿Qué es ser varón hoy? ¿Qué es ser mujer hoy?	142
Grupo de varones	143
Figura C 1: Afiche confeccionado por el grupo de varones	156
Grupo de mujeres.....	157
Figura C2: Afiche confeccionado por el grupo de mujeres.	172
Anexo D: Presentación de los afiches y plenario.....	173
Anexo E: transcripción Letra canción 111. Yan Blok	178
Anexo F: Transcripción Letra canción 444. Yan Blok	181
Anexo G: Matriz de datos para categorización y análisis cualitativo	184

Introducción

La presente investigación se sumerge en la complejidad de las configuraciones vinculares amorosas actuales durante la adolescencia, entendiendo este fenómeno no como un hecho aislado o lineal, sino como un entramado multidimensional donde convergen lo subjetivo, lo social y lo cultural. Al situar el estudio en la ciudad de Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco, se busca desentrañar cómo las narrativas de los jóvenes de una escuela secundaria local configuran sentidos sobre el amor, el género y la violencia. Este abordaje se distancia de las miradas simplificadoras que intentan reducir la problemática a categorías cerradas de "agresor" o "víctima", optando en cambio por una perspectiva sistémica y construccionista que reconoce la interdefinibilidad de los elementos en juego.

La urgencia de este análisis se ve por la realidad actual del país. Durante el año 2025, Argentina registró cifras alarmantes que dan cuenta de la persistencia de la violencia hacia las mujeres. Según los datos consolidados por el Observatorio de Femicidios en Argentina “Adriana Marisel Zambrano”, se contabilizaron 271 femicidios y trans/travesticidios entre el 1 de enero y el 31 de diciembre de ese año. Esta cifra se traduce en el promedio de una muerte violenta por motivos de género cada 32 horas. Por su parte, el Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina (RNFJA) reportó una tendencia similar, destacando además la preocupante cantidad de intentos de femicidio y de hijos/as que quedaron sin madre. En lo que va de 2026, los informes preliminares de estos observatorios indican que la tendencia crítica se mantiene sin variaciones significativas, recordándonos que las estructuras que sostienen estas violencias siguen vigentes y requieren de una intervención profunda desde las etapas más tempranas de la socialización afectiva.

A lo largo de este trabajo, quien lea encontrará en primer lugar el planteamiento del problema de investigación y su debida justificación, donde se analiza la tensión entre el encuentro

cara a cara y la hipermediación digital, así como la persistencia de patrones de control bajo nuevas etiquetas vinculares. Seguidamente, el Capítulo I desarrolla el Estado del Arte, recuperando antecedentes nacionales e internacionales sobre violencia en el noviazgo y el estudio de las masculinidades, identificando una vacancia en estudios situados que contemplen la complejidad sistémica en contextos del interior provincial.

El recorrido continúa en el Capítulo II con un andamiaje teórico que articula el pensamiento complejo de Edgar Morin, la teoría de los sistemas complejos de Rolando García y la cibernética de Gregory Bateson, entre otros, permitiendo comprender la violencia como una emergencia sistémica. Posteriormente se detalla el marco paradigmático y metodológico, donde se fundamenta el uso de la Grounded Theory y la investigación-acción a través de talleres reflexivos. En las secciones finales, la tesis despliega el análisis de datos y la discusión de los resultados. Los hallazgos revelan la naturalización de los mandatos de género tradicionales, donde el control digital es significado por los adolescentes como una forma de cuidado interés romántico. Se observa que, si bien existen fisuras en los discursos hegemónicos, las narrativas aún se encuentran fuertemente tensionadas por la presión de los pares y la reproducción de las asimetrías de poder. Estos resultados dialogan con las investigaciones previas para dar lugar a reflexiones situadas que proponen repensar las estrategias de prevención escolar.

Finalmente, el trabajo se completa con la historia natural de la investigación y un apartado de anexos que resguarda el registro vivo de la experiencia, incluyendo desgrabaciones de los talleres, producciones escritas y el material visual producido colectivamente por los adolescentes, como las fotografías de los afiches y los modelos margaritas. Asimismo, se anexan algunos de los cuadros confeccionados como matrices de datos en el proceso de búsqueda de regularidades en los relatos de los adolescentes, ofreciendo una visión integral sobre cómo se gestan y sostienen los

sentidos sobre el amor en el presente contexto.

El Problema De Investigación

Justificación

La violencia en las relaciones amorosas adolescentes constituye una problemática social y sanitaria que se inscribe en el campo más amplio de la violencia de género y los derechos humanos. Su abordaje resulta prioritario por su creciente visibilización, su impacto en la salud integral de quienes la atraviesan y la persistencia de patrones socioculturales que naturalizan prácticas violentas. La elección de esta temática responde, asimismo, a la experiencia profesional previa en el ámbito de Salud Pública de la provincia del Chaco. Entre los años 2018 y 2020, la participación en un equipo interdisciplinario dedicado a la atención de niños, niñas y adolescentes permitió tomar contacto directo con las problemáticas que aquí se abordan.

En ese marco, se desarrollaron talleres con estudiantes secundarios sobre “violencia en el noviazgo” y “nuevas masculinidades”, donde se habilitaron espacios de conversación respecto de situaciones que los adolescentes vivenciaban en sus vínculos afectivos.

En estos encuentros –y también en la práctica clínica psicoterapéutica– emergieron con frecuencia relatos sobre conductas que constituyen modalidades de control, tales como celos, limitación del contacto con amistades, exigencia de acceso a redes sociales, revisión del teléfono o condicionamientos sobre actividades individuales. Tales comportamientos son frecuentemente interpretados como expresiones de “preocupación”, “amor” o “cuidado”, lo que contribuye a su naturalización. Este fenómeno coincide con lo señalado por Lemos y Elizalde (2012), quienes destacan que en las parejas adolescentes la violencia suele pasar desapercibida o ser minimizada, dado que se tiende a considerar las primeras relaciones afectivas como “poco serias”, “pasajeras” o “propias de la edad”, lo que dificulta su problematización.

La adolescencia constituye una etapa crítica para comprender estas dinámicas. Según la

Organización Mundial de la Salud (OMS, s.f.), se extiende entre los 10 y 19 años y se caracteriza por profundos cambios físicos, cognitivos, emocionales y sociales que influyen directamente en cómo los jóvenes se vinculan, toman decisiones y construyen sentidos sobre el amor y la pareja. Si bien el período es amplio, este estudio se enfocará en adolescentes de entre 15 y 16 años, dado que, según la experiencia profesional y la literatura existente, es en esa franja etaria donde se registran con mayor frecuencia las primeras experiencias amorosas y, con ellas, las primeras manifestaciones de violencia.

Decara y Calandín (2013) destacan que la violencia puede presentarse en múltiples formas de vinculación: relaciones estables, vínculos incipientes, relaciones esporádicas o informales. Por ello, este trabajo adopta la categoría “relaciones amorosas”, - entendidas aquí como configuraciones vinculares- para abarcar la diversidad de configuraciones vinculares adolescentes.

La relevancia de abordar esta problemática se sustenta también en el análisis de datos globales y nacionales. La Organización Mundial de la Salud (2021) estima que alrededor de una de cada tres mujeres ha experimentado violencia física o sexual por parte de una pareja en algún momento de su vida. Si bien estos datos corresponden principalmente a población adulta, dan cuenta de la dimensión estructural de la violencia de género, cuyas raíces se consolidan en patrones de socialización que comienzan a formarse durante la adolescencia.

A nivel nacional, el funcionamiento de la Línea 144 –creada en el marco de la Ley 26.485– constituye una fuente relevante de información. Según el análisis elaborado por UNICEF (2021), en los primeros años de funcionamiento de la línea el 82% de las niñas y adolescentes que realizaron consultas eran mujeres, y el porcentaje de casos de violencia ejercida por novios, parejas o exparejas aumentaba considerablemente durante la adolescencia. Asimismo, se identificó una predominancia de situaciones de violencia psicológica y sexual en este grupo etario. El informe

concluye que la violencia en relaciones de adolescentes es una problemática en aumento, cuya visibilización ha crecido en los últimos años, pero que aún requiere estudios específicos y políticas orientadas a su abordaje (UNICEF, 2021). El análisis de estas cifras debe comprenderse en diálogo con los procesos de socialización de género. Sbabo (como se citó en Escobar 2021), sostiene que las nociones de masculinidad y feminidad se aprenden desde edades tempranas, se transmiten socialmente y operan como modelos que regulan comportamientos, expresiones emocionales y formas de relación. Estas construcciones, lejos de ser estáticas o naturales, son históricas y dinámicas: lo que se considera “ser varón” o “ser mujer” varía según el contexto social y cultural (Escobar, 2021). En línea con ello, Olavarria (2004) señala que el género es un sistema de creencias que define prácticas, expectativas y jerarquías, y que reproduce desigualdades estructurales que afectan especialmente a las mujeres y diversidades sexuales.

Asimismo, el análisis de dichas cifras y marcos normativos debe ser complementado con una mirada que considere las mutaciones en la subjetividad adolescente tras el escenario de la post-pandemia. El período de aislamiento no solo consolidó la mediación digital como el territorio principal de los vínculos, sino que reconfiguró las nociones de presencia e intimidad. En la actualidad, la violencia psicológica y las modalidades de control encuentran en las redes sociales un canal privilegiado: la exigencia de contraseñas, el monitoreo de los “likes” o la fiscalización de las conexiones en tiempo real son prácticas que, aunque percibidas en ocasiones como “tóxicas” por los jóvenes, suelen estar naturalizadas bajo lógicas de cuidado o exclusividad.

Desde la perspectiva del pensamiento complejo, abordar la violencia en las relaciones amorosas adolescentes implica reconocer que no estamos ante variables lineales, dicotómicas de “víctima y victimario”, sino ante un sistema de significados compartidos. Resulta imperioso indagar cómo las nuevas etiquetas vinculares influyen en la percepción del compromiso y en la

legitimación de los malos tratos. Muchas veces, la falta de una etiqueta formal (como el “noviazgo”) actúa como una barrera para que los jóvenes identifiquen la violencia, minimizando el impacto del daño bajo la premisa de que “no somos nada”.

Por lo tanto, esta investigación se justifica no solo por la urgencia social del fenómeno, sino por su vacancia metodológica. Existe una necesidad de producir conocimiento situado en la provincia del Chaco que no solo registre la violencia, sino que recoja la polifonía de voces de los protagonistas. Este estudio buscó mapear la complejidad de los contextos que sostienen estas prácticas, aportando una mirada sistémica que sirva de insumo para intervenciones escolares y clínicas que hablen el mismo lenguaje que los adolescentes

En este sentido, abordar la violencia en las relaciones amorosas adolescentes exige reconocer que se trata de un fenómeno complejo, atravesado por múltiples dimensiones – individuales, afectivas, culturales, históricas, sociales, económicas y territoriales– que requirieron ser estudiadas desde un enfoque situado. La elección del territorio —la región NEA y, en particular, una ciudad del interior de la provincia del Chaco— respondió a la necesidad de producir conocimiento contextualizado. Las desigualdades regionales, las condiciones socioeconómicas y las particularidades culturales influyen en la configuración de las relaciones afectivas y en la visibilidad de las formas de violencia. El foco en contextos periféricos contribuye a contrarrestar el sesgo geográfico predominante en la literatura, que suele centrarse en grandes centros urbanos (AMBA¹, capitales provinciales), aportando evidencia relevante para la formulación de políticas locales y estrategias de intervención contextualizadas.

La generación de conocimiento contextualizado resulta imprescindible para comprender

¹ Se refiere al Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Unidad geográfica que comprende a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 40 municipios de la Provincia de Buenos Aires.

cómo los adolescentes narran y significan estas experiencias, qué sentidos atribuyen a la violencia, cómo se vinculan con los mandatos de género y qué estrategias despliegan para identificar, justificar o resistir situaciones que involucran malos tratos. Recuperar las narrativas adolescentes implicó reconocer a los jóvenes como sujetos de derecho, interlocutores válidos y productores de conocimiento sobre sus propias vidas. La visibilización de la problemática en esta franja etaria ha sido históricamente limitada (Lemos, 2016), y las políticas públicas suelen enfocarse prioritariamente en población adulta. Por ello, producir investigaciones que recojan las voces de adolescentes constituyó un aporte fundamental para fortalecer intervenciones preventivas, educativas y comunitarias que respondan a las necesidades reales del territorio.

La descripción de este escenario, donde las nuevas lógicas de presencia digital se entrelazan con mandatos de género persistentes, permite delimitar no solo un objeto de estudio, sino una urgencia institucional y territorial. Entender la violencia en los vínculos adolescentes de Sáenz Peña como una "danza relacional" mediada por tecnologías exige trascender la mera denuncia del síntoma para indagar en la trama de sentidos que la sostiene. Es en esta intersección entre la mutación de los vínculos post-pandemia y la vigencia de estructuras de control invisibilizadas donde la presente investigación encuentra su razón de ser. Por lo tanto, la relevancia de este estudio se fundamentó tanto en la necesidad de producir conocimiento situado en nuestra región como en la urgencia de generar herramientas que permitan a los jóvenes nombrar y transformar las violencias que habitan bajo las nuevas configuraciones amorosas.

Planteamiento del Problema

En las últimas décadas, las modalidades de vinculación afectiva en la adolescencia han experimentado transformaciones profundas, impulsadas tanto por los cambios en los paradigmas de género como por la irrupción de las tecnologías de la comunicación. Sin embargo, este escenario

se ha vuelto aún más complejo en el contexto de la post-pandemia. El retorno a la presencialidad escolar no significó una vuelta a las formas tradicionales de relacionarse, sino la consolidación de lo que autores como Corea y Lewkowicz (2004) identificarían como una subjetividad atravesada por nuevas lógicas de presencia. Se constituye así un modelo híbrido donde la subjetividad adolescente habita una tensión constante entre el encuentro cara a cara y la hipermediación digital, reconfigurando lo que Morduchowicz (2021) define como las fronteras entre lo íntimo, lo privado y lo público.

El problema central radicaría en que, mientras las formas de vincularse mutan hacia configuraciones más fluidas y menos etiquetadas, fenómeno que investigadores como Elizalde (2015) asocian a nuevas formas de gestión del deseo y la identidad en la cultura juvenil, los patrones de violencia y control parecen persistir, mimetizándose bajo nuevas formas. En estos escenarios, las conductas de vigilancia digital o manipulación emocional suelen ser minimizadas por los propios protagonistas. Esto ocurre especialmente cuando el vínculo no se encuadra en las categorías tradicionales de "pareja" o "noviazgo", lo que, en términos de Segato (2018), permite que los mandatos de control se sigan reproduciendo de manera invisible bajo la apariencia de una libertad vincular que, en la práctica, no siempre es tal.

Desde una perspectiva sistémica, la violencia en los vínculos adolescentes no puede entenderse como un hecho aislado, sino como un fenómeno emergente de una trama donde convergen mandatos culturales históricos, nuevas gramáticas digitales y la construcción de identidad propia de la etapa vital. Existe una vacancia de conocimiento sobre cómo los jóvenes de contextos específicos, como el interior de la provincia del Chaco, significan y narran estas experiencias en la actualidad.

Asimismo, la necesidad de esta investigación se asienta sobre coordenadas territoriales

precisas. En la provincia del Chaco, la violencia de género presenta índices de extrema gravedad que permean todas las franjas etarias. Según el registro nacional de la organización Mujeres de la Matria Latinoamericana (MuMaLá, 2024), la región del NEA persiste como una de las zonas con mayores tasas de femicidios y violencia institucional, donde las respuestas estatales suelen focalizarse en la emergencia de la población adulta, dejando un vacío preventivo en las etapas iniciales de los vínculos amorosos.

A nivel local, en Presidencia Roque Sáenz Peña, la conflictividad entre adolescentes ha ganado visibilidad en la agenda pública, no ya como meros "problemas de conducta", sino como emergentes de tensiones vinculares mal gestionadas. Registros periodísticos locales han dado cuenta de episodios de violencia física y verbal en las inmediaciones de instituciones educativas, vinculados frecuentemente a dinámicas de celos y control digital (NG Federal, 2025). Estos hechos evidencian que el entorno escolar funciona como una caja de resonancia de los mandatos de género predominantes en la cultura de la ciudad.

Esta problemática se inserta en un sistema educativo local (Región Educativa IV-A) caracterizado por una distribución bimodal de su oferta. La ciudad cuenta con aproximadamente 15 instituciones de gestión estatal y 12 Unidades Educativas Públicas de Gestión Privada (UEGP). Dentro de este último sector, existe una marcada preeminencia de instituciones de orientación confesional —predominantemente católicas, seguidas por evangélicas y adventistas—, lo que le otorga al campo educativo local una impronta donde los valores religiosos y las tradiciones institucionales tienen un peso significativo en la cultura escolar.

En este marco, el presente trabajo de campo se desarrolló en una unidad educativa², que tiene 12 años de trayectoria, de gestión privada y orientación católica situada en el radio céntrico

² Para mantener el anonimato y confidencialidad de los participantes de la investigación, se omite intencionalmente el nombre de la institución educativa.

de la ciudad. Se trata de una institución que integra los niveles secundario y superior, con un ideario centrado en la promoción humana y el compromiso social. Su ubicación y trayectoria la convierten en un punto de referencia para familias que buscan una formación integral vinculada a valores cristianos, atrayendo a una población estudiantil heterogénea que habita diversos sectores del tejido urbano.

Asimismo, en este escenario, la implementación de la Educación Sexual Integral (ESI) aparece como un terreno en disputa. Si bien los lineamientos curriculares nacionales y provinciales establecen la obligatoriedad de abordar la afectividad y la prevención de la violencia, la aplicación efectiva en las aulas de la región se encuentra con obstáculos significativos. La experiencia profesional en el territorio permite observar que, especialmente en instituciones con orientación religiosa, la ESI suele quedar restringida a contenidos biológicos o preventivos de salud reproductiva. Se omite, de este modo, el trabajo reflexivo sobre las "nuevas masculinidades" o la deconstrucción de los mitos del amor romántico, dejando a los jóvenes sin la posibilidad de construir herramientas críticas para nombrar las violencias que atraviesan bajo las nuevas configuraciones vinculares.

Esta distancia entre la normativa vigente y la práctica pedagógica cotidiana configura un escenario de vulnerabilidad. El hecho de que la violencia en el noviazgo adolescente sea percibida como una temática "polémica" o "secundaria" dentro de la planificación escolar, refuerza su naturalización. Ante la ausencia de espacios sistemáticos de escucha en la escuela, las conductas de vigilancia y manipulación digital se consolidan como formas legítimas de relación.

En este contexto, puntualmente, la elección del tercer año de nivel secundario se fundamenta en la existencia de un emergente sistémico: situaciones complejas protagonizadas por una pareja de compañeros del mismo curso. Dichos episodios afectaron el clima grupal y pusieron

en evidencia la dificultad de los jóvenes para identificar conductas violentas cuando estas se encuentran solapadas bajo el rótulo de “vínculo amoroso”. Esta situación particular actuó como un disparador para que la institución reconociera la necesidad de indagar sobre los sentidos que circulan en el grupo, entendiendo que lo ocurrido no es un hecho aislado, sino el emergente de una trama de significaciones compartidas que requiere ser explorada.

Por lo tanto, considerando este entramado donde convergen la urgencia social regional, la fragilidad de las intervenciones escolares en dicha temática y la mutación de los vínculos en la post-pandemia, surgió la siguiente la siguiente pregunta de investigación:

¿Cuáles son las narrativas y sentidos que los adolescentes de un tercer año de nivel secundario de Roque Sáenz Peña, construyen en torno a la violencia en sus configuraciones vinculares amorosas en, el contexto actual?

El objeto de estudio del presente estudio son las narrativas y sentidos de los adolescentes de un tercer año de nivel secundario de Pcia. Roque Sáenz Peña, que construyen en torno a la violencia en las configuraciones vinculares amorosas en el contexto actual.

Objetivo General

Comprender los sentidos y narrativas que los adolescentes de un tercer año de una escuela secundaria de gestión privada (Chaco) construyen en torno a la violencia en sus configuraciones vinculares amorosas.

Objetivos Específicos

Identificar y categorizar las diversas modalidades de vinculación afectiva reconocidas por los adolescentes, analizando cómo se relacionan estas configuraciones con la percepción de la violencia.

Explorar las concepciones y mandatos en torno a la masculinidad y la femineidad presentes

en los relatos de los adolescentes, identificando tensiones y permanencias en la construcción de su identidad de género.

Mapear el rol de los entornos digitales y las redes sociales en las dinámicas de control, celos y ejercicio de poder dentro de las relaciones amorosas.

Establecer las articulaciones que los adolescentes realizan entre los mandatos de género, las nuevas formas de vincularse y las prácticas naturalizadas de violencia (físicas, psicológicas o simbólicas).

En suma, la evidencia empírica, los marcos normativos nacionales e internacionales y la experiencia profesional convergen en señalar la relevancia y urgencia de estudiar la violencia en las relaciones amorosas adolescentes desde un enfoque situado y con perspectiva de género. En este contexto, resulta necesario revisar las investigaciones previas que han explorado este fenómeno y sus múltiples dimensiones, con el fin de identificar aportes, tensiones y vacancias que permitan delimitar el problema de estudio. A continuación, se presenta el Estado del Arte, donde se sistematizan los principales antecedentes teóricos y empíricos que fundamentan esta investigación.

Capítulo I: Estado del Arte

A los fines de presentar el estado actual de conocimiento sobre el tema, se presentan, por un lado, las investigaciones realizadas en torno a la violencia en las relaciones amorosas adolescentes; y por otro, las investigaciones en torno a las masculinidades, con el propósito de situar la problemática en el marco de los conocimientos producidos hasta el momento. Este recorrido permite identificar los principales enfoques teóricos, hallazgos empíricos y vacancias persistentes en el campo, aportando una base sólida para comprender el fenómeno y contextualizar los objetivos de la presente investigación. La sistematización de estos estudios permite visibilizar las transformaciones, tensiones y continuidades que atraviesan las experiencias afectivas de los adolescentes, así como los factores socioculturales que intervienen en la reproducción o cuestionamiento de prácticas violentas.

Violencia en las Relaciones Amorosas Adolescentes

En el ámbito internacional, tanto como en nuestro país, es posible encontrar investigaciones en torno a la temática. Ya sea de corte cuantitativo o estudios cualitativos.

Estudios Cuantitativos

En el ámbito internacional, San Martín Andujar et al. (2023) realizaron un estudio transversal en centros educativos públicos de Galicia (España) que impartían Educación Secundaria Obligatoria. Llevaron a cabo cuestionarios anónimos. Algunos de los datos arrojados refieren que el 99% de las mujeres percibieron que no es normal controlar la vestimenta de la pareja frente al 88% de los hombres; en relación con el control de las amistades, estos porcentajes fueron del 87,6% y el 73,1%, en mujeres y hombres, respectivamente. El 46,8% del estudiantado admitió conocer casos que enviaban varios mensajes al día para saber qué estaba haciendo la pareja. Concluyeron que la percepción de violencia en el noviazgo es mayor por parte de las

mujeres. Las mayores diferencias entre hombres y mujeres se observan en los ítems del dominio control.

A continuación, se mencionan las investigaciones que resultaron pertinentes tener en cuenta, llevadas a cabo en nuestro país.

En relación a los estudios cuantitativos, Bertolino et al. (2018), realizaron, en Córdoba, un estudio de prevalencia de violencia durante el noviazgo en adolescentes y jóvenes con el objetivo de contribuir a la identificación de conductas violentas. Realizaron encuestas anónimas, a través de Google Drive, a adolescentes y jóvenes entre los 10 y 25 años, cursando una relación actual de noviazgo. El estudio concluye que el tipo de violencia más frecuente es la violencia psicología y emocional, luego la física y la sexual, presentándose éstas, de forma progresiva. Asimismo, refieren que en muchas ocasiones la violencia en el noviazgo pasa desapercibida, ya que se piensa que la pareja actúa de esa forma por amor, y de esta manera se la naturaliza.

Continuando con los estudios cuantitativos, Paramo y Arrigoni (2018), así como Arbach, Nguyen Vo & Bobbio (2015) y realizaron investigaciones utilizando muestras de jóvenes universitarios. En el primer caso, se presenta un estudio transversal, de tipo descriptivo, cuyo objetivo fue describir las características de la violencia psicológica en las relaciones de noviazgo, respecto a su percepción, modalidades y respuesta hacia la misma. Se administró el cuestionario de violencia psicológica en el noviazgo a jóvenes universitarios de la universidad de Aconcagua, Mendoza. Los resultados arrojan altos porcentajes en torno a la presencia de conductas o actitudes que reflejan violencia psicológica en las relaciones de noviazgo como el oposicionismo, la ridiculización, negación, rechazo, amenaza de abandono (Paramo y Arrigoni, 2018). Por otro lado, Arbach, Nguyen Vo & Bobbio (2015) realizaron una investigación en Córdoba, cuyo objetivo fue explorar la prevalencia e intensidad de la violencia física y las lesiones en las relaciones de pareja,

a través de la CTS-2 (Conflict Tactics Scale), aplicada a estudiantes universitarios de la Universidad Nacional de Córdoba. Los resultados arrojan que, en promedio, el 34% de las mujeres y el 22% de los varones agredieron físicamente a su pareja en los últimos 12 meses. Destacan la alta tasa de agresiones físicas perpetradas tanto por chicas como por chicos y la bidireccionalidad como el patrón más frecuente en las parejas.

Asimismo, una investigación realizada por la Defensoría del Pueblo de la Provincia de Córdoba (Decara & Calandín, 2013), se propuso contribuir al análisis de los noviazgos adolescentes de la ciudad de Córdoba desde la perspectiva de género. Los objetivos propuestos fueron identificar el reconocimiento de conductas violentas durante el noviazgo adolescente e indagar posibles factores de riesgo que influyen en las relaciones de violencia en la pareja y el grado de naturalización de la violencia en las relaciones de noviazgo. Aplicaron una encuesta cerrada a una muestra de jóvenes de entre 15 y 19 años. Los resultados indican que casi la totalidad de la muestra reconoció al menos uno de los indicadores de violencia en sus relaciones de pareja, considerando violencia física, psicológica y sexual. También concluyen que, si bien la violencia psicológica es la más identificada por toda la población encuestada, es la más invisibilizada y naturalizada. Al respecto mencionan que un alto porcentaje de mujeres no reconoce las manifestaciones de violencia psicológica, y esto estaría vinculado con la dificultad para identificar la misma, por el alto grado de naturalización de sus expresiones en la vida cotidiana de las parejas. Dentro de las expresiones de violencia psicológica, se mencionan las conductas de control hacia el otro miembro de la pareja y los celos como principal causa de conflictos. En relación al análisis de los factores de riesgo, se destaca que son los varones los que sostienen en mayor medida los estereotipos tradicionales y las actitudes conservadoras sobre el rol de la mujer. Igualmente, concluye que, “los elevados porcentajes alrededor de indicadores de violencia que se detectaron

en el grupo de pares y en las familias de la población encuestada, la alta presencia de estereotipos machistas, y la elevada percepción de presencia de violencia en las parejas, pueden favorecer la naturalización de la violencia en las relaciones de noviazgo. La naturalización de la problemática contribuye a la reproducción de diferentes tipos de violencia” (Decara & Calandín, 2013, p.41-42).

De igual manera, Ampoli, Wesser y Abecasis (2021) realizaron un estudio en Córdoba titulado violencia en noviazgos adolescentes: su relación con las dificultades de regulación emocional y sexismo ambivalente. Aplicaron cuestionarios a varones y mujeres de entre 14 y 27 años, de distintas provincias. Analizaron cómo las dificultades en la regulación emocional se relacionan con la perpetración de violencia; encontrando que adolescentes con mayores problemas para modular emociones negativas presentan más conductas de agresión en sus vínculos. Además, observaron que el sexismo ambivalente, tanto benevolente como hostil, opera como un factor socio cultural que legitima prácticas de control y agresión. Los hallazgos aportan evidencia sobre la interacción entre variables psicológicas y culturales en la producción de violencia en parejas jóvenes.

Estudios Cualitativos

Por otro lado, en el marco de las investigaciones de corte cualitativo, también se encuentran estudios realizados en el ámbito internacional y en nuestro país. Dichos trabajos permiten darles voz a los adolescentes, poniendo de manifiesto su mundo de significaciones.

En Venezuela, Argüelles y Caricote (2014) realizaron una investigación basada en la fenomenología hermenéutica para estudiar la violencia en el noviazgo adolescente, realizando entrevistas a cuatro mujeres y un varón que mantuvieron una relación de violencia en el noviazgo. Concluyen que la baja autoestima en los adolescentes participantes debido a conflictos familiares

y a la propia condición de ser adolescentes, los hace proclive a ser impulsivos y a la dependencia emocional. Asimismo, destacan que, a pesar de haber avanzado con la información sobre la equidad de género, siguen existiendo nudos problemáticos de estereotipos de géneros que tienen que ver con realidades en la familia y los adolescentes los reproducen desde sus esquemas culturales de manera inconsciente durante el noviazgo.

En terreno local, Arévalos (2022) presenta un estudio exploratorio en el cual indaga las relaciones existentes entre los miedos y las diferentes manifestaciones de violencia que tienen lugar en las relaciones de pareja que conforman estudiantes de escuelas secundarias urbanas periféricas de la Ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires. A través de la realización de entrevistas en profundidad se examina el modo en que las situaciones de humillación e inferiorización que se experimentan en este tipo de vínculos estructuran prácticas de silenciamiento y sentimientos que remiten a una autoevaluación negativa de sí mismo. El estudio pone de manifiesto las distintas estrategias colectivas destinadas a disminuir las situaciones de peligro. En este sentido, se destaca la importancia de los vínculos intra generacionales, así como los inter generacionales, destacando los espacios institucionales escolares, en donde los jóvenes pueden sentirse escuchados y reconocidos.

Por su parte, Palumbo (2016) llevó a cabo una investigación descriptiva para analizar cómo se articulan amor y violencia en las relaciones de noviazgo. Para tal fin, realizó entrevistas a jóvenes de clase media de entre 15 y 19 años, con al menos tres meses de noviazgo, residentes en Amba (Área metropolitana de Buenos Aires). A lo largo del análisis de las mismas, visualiza la manera en que cada miembro de la pareja moldea violencias específicas, según el género, sobre el otro. Los elementos que configuran las pautas de cortejo y noviazgo hacen que la violencia no sea considerada por los entrevistados estrictamente en términos negativos, sino como modos de

alcanzar complicidad, satisfacción recíproca, diversión y fusión. En este sentido, la violencia constituye un modo de erotización en los sujetos jóvenes de clase media urbana.

Las Masculinidades

En relación a dicha temática se encontraron menor cantidad de investigaciones realizadas. Se presentan estudios de tipo cualitativos, indicando en primera instancia, un estudio internacional y luego se mencionan referencias en nuestro país.

Una investigación de tipo exploratoria publicada en España, (Martínez Avidad & Pérez López, 2020), se propuso conocer qué rasgos concretos del ideal masculino hegemónico siguen vigentes entre los jóvenes y cuáles han podido sufrir modificaciones como consecuencia de los cambios sociales. Llevaron a cabo grupos de discusión y entrevistas semi-estructuradas, con adolescentes mujeres y varones que cursaban los últimos años de Educación Secundaria Obligatoria. Según los datos extraídos del estudio, a pesar de las transformaciones sociales y el discurso culturalmente legitimado en torno a la igualdad de género, muchos de los rasgos del rol hegemónico tradicional masculino siguen predominantemente vigentes entre los adolescentes. El arquetipo masculino que los jóvenes tienen y reproducen es un varón que reprime sus emociones porque revelan debilidad, se muestra independiente y autosuficiente, se pone en riesgo para mostrar su valor, hace uso legitimado de la violencia, es heterosexual y activo sexualmente. Otro dato interesante aportado, es el reconocimiento de que el rol masculino es continuamente vigilado y reforzado por el grupo de pares, contribuyendo así a la reproducción de las formas dominantes de masculinidad. La investigación también arroja datos en relación a algunas variaciones que está atravesando el rol masculino tradicional, que implica el alejamiento del rol masculino de proveedor, así como el discurso de la superioridad masculina.

Por otra parte, en el contexto nacional, se realizó en la ciudad de Córdoba una investigación

que tuvo como objetivos describir las representaciones e ideas que tienen los jóvenes sobre las masculinidades y el vínculo entre esos modelos con indicios de violencia de género en las relaciones afectivas (Guevara & Gontero, 2014). La muestra fue compuesta por adolescentes varones y mujeres de 16 a 20 años de una escuela pública de nivel medio. Implementaron observación participante, entrevista en profundidad, talleres participativos y encuestas de opinión.

Los resultados de la investigación reflejan que una de las características más destacadas por las mujeres, al momento de buscar pareja, es que el varón sea protector. Esta característica también es uno de los atributos más valorados del “ser hombre”, tanto por los varones como por las mujeres. Observaron que la idea del novio protector suele estar vinculada a parejas donde hay celos (me cela porque me quiere); a algunos varones que ejercen prácticas de control dentro de la relación (de horarios de salida de la escuela, celulares, redes sociales); así como a la toma de decisiones unilaterales (decidir si su novia asiste a fiestas, a casas de amigas o permitir que se junte amigos). Respecto a las emociones que demuestran los varones, se encontró que las expresiones de felicidad, bienestar y cariño se demuestran en público, mientras que, a la hora de manifestar emociones de tristeza y malestar personal, continúan expresándolas en ámbitos más íntimos y privados, o inclusive, reprimiéndolas. Otro atributo adjudicado a la masculinidad por un gran porcentaje de varones y mujeres, fue la condición de “heterosexual”, mientras que la homosexualidad como característica posible dentro la masculinidad aparece oculta, innombrada. Además, mencionan la presencia de una fuerte división sexual del trabajo, basada en la percepción de lo masculino vinculado a tareas del ámbito público, mientras que lo femenino es pensado en relación a lo doméstico, incluso por las adolescentes. Finalmente, las autoras reflexionan en torno a que, si bien el reconocimiento de la violencia de género por parte de los adolescentes implica que ellos conocen sus consecuencias, continúan desconociendo el origen multicausal de la

problemática, relacionándola a características de la personalidad y al consumo de sustancias, y no la contemplan como un problema social y cultural.

Cabe destacar un punto de encuentro entre ambas investigaciones mencionadas previamente. En el estudio de España (Martínez Avidad & Pérez López, 2020), observaron que aspectos relacionados a malestares experimentados, o cuestionamientos al rol masculino, quedaban más ocultos en los grupos de discusión debido a la vigilancia externa producida por la presencia de pares. Asimismo, en la investigación realizada en Córdoba (Guevara & Gontero 2014), los testimonios de varones, relacionados a sus sentimientos, sufrimientos y vivencias más íntimas de tinte emocional, pudieron ser obtenidas en la instancia de entrevistas individuales, ya que en los espacios de talleres prevalecía el “llamar la atención” a través de peleas, gritos o rebeldía. En ambos casos, los relatos que implicaban un alejamiento del ideal hegemónico del ser varón se pusieron de manifiesto en las instancias individuales y no en los escenarios grupales.

Otra investigación realizada en Córdoba (Bard Wigdor, 2018), indaga acerca de la masculinidad hegemónica, a partir de los modos en que experimentan y significan el amor romántico, la sexualidad y las relaciones de pareja, varones heterosexuales cisgénero de diferentes posiciones. Se realizaron entrevistas en profundidad a varones de entre 18 a 60 años, que viven en la provincia de Córdoba, entrevistas directivas a informantes clave y observación participante. El estudio aporta que, en el marco del capitalismo tardío y del orden heteropatriarcal, el amor romántico es un mito central en las relaciones sexo-afectivas, que fortalece representaciones sobre “la mujer merecedora” de este tipo ideal de amor. Estas ficciones de género, se transforman en expectativas y mandatos hacia las mujeres con las que estos varones se vinculan, contribuyendo a la emergencia de prácticas y discursos violentos, cuando en el encuentro con la pluralidad de mujeres, éstas no se cumplen.

En conjunto, las investigaciones revisadas muestran que las experiencias adolescentes en torno a la violencia y a las masculinidades se configuran en un entramado de mandatos de género, dinámicas de socialización afectiva y condiciones socioculturales que moldean las formas de vincularse. Mientras los estudios cuantitativos evidencian la amplia presencia y naturalización de diversas manifestaciones de violencia, los enfoques cualitativos permiten acceder a los sentidos subjetivos que sostienen estas prácticas. A la luz de este estado del arte, se vuelve necesario continuar explorando las narrativas juveniles para comprender cómo significan sus relaciones y cómo elaboran sus propias experiencias amorosas en un escenario social atravesado por tensiones, transformaciones y continuidades.

En síntesis, el recorrido por los antecedentes expuestos evidencia que, si bien la violencia en las relaciones amorosas adolescentes ha ganado visibilidad académica, persiste el desafío de trascender las explicaciones causales o individuales para comprenderla como un fenómeno relacional y situado. Las investigaciones revisadas subrayan la persistencia de mandatos de masculinidad hegemónica y la naturalización de patrones de control que se co-construyen en la interacción social. No obstante, se observa la necesidad de profundizar en cómo estas dinámicas son significadas por los propios protagonistas en contextos territoriales específicos. Esta complejidad demanda un andamiaje teórico capaz de articular las múltiples dimensiones que atraviesan esta problemática. Por tal motivo, el siguiente apartado desarrolla el marco paradigmático y teórico que sustenta esta investigación, el cual propone una mirada desde el Pensamiento Sistémico y el paradigma de la Complejidad para abordar la violencia, no como un atributo de los sujetos, sino como una pauta que emerge y se sostiene en el entramado de significaciones y relaciones adolescentes.

Capítulo II: Marco Paradigmático

A continuación, se presenta el marco paradigmático que sostiene y da sentido a la presente investigación. En este apartado se detallan los fundamentos epistemológicos y las coordenadas teóricas desde las cuales se interroga la realidad social. El recorrido se inicia con la perspectiva del pensamiento complejo, para luego articularse con la epistemología situada, la categoría de género como eje transversal y el construccionismo social, configurando así un posicionamiento integral que permite abordar la violencia en los vínculos amorosos adolescentes en toda su multidimensionalidad, reconociendo la complejidad del fenómeno.

En esta investigación se asume una perspectiva que articula múltiples dimensiones — sociales, culturales, vinculares, subjetivas, históricas—, desde un enfoque cualitativo, situado y contextualizado. En este sentido, se retoman los aportes del pensamiento complejo formulado por Edgar Morin (1990, 1999, 2005), en tanto este paradigma permite trascender las lógicas reduccionistas y lineales que fragmentan los fenómenos, y propone un modo de conocer que integre lo diverso, lo contradictorio, lo incierto y lo dinámico. El problema de estudio no puede ser comprendido desde categorías cerradas ni desde explicaciones causales únicas. Por el contrario, requiere considerar cómo los adolescentes construyen sentidos acerca de sus vínculos amorosos, cómo interpretan las prácticas de control, celos, violencia o cuidado, y qué representaciones sostienen sobre los mandatos de género, particularmente en torno a la masculinidad y la feminidad. Las narrativas que elaboran ofrecen acceso privilegiado a los modos en que subjetivan sus experiencias relacionales, revelando tanto las continuidades como las tensiones con los discursos hegemónicos que circulan en la cultura. A su vez, esta investigación se inscribe en una epistemología situada, entendiendo que el conocimiento es producido desde un lugar, una historia, una geografía, y en diálogo con los contextos en los que emergen las prácticas sociales.

La categoría de género, asumida como construcción social (Fernández et al., s.f.; Olavarría, 2005; Escobar, 2021), constituye un eje transversal en esta investigación. En tanto sistema de significados normativos que ordena lo deseable, lo permitido y lo esperable según el sexo asignado al nacer, el género estructura no solo las identidades, sino también las formas en que se conciben y se habitan los vínculos amorosos. La masculinidad hegemónica, en particular, sostiene patrones de poder y control que muchas veces operan de modo naturalizado en los relatos adolescentes, dando lugar a prácticas que constituyen expresiones de violencia. Finalmente, desde el construccionismo social (Gergen, 2006; White y Epston, 1993), se comprende que los significados que las personas otorgan a sus experiencias son contruidos colectivamente, en procesos de interacción, a partir de los discursos disponibles en cada cultura. Por ello, el interés de esta investigación no radica en identificar hechos objetivos, sino en explorar las formas en que los adolescentes narran, simbolizan y resignifican sus experiencias afectivas, sus ideas sobre el amor, el control, los celos, la confianza, y el modo en que esos relatos se entranan con los modelos de género que circulan en su entorno. Desde este posicionamiento, se busca generar conocimiento situado, que contribuya a la desnaturalización de las violencias y a la construcción de miradas más complejas, críticas y transformadoras sobre los vínculos amorosos en la adolescencia.

Bases Epistemológicas: Del Pensamiento Complejo a la perspectiva Sistémica

El Paradigma de la Complejidad

La presente investigación se enmarca en el paradigma cualitativo y asume, como marco epistémico general, los aportes del pensamiento complejo, tal como lo formula Edgar Morin (1990, 1999, 2005). Este enfoque constituye una crítica al pensamiento simplificador, lineal y disyuntivo de la modernidad, proponiendo una forma de pensar capaz de articular lo diverso, lo contradictorio

y lo incierto, en una visión integradora de los fenómenos humanos. “

La complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre (Morin, 1990, p.4.).

Asimismo, resulta pertinente destacar la noción de *complexus*, haciendo referencia al entramado, el entretejido, destacando la importancia de contextualizar los fenómenos sociales, así como de tener presente el entrecruzamiento de las diversas dimensiones que los atraviesan, en pos de una comprensión más profunda de los mismos. (Morin, 2005).

Desde esta perspectiva, el problema de la violencia en las relaciones amorosas adolescentes requiere una mirada que reconozca su carácter multidimensional, su inscripción en contextos sociales, culturales, históricos y subjetivos, y su vinculación con construcciones simbólicas como el género, la masculinidad y la feminidad. Además, dicha temática no puede ser abordada desde una lógica causal lineal o desde categorías cerradas. Morin (1990) define la complejidad como el modo de pensar que reconoce la imposibilidad de separar los elementos de un fenómeno sin perder su sentido. Propone reemplazar la lógica disyuntiva —que divide y separa— por una lógica que permita “distinguir sin desunir”, articulando lo local y lo global, lo singular y lo general, lo racional y lo emocional.

Se considera oportuno tomar algunos principios generativos y estratégicos del pensamiento complejo para describir las coordenadas que orientan la manera de concebir la problemática.

Uno de los principios centrales del paradigma de la complejidad es el principio dialógico, que habilita la coexistencia de elementos opuestos o contradictorios en una misma unidad: orden/desorden, razón/emoción, individuo/sociedad. Esto resulta especialmente pertinente para

abordar los relatos adolescentes, donde la violencia puede coexistir con la idea del amor, o donde los celos pueden ser vivenciados como expresión de cuidado. Por otro lado, el principio recursivo plantea que los efectos retroactúan sobre las causas, en una lógica circular. Así, los adolescentes no solo reproducen mandatos culturales en sus vínculos, sino que también los reformulan, los resignifican y los transforman a partir de sus experiencias. De esta manera, los discursos sobre la masculinidad, la feminidad y el amor romántico no son meramente replicados, sino también reescritos a través de sus narrativas. El pensamiento complejo también se nutre de la idea de hologramaticidad. Significa “que en un sistema o en un mundo complejo, no solo una parte se encuentra en el todo, sino que el todo se encuentra en la parte. No solo el individuo está en una sociedad, sino que la sociedad está en el interior de él porque, desde su nacimiento, ella le ha inculcado el lenguaje, la cultura, sus prohibiciones, sus normas”. (Morin, 2015, p.87). En un sistema, cada parte contiene información del todo. En esta investigación, cada relato individual es comprendido como portador de sentidos colectivos y culturales más amplios, sin que por ello se diluya su singularidad. Esta noción justifica la apuesta por una metodología centrada en las narrativas, que permita captar tanto las experiencias particulares como sus anclajes simbólicos y sociales. Desde esta perspectiva, resulta indispensable abandonar explicaciones unidimensionales o reduccionistas y optar por un abordaje que contemple la multidimensionalidad del fenómeno: las construcciones identitarias, los procesos de socialización, los modelos de género, las dinámicas vinculares, las experiencias subjetivas, los entornos institucionales y comunitarios, entre otros. Finalmente, el paradigma de la complejidad invita a asumir la incertidumbre como dimensión constitutiva del conocimiento, alejándose de la pretensión de control o predicción de los fenómenos. En este sentido, esta investigación no busca verdades absolutas, sino comprensiones situadas y contextualizadas que puedan aportar a la construcción de nuevas miradas sobre los

vínculos adolescentes y las formas de habitar el amor y el género.

Esta mirada sobre la complejidad, propuesta por Morin, nos permite comprender que los fenómenos humanos no pueden ser reducidos a partes aisladas. Sin embargo, para operativizar esta idea en el análisis de las relaciones, resulta indispensable recurrir a la formalización de los sistemas complejos. Es aquí donde los aportes de Rolando García (2006) cobran relevancia, ya que permiten estructurar ese entramado de interacciones y entender cómo los elementos de un sistema se autoorganizan y responden a influencias tanto internas como externas, configurando una totalidad que es siempre mayor a la suma de sus componentes

La Perspectiva Sistémica

Bajo esta premisa de complejidad, resulta imperativo incorporar los desarrollos de Rolando García (2006) respecto a la teoría de los sistemas complejos. Si Morin ofrece los principios para pensar la realidad sin fragmentarla, García brinda la formalización de dicha realidad como una totalidad organizada. Para el autor, un sistema complejo no se define por la suma de sus componentes, sino por la interdefinibilidad de sus elementos, lo que implica que el fenómeno de la violencia en las relaciones amorosas no puede ser comprendido como un atributo individual de los adolescentes, sino como una emergencia de la trama vincular y social en la que están insertos.

En esta línea, abordar la problemática en el contexto específico de Sáenz Peña, Chaco, supone reconocer que estamos ante un sistema donde los procesos locales (las interacciones afectivas de los adolescentes) se encuentran en estrecha relación con las condiciones del entorno (los mandatos de género, la situación socioeconómica regional y los discursos institucionales). Siguiendo a García (2006), la estructura del sistema no es una configuración estática, sino una dinámica de procesos. Por lo tanto, la investigación de las narrativas adolescentes permite acceder a la comprensión de esa dinámica: el modo en que el sistema de creencias sobre el amor y la

masculinidad organiza y da sentido a las conductas de control o cuidado.

Esta perspectiva sistémico-compleja obliga a desplazar el foco desde el “hecho” violento aislado hacia la trama de significaciones que lo sostiene. Como sostiene García, la investigación de sistemas complejos requiere un enfoque donde lo biológico, lo social y lo subjetivo funcionen como una unidad interdefinible, donde el conocimiento es un proceso de estructuración que se da en la interacción entre el sujeto y su entorno (García, 2000).

Asimismo, teniendo en cuenta los aportes de la Cibernética y la Comunicación y para comprender cómo se sostiene esta totalidad organizada, incorporamos los aportes de Gregory Bateson (1972). Bateson nos enseña que "la mente es social" y que el foco no debe estar en los individuos, sino en las pautas que conectan. La violencia en el noviazgo, desde una lectura batesoniana, puede entenderse como parte de un circuito comunicacional donde los mensajes (celos, control) son significados dentro de un sistema de premisas compartidas. Aquí, la idea de circularidad rompe con la culpa lineal: no hay un "agresor" y una "víctima" aislados, sino un sistema que co-construye una danza relacional violenta basada en premisas culturales de género.

En sintonía con esto, Fritjof Capra (1998) aporta la visión de la trama de la vida, sugiriendo que el cambio de paradigma implica pasar de la focalización en las partes al énfasis en las relaciones. En la adolescencia, esta "trama" está configurada por el grupo de pares - un espacio de subjetivación primordial en esta etapa-, que, como sistema vivo, tiende a la auto-organización y a la conservación de ciertos patrones (como la masculinidad hegemónica) para mantener su identidad grupal.

A la luz de lo antedicho, se vislumbra que el enfoque sistémico está íntimamente vinculado al paradigma de la complejidad, constituye una perspectiva epistemológica y metodológica fundamental para esta investigación. Al igual que el pensamiento complejo propuesto por Edgar

Morin (1990, 1999), el pensamiento sistémico propone abandonar las lógicas lineales, dicotómicas y reduccionistas, para comprender los fenómenos humanos desde su carácter relacional, dinámico y contextual.

Si bien la comprensión de estos sistemas nos devuelve una imagen de interconexión vital, es necesario dar un paso más hacia la dimensión simbólica de la experiencia humana. No habitamos simplemente una red de relaciones biológicas o funcionales; habitamos un mundo de significados. En este punto, el construccionismo social se vuelve una pieza fundamental, ya que nos explica cómo esa “trama” se teje a través del lenguaje y la interacción cotidiana, donde la realidad no es algo dado de antemano, sino una construcción colectiva que los sujetos negocian y validan permanentemente.

El Construccionismo Social y el Mundo Narrativo

La Construcción Social de la Realidad

El enfoque del construccionismo social plantea que el conocimiento y la realidad social no existen como verdades objetivas independientes de las personas, sino que se producen y reproducen en el marco de las interacciones humanas y del uso del lenguaje. Berger y Luckmann (1968) definen la realidad como “una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición” y el conocimiento como “la certidumbre de que los fenómenos son reales y poseen características específicas” (Berger y Luckmann, 1968, p. 13). Según estos autores, la realidad se construye a través de procesos de externalización, objetivación e internalización: las personas crean instituciones, estas se presentan como algo dado y, finalmente, son interiorizadas como parte de la experiencia cotidiana. En el marco del construccionismo social, Kenneth Gergen (2006) sostiene que las formas en que comprendemos el mundo se originan en procesos de relación y no en observaciones neutrales de una realidad objetiva. En sus palabras, “la

verdad se negocia dentro de las relaciones y está sujeta a las limitaciones y posibilidades del lenguaje compartido” (Gergen, 2006, p. 12). Esta visión reconoce que nuestras concepciones sobre la violencia, el amor, la masculinidad o la feminidad son productos históricos y culturales, y que por tanto pueden cambiar. Sheila McNamee (2010) aporta que el construccionismo social nos invita a comprender que toda descripción es una invención local y que el conocimiento es siempre situado, dependiente de los contextos y de las prácticas discursivas que lo sostienen. Desde esta perspectiva, las creencias y significados que los adolescentes otorgan a sus experiencias amorosas son inseparables de los discursos que circulan en sus familias, pares, instituciones y medios de comunicación.

Para profundizar en cómo estas narrativas se despliegan en la interacción, resulta esencial incorporar la noción de Gestión Coordinada del Significado (CMM) de W. Barnett Pearce (2010). Pearce sostiene que la comunicación es el proceso mediante el cual los seres humanos co-construyen sus realidades sociales. Desde esta perspectiva, el foco no está en lo que los adolescentes piensan individualmente, sino en lo que hacen juntos a través del lenguaje. Un concepto clave de la CMM es la coordinación. Pearce plantea que las personas intentan que sus acciones "encajen" con las de los demás para dar sentido a la relación. En el caso de los adolescentes, esta coordinación puede llevar a que ambos miembros de la pareja acepten y legitimen pautas de control o violencia con tal de que el vínculo "funcione" o sea coherente con sus expectativas sobre el vínculo amoroso. Así, la violencia puede no aparecer como un hecho disruptivo, sino como una acción coordinada bajo significados compartidos, como la "protección" o el "interés".

Asimismo, Pearce (2010) propone la distinción entre historias vividas e historias contadas. Mientras que las historias vividas son las interacciones crudas y a veces dolorosas de la violencia,

las historias contadas son los relatos que los adolescentes construyen para dar coherencia a esa experiencia. Muchas veces, existe una tensión entre ambas: los jóvenes pueden vivir situaciones de maltrato, pero las "cuentan" (y se las cuentan a sí mismos) a través de marcos narrativos que las suavizan o justifican.

Aplicado a esta investigación, este marco implica que las narrativas adolescentes sobre la violencia y el amor no son simples reflejos de hechos, sino construcciones que emergen de interacciones y que están moldeadas por marcos culturales y lingüísticos compartidos. Esto abre la posibilidad de cuestionar y transformar dichas narrativas. Siguiendo esta línea de pensamiento, y como señala McNamee (2010), el sentido no reside en la mente del individuo, sino en el espacio relacional. Esto es clave para entender la violencia en las relaciones amorosas, ya que, el significado de un acto (por ejemplo, el control del celular) es co-construido en la interacción. Si ambos miembros de la relación, influenciados por los discursos sociales sobre el amor, significan el control como “interés”, la violencia queda obturada por el lenguaje.

Narrativas y el Poder del Lenguaje en la Construcción de Realidades

La perspectiva narrativa parte de la premisa de que las personas organizan sus experiencias y dan sentido a su vida a través de relatos. Jerome Bruner (1986) distingue entre el pensamiento lógico-científico y el pensamiento narrativo, este último centrado en la particularidad y en la interpretación contextualizada de la experiencia. Según Bruner, “nos comprendemos a nosotros mismos y al mundo a través de las historias que contamos” (Bruner, 1986, p. 13). Para el autor, el pensamiento narrativo es una forma de construcción de sentido que organiza la experiencia humana en forma de relatos. No busca demostrar verdades universales ni leyes generales, sino comprender la acción humana situada en el tiempo y en contextos culturales específicos. Sostiene que la narrativa es una forma fundamental mediante la cual los sujetos interpretan el mundo y a sí

mismos.

En el ámbito latinoamericano, Ana María Zlachevsky (2006) sostiene que las narrativas son “dispositivos de construcción de identidad y de articulación de las experiencias en marcos de sentido culturalmente compartidos” (Zlachevsky, 2006, p. 45). De este modo, las historias que circulan sobre lo que “es” una relación amorosa o lo que “significa” el amor romántico pueden legitimar o cuestionar prácticas de control y violencia. White y Epston (1993), plantean que “el problema es el problema, la persona no es el problema” y que las historias dominantes que las personas sostienen sobre sí mismas y sus relaciones pueden restringir o expandir sus posibilidades de acción. En este sentido, el trabajo narrativo busca deconstruir relatos que naturalizan la violencia y abrir espacio a relatos alternativos que promuevan vínculos más equitativos y saludables. Karin Taverniers (2012) vincula la perspectiva narrativa con el análisis de género, mostrando cómo los relatos personales están atravesados por discursos sociales que establecen lo que se considera “aceptable” o “normal” en las relaciones. En sus estudios sobre abuso emocional en la pareja, enfatiza que los significados atribuidos a ciertos comportamientos, como los celos o el control, dependen del marco narrativo en que se inscriben.

Desde este enfoque, el lenguaje no es solo un medio para describir la realidad, sino una herramienta para construirla. Los modos en que los adolescentes narran sus experiencias amorosas no solo expresan vivencias pasadas, sino que contribuyen a configurar sus expectativas, límites y decisiones futuras. Esto refuerza la importancia de indagar en las narrativas para comprender y eventualmente transformar las formas en que se conciben la violencia, la masculinidad y la feminidad en la adolescencia.

En conclusión, el construccionismo social y la perspectiva narrativa nos permiten desplazar el foco del “individuo violento” hacia la “trama de sentidos” que sostiene la violencia. Si la

realidad es una construcción lingüística y relacional, entonces las nociones de masculinidad y feminidad no son esencias biológicas, sino los ejes organizadores de las historias que los adolescentes cuentan y viven. De este modo, el análisis de género que se desarrolla a continuación no es una categoría externa, sino el estudio de los significados que habitan y dan forma a las narrativas amorosas.

El Género como Sistema de Significados y la Construcción de las Masculinidades

En consonancia con el marco construccionista, el género no se comprende en esta investigación como un atributo biológico o una esencia estática, sino como un sistema de significados normativos que ordena las identidades y los vínculos. Como sostiene Olavarria (2004), el género es un sistema de creencias que define jerarquías y expectativas sociales, influyendo directamente en cómo se habitan las relaciones afectivas. En este sentido, resulta ineludible retomar los aportes de Joan Scott (1996), quien define al género no solo como una categoría de análisis social, sino como una forma primaria de relaciones significativas de poder. Entiende al género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos, pero, fundamentalmente, como una forma primaria de relaciones significativas de poder. Scott (1996) propone que el género es el campo a través del cual el poder se articula, se significa y se legitima. En este sentido, no se trata solo de roles asignados, sino de una construcción histórica que establece normas de interacción. Para esta investigación, su aporte es crucial porque permite comprender que la violencia en las relaciones amorosas no es un fenómeno privado o individual, sino que está inserta en una gramática social donde el género opera como una estructura de dominación que precede y moldea el encuentro entre los adolescentes.

Complementariamente, Judith Butler (2007) desplaza la idea del género como una esencia

interior para proponer la noción de performatividad. Según Butler, el género no es lo que uno es, sino lo que uno hace a través de una repetición ritualizada de actos, gestos y discursos que tienen la apariencia de ser naturales. Esta “actuación” no es opcional, sino que está regulada por lo que ella denomina una “matriz de inteligibilidad heterosexual”. Aplicado a las narrativas adolescentes, este concepto permite visibilizar cómo los jóvenes “citan” y reproducen guiones de género preestablecidos, como el control o la sumisión, para ser reconocidos como sujetos válidos dentro de su cultura. La violencia, bajo esta lente, puede entenderse como un acto performativo destinado a sostener una identidad de género que se siente frágil si no es constantemente actuada y ratificada por el entorno.

Por su parte, Marta Lamas (1996) enfatiza la dimensión simbólica del género, definiéndolo como el conjunto de ideas, representaciones y creencias que cada cultura construye tomando como base la diferencia sexual. Lamas sostiene que el género es una “esquemización cultural” que organiza no solo la identidad, sino la percepción misma de la realidad. Esta estructura simbólica funciona como un filtro a través del cual los adolescentes interpretan sus vínculos: lo que se etiqueta como “amor”, “celos” o “protección” está pre-configurado por este orden simbólico. Desde una perspectiva sistémica, el aporte de Lamas permite entender el género como un mapa cognitivo compartido que orienta las acciones de los miembros del sistema, estableciendo límites sobre lo que es tolerable o deseable en una relación amorosa.

Finalmente, Ana María Fernández (1993) aporta una mirada profunda sobre las “instituciones imaginarias” de género. La autora analiza cómo los sentidos sociales se inscriben en la subjetividad a través de dispositivos de poder que establecen binarismos jerarquizados (fuerte/débil, público/privado, activo/pasivo). Fernández sostiene que el género se sostiene en “mitos sociales” que operan como verdades incuestionables y que se internalizan desde la infancia.

En los adolescentes, estos mitos configuran lo que la autora denomina la “subjetividad instituida”, donde el deseo y el amor quedan atrapados en lógicas de posesión y dominio. Su enfoque es vital para esta tesis, ya que permite analizar cómo las narrativas de los adolescentes están atravesadas por estas significaciones imaginarias sociales que, al naturalizarse, invisibilizan las relaciones de fuerza y poder que subyacen a la violencia.

En definitiva, la convergencia de estas perspectivas permite comprender que el género constituye un sistema de significaciones que pre-existe a los sujetos y organiza sus encuentros. Esta matriz de poder y sentido no opera de manera abstracta, sino que se materializa en procesos de socialización diferenciales donde se instituyen modos específicos de habitar la masculinidad y la feminidad. Para comprender cómo estas categorías se traducen en pautas vinculares dentro de las relaciones amorosas, es necesario profundizar en las particularidades de su construcción subjetiva y social. A continuación, se abordará cómo estos procesos de identidad de género configuran las expectativas y comportamientos de los adolescentes, preparando el terreno para analizar la vigencia de la masculinidad hegemónica y los mandatos que la sostienen.

La Construcción de la Masculinidad y la Feminidad en la Adolescencia

La adolescencia representa un período crítico en el ciclo vital, no solo por las transformaciones psicobiológicas que la caracterizan, sino fundamentalmente por ser una etapa de consolidación de la identidad de género. En este proceso, la cultura funciona como un gran sistema de significación que prescribe modos diferenciales de sentir, actuar y vincularse. Siguiendo a Olavarria (2009), la construcción de la identidad de género en América Latina es un proceso relacional y de oposición: se aprende a "ser varón" en la medida en que se rechaza lo que la cultura define como "femenino". Esta dicotomía no es neutral, sino que establece una jerarquía donde la masculinidad se asocia a la autonomía, la fuerza y la invulnerabilidad, mientras que la feminidad

queda ligada a la afectividad, el cuidado y la vulnerabilidad.

En esta etapa, el grupo de pares emerge como el microsistema (Bronfenbrenner, 1987) con mayor capacidad de influencia. Para los varones, el grupo de pares actúa como un "espejo" y, al mismo tiempo, como un "juez". La masculinidad no es algo que se adquiere de una vez y para siempre, sino que debe ser constantemente ratificada a través de desempeños o performances. Como señala la perspectiva sistémica, los adolescentes operan bajo una fuerte vigilancia relacional; cualquier indicio de "debilidad" o "sensibilidad" es penalizado por el sistema grupal, lo que empuja a los jóvenes a adoptar actitudes de dominio o distanciamiento emocional para mantener su pertenencia y estatus.

Por otro lado, la construcción de la feminidad suele estar atravesada por lo que Fernández (1993) denomina el "ideal de la mujer de la ilusión", donde el valor personal queda supeditado a la capacidad de ser elegida y amada por un otro. En las relaciones amorosas incipientes, esto puede traducirse en una entrega que confunde el control con el interés, y la posesión con la intensidad del afecto. Esta complementariedad de roles —el varón como protector/dominante y la mujer como receptora/cuidadora— sienta las bases de un sistema vincular donde las asimetrías de poder se naturalizan bajo el lenguaje del amor.

Finalmente, es importante destacar que estos procesos no ocurren de forma aislada, sino que están mediados por los discursos sociales y mediáticos. Los adolescentes de Sáenz Peña, insertos en un contexto donde conviven tradiciones locales y flujos de información globales, negocian sus identidades en una tensión permanente entre los mandatos heredados y las nuevas formas de expresión de género. Sin embargo, a pesar de las transformaciones culturales, las estructuras profundas que asocian la masculinidad con el poder y el control siguen operando como premisas organizadoras de sus primeras experiencias amorosas.

Esta socialización diferencial en la adolescencia no se produce de manera azarosa, sino que está orientada por un modelo de referencia que prescribe los modos legítimos de ser varón en nuestra cultura. Si bien la identidad se construye en la interacción, dicha interacción está signada por una estructura jerárquica que define qué atributos masculinos son valorados y cuáles deben ser rechazados. Es en este punto donde cobra relevancia el concepto de masculinidad dominante, un constructo que organiza no solo la identidad individual de los jóvenes, sino también las dinámicas de poder en sus relaciones amorosas.

La Masculinidad Dominante

José Olavarría (2009) analiza las investigaciones realizadas en América Latina en torno a las masculinidades, señalando un consenso académico: la masculinidad no puede definirse fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico. Esta construcción cultural se reproduce socialmente y ha consolidado en la región lo que el autor denomina una "masculinidad autoritaria y dominante" (Olavarría, 2005). Este modelo se impone sobre otras formas de ser hombre y hegemoniza la forma aceptable de ser varón, estableciendo lo que está permitido y prohibido. Se trata de un modelo que a muchos varones provoca incomodidades, molestias, fuertes tensiones y, a otros, conflictos, por las exigencias que les demandan" (Olavarría, 2005, p.49-50). Este tipo modo de ser hombre se erige como norma ya que señala lo que estaría permitido y prohibido. Delimita los márgenes de los espacios en los que se puede mover un varón. Salirse de él, implicaría exponerse al rechazo de otros varones y de las mujeres. Este modelo referente impone mandatos que indica a mujeres y varones, lo que se espera de ellos y ellas, constituyéndose en el patrón con el que se comparan y son comparados los varones. A algunos varones les brinda satisfacciones, y a otros les provoca inseguridad, molestias, tensiones debido a las exigencias que impone (Olavarría, 2004).

En este constructo de masculinidad dominante, los hombres se caracterizan por ser personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controladas, heterosexuales, proveedores; su campo de acción está en la calle, por oposición a las mujeres, a los hombres homosexuales y a aquellos varones “feminizados”. Estos últimos formarían parte del segmento no importante de la sociedad —pasivas/os, dependientes, débiles, emocionales— y, en el caso de las mujeres, pertenecientes al ámbito de la casa y mantenidas por sus varones (Olavarría 2005, p.51).

La masculinidad se define como un conjunto de atributos, valores, funciones y conductas que se suponen esenciales al varón en una cultura determinada (Connell en Escobar et.al., 2018). Desde pequeños, se les enseña a distinguir entre la actividad y la pasividad, la autosuficiencia y la dependencia, la razón y la emoción, la fortaleza y la debilidad, el honor y la vergüenza, la valentía y la cobardía, el éxito y el fracaso, la dominación y la subordinación. Los primeros términos de estas dicotomías se construyen como deseables, los segundos definen la otredad femenina y los hombres construyen su identidad mostrando una férrea oposición a ella (de Estefano Barbero en Escobar et al., 2018). La construcción de la masculinidad va más allá de la generación de representaciones y prácticas, también impone límites a ciertas manifestaciones de emotividad, como las relativas a miedos, tristezas y ternura.

El modelo hegemónico de masculinidad produce una subjetividad dominante que opera discriminando y subordinando a mujeres y a otros varones que no conciben con dicho modelo. Esta forma hegemónica de socialización implica ciertas ventajas para los varones, que en la adolescencia gozan de mayor dominio del espacio público, mayores concesiones para el ejercicio de la sexualidad y menores exigencias en las tareas domésticas y de cuidado. La cristalización de estos estereotipos implica riesgos para la salud. En el caso de las mujeres, niños y niñas, riesgos

de violencia de género, abuso sexual infantil y embarazo impuesto. Los riesgos para otros varones están dados a través de la legitimación de la burla, la presión y la violencia como modo de vinculación. El riesgo para sí mismos, está dado por la temeridad que aumenta la probabilidad de accidentes y de suicidio (Escobar et al.,2018).

Para profundizar en la funcionalidad de estos riesgos y asimetrías, resulta imprescindible incorporar los aportes de Rita Segato (2003, 2018). Segato plantea que la masculinidad no es un dato de la naturaleza, sino una “potencialidad que debe ser probada” constantemente. La autora introduce el concepto de “mandato de masculinidad”, explicando que el varón se encuentra bajo una presión sistémica de demostrar su virilidad ante un “tribunal de pares”. En este sentido, la violencia no es solo un acto contra la pareja, sino un mensaje dirigido a los demás varones para reconfirmar su posición en la jerarquía de poder. Segato denomina a esto la “pedagogía de la crueldad”, donde el cuerpo y la subjetividad del otro se transforman en objetos sobre los cuales ejercer dominio para reafirmar el estatus de sujeto masculino y asegurar la pertenencia a la “fratría2 o hermandad masculina. Bajo esta lente, la violencia en el noviazgo adolescente se revela como una pauta comunicacional destinada a sostener la identidad frente a la mirada del grupo

La Construcción Social del Amor y los Mitos del Amor Romántico

El amor, lejos de ser una pulsión puramente biológica o un sentimiento privado, constituye una construcción cultural e histórica que organiza la subjetividad y las relaciones de poder. Coral Herrera (2009) sostiene que el modelo de "amor romántico" es una pieza fundamental del sistema patriarcal, diseñada para perpetuar la desigualdad. Para la autora, el amor romántico funciona como una estructura política que "romantiza" la subordinación. Herrera desmitifica la idea del amor como algo "natural", señalando que lo que hoy entendemos por amor es un producto de la modernidad occidental que impone roles rígidos: la mujer como perseguidora del ideal de la

"media naranja" (lo que la lleva a la abnegación) y el varón como un sujeto que debe ejercer protección y posesión. Según Herrera, este entramado cultural actúa como un mecanismo de control social que asegura que los vínculos sigan siendo asimétricos, bajo la promesa de una felicidad idílica que rara vez se alcanza.

Desde una perspectiva psicosocial, Carlos Yela (2000, 2003) profundiza en la estructura de estos relatos a través de lo que denomina "la otra cara del amor", señalando que "los mitos románticos actúan como potentes filtros cognitivos que distorsionan la realidad relacional" (Yela, 2003, p. 82). Entre ellos, el mito de la omnipotencia —la idea de que el amor todo lo puede— resulta particularmente riesgoso en la adolescencia, ya que justifica la permanencia en vínculos violentos bajo la esperanza de un cambio mágico en el otro. Los mitos del amor romántico comprenderían un conjunto de creencias engañosas que, al ser internalizadas, generan una distorsión de la realidad vincular. El autor identifica paradojas centrales: por un lado, se exalta la "omnipotencia del amor" (la creencia de que el amor todo lo puede y lo perdona), y por otro, se instalan problemas graves como la confusión entre celos y afecto. Yela advierte que estos mitos funcionan como una trampa cognitiva: los adolescentes, al intentar que sus experiencias encajen en el mito de la "exclusividad" o de la "pasión eterna", terminan justificando la dependencia emocional y el sufrimiento. Para Yela, la violencia en el noviazgo no es una anomalía, sino una consecuencia lógica de una estructura mitológica que prioriza la fusión con el otro por encima de la autonomía personal.

En el contexto argentino, Carolina Guevara y Natalia Gontero (2018) han investigado cómo estas construcciones impactan en las subjetividades de las jóvenes. Las autoras subrayan que, aunque existen nuevos discursos sobre la autonomía femenina, persisten con fuerza los mandatos tradicionales que vinculan el éxito personal de la mujer con la constitución de una pareja estable.

Guevara y Gontero advierten que los mitos del amor romántico —específicamente la idealización de la entrega y el mito del "cambio por amor"— operan como mecanismos que dificultan a las adolescentes identificar las señales tempranas de violencia. En sus investigaciones, observan que el amor es narrado a menudo como un "territorio de sacrificio", donde las conductas de control son toleradas en pos de mantener la unidad del vínculo.

Finalmente, para aterrizar estos conceptos en la dinámica relacional, es imprescindible incorporar la mirada de Marcelo Pakman (2011). Desde su enfoque sistémico-crítico, el autor analiza cómo estas imágenes culturales del amor se transforman en cárceles narrativas que limitan las posibilidades de los sujetos. El autor propone el concepto de "micropolítica de la relación", señalando que el lenguaje del amor romántico a menudo encubre una "ética de la proximidad" que borra la alteridad del otro. Refiere que "las narrativas dominantes del amor operan a menudo como cárceles narrativas que limitan la experiencia a guiones preestablecidos de sacrificio y abnegación. En esta micropolítica de la relación, el sujeto queda atrapado en una poética del dolor donde la falta de reflexividad impide denunciar la violencia, ya que esta se encuentra embebida en el lenguaje mismo del afecto" (Pakman, 2011, p. 156). De esta manera, para el autor, el problema reside en que las narrativas amorosas dominantes carecen de reflexividad; son relatos cerrados donde el sacrificio es visto como una virtud estética. En las relaciones adolescentes, esto se traduce en una "poética del dolor", donde el conflicto violento es narrado como una prueba de la intensidad del vínculo. Pakman sugiere que el trabajo terapéutico e investigativo debe apuntar a la deconstrucción de estas narrativas para devolverle a los sujetos la capacidad de observar las relaciones de poder que habitan en sus gestos de amor más cotidianos.

El Mundo Adolescente

Adolescencia: Subjetividad, Grupos de Pares y Entorno Digital

Entender la adolescencia en la actualidad implica trascender la visión de una etapa de transición biológica para comprenderla como un proceso de subjetivación situada. Siguiendo a Urbano y Yuni (2005), la adolescencia es un tiempo socio-antropológico de construcción de identidad donde el sujeto debe negociar entre las demandas de autonomía y la necesidad de pertenencia. En este proceso, el grupo de pares se constituye como el referente primordial. Para la perspectiva sistémica, el grupo de pares funciona como un sistema de validación que ofrece los códigos, lenguajes y estéticas necesarios para el reconocimiento del self. Como se mencionó anteriormente con Segato, es en este "tribunal de pares" donde se ratifica el mandato de masculinidad y se ensayan las primeras performances de género.

Sin embargo, esta construcción identitaria hoy ocurre en un escenario híbrido. Corea y Lewkowicz (2004) señalan que hemos pasado de una subjetividad estatal-institucional a una subjetividad mediática. Para los adolescentes de Sáenz Peña, el uso de dispositivos tecnológicos y redes sociales (Instagram, WhatsApp, TikTok) no representa una actividad secundaria, sino que constituye el ecosistema mismo donde se despliegan sus vínculos. El entorno digital borra las fronteras entre lo público y lo privado, generando una "extimidad" donde la vida íntima se expone para ser validada por el otro.

En este contexto, las redes sociales potencian la vigilancia relacional. El uso de las tecnologías impacta directamente en las formas de control en el noviazgo: el pedido de contraseñas, la revisión del celular o la fiscalización de los "likes" y "vistos" se convierten en prácticas cotidianas que los adolescentes coordinan bajo los significados de "interés" o "fidelidad". Según Morduchowicz (2012), "para los adolescentes, estar fuera de la red es estar fuera del mundo.

El celular es una extensión de su propia subjetividad y la conexión permanente no es una elección, sino una condición de su existencia social" (Morduchowicz 2012, p.58). Esta demanda de conexión permanente, en manos de los mitos del amor romántico, se traduce en una omnipresencia del control. La posibilidad de estar "siempre ubicable" transforma el seguimiento de la última conexión o la revisión de los "vistos" en prácticas que los adolescentes coordinan bajo los significados de "interés" o "fidelidad". La violencia digital, entonces, no es una categoría aparte, sino una extensión de la violencia simbólica y psicológica que encuentra en la tecnología una herramienta de eficacia panóptica, permitiendo que el control se ejerza sin necesidad de la presencia física.

Las Relaciones de Noviazgo Adolescente

La violencia en el noviazgo durante la etapa adolescente ha empezado a estudiarse en una etapa relativamente reciente, como algo distinto a la violencia en la pareja o violencia marital (Castro & Casique, 2010). Al respecto, Gómez (2007) refiere que, a partir de la década del 80, la violencia en las relaciones de pareja en la adolescencia ha cobrado gran importancia tanto a nivel de investigación como en lo relativo al diseño y realización de programas de prevención en el entorno escolar. Menciona que la oscilación de los resultados de los estudios sobre prevalencia se explica por la inexistencia de una definición estándar de violencia en el noviazgo. Además, en relación a la problemática de la violencia en las parejas, tradicionalmente se destinan las intervenciones a la población adulta, quedando los adolescentes desestimados e invisibilizados (Lemos, 2016).

En un sentido general, puede entenderse como noviazgo como “una relación afectiva e íntima entre dos personas, por lo general jóvenes, que buscan compartir sus experiencias de vida” (Castro & Casique, 2010, p.17). Al diferenciar los noviazgos de épocas anteriores y los de la

actualidad, refieren que hoy se observa mayor apertura a la inclusión de las relaciones sexuales como parte del noviazgo y una relativa disminución de la importancia del matrimonio como objetivo o meta de la pareja. Otro aspecto que caracteriza a los noviazgos de los jóvenes en la actualidad es que el amor no siempre es entendido como el elemento central de la relación. Pueden existir sentimientos de simpatía o afecto que no impliquen el deseo de exclusividad y compromiso. Por lo tanto, en la actualidad es posible encontrarse con distintos tipos de relaciones de pareja que admiten distintas denominaciones como “amigos con derechos”, “frees”, que implican relaciones erótico afectivas en las que sus miembros deciden no identificarse como “novios”. Existe una gradiente de situaciones en la que el noviazgo es entendida como la relación más estable y de mayor reconocimiento público (Castro & Casique, 2010).

Igualmente, Barrera & Vargas Trujillo (2002) refieren que, si bien las relaciones románticas de los adolescentes no tienen las mismas características que las parejas de adultos, no dejan de ser experiencias vitales significativas. Las relaciones románticas de adolescentes favorecen el proceso de individuación de los mismo, a la par que acompañan la consolidación de su identidad sexual y construcción de autonomía.

Dichos autores definen las relaciones románticas como:

una serie de interacciones que ocurren a lo largo del tiempo y que se caracterizan porque a) involucran a dos individuos que reconocen algún tipo de vínculo entre sí, b) son voluntarias, c) existe algún tipo de atracción basada en la apariencia física, características de personalidad, la compatibilidad de intereses o habilidades, d) implican manifestaciones de compañerismo, intimidad, protección y apoyo (Brown et al., 1999, en Barrera y Vargas Trujillo, 2002, p. 119).

Flores Hernández et. al (2021) mencionan que las relaciones románticas en la población adolescente han sufrido cambios a lo largo del tiempo. Por un lado, destacan que a principios de

Siglo XX las relaciones románticas tenían como objetivo principal la concreción del matrimonio y la reproducción, predominando la presencia de roles de género tradicionales y la importancia de la institución religiosa; asimismo se restaba valor a la satisfacción individual de los miembros de la pareja. Por otra parte, la sociedad ha ido atravesando cambios producidos tras la Modernidad y Posmodernidad, que generan variaciones en los factores individuales, familiares y sociales que impactando directamente en los vínculos amorosos actuales.

En este sentido, dentro de lo que mencionan como relaciones amorosas emergentes, actuales, distinguen entre las relaciones formales e informales. Las relaciones formales se caracterizan por una duración y estabilidad prolongadas, son de carácter público, se establecen con previo cortejo y están orientadas a construir una relación con cierto grado de compromiso y formalidad. Por otro lado, en las relaciones informales ya no son frecuentes las idealizaciones de una unión para siempre. Son vínculos que se mantienen hasta que uno de los miembros o ambos, ya no encuentran la satisfacción que buscaban y el compromiso y lealtad son escasos. En estas relaciones cobran primordial relevancia el encuentro sexual y el contacto físico, la búsqueda de bienestar y satisfacción propia y no se establecen necesariamente con el cortejo previo típico de las relaciones formales.

La violencia en las Relaciones de Noviazgo

Según la Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer (1993) por violencia contra la mujer se entiende “todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada”.

Siguiendo a Taverniers (2012), la violencia, al igual que el género puede ser considerada

como producto de construcciones sociales en tanto lo que es definido como violento o no violento se va construyendo según el momento histórico particular. Décadas atrás, la violencia doméstica pertenecía al ámbito de lo privado y, actualmente, los golpes físicos en el marco de la relación de pareja, son condenados o ampliamente desaprobados.

En Argentina, la Ley N° 26.485 (2009): de protección integral para prevenir, erradicar y sancionar la violencia contra las mujeres en los ámbitos donde se desarrollen sus relaciones interpersonales, define los tipos de violencia:

Violencia física: la que se emplea contra el cuerpo de la mujer produciendo dolor, daño o riesgo de producirlo y cualquier otra forma de maltrato agresión que afecte su integridad física. Violencia psicológica: la que causa daño emocional y disminución de la autoestima o perjudica y perturba el pleno desarrollo personal o que busca degradar o controlar sus acciones, comportamientos, creencias y decisiones, mediante amenaza, acoso, hostigamiento, restricción, humillación, deshonra, descrédito, manipulación aislamiento. Incluye también la culpabilización, vigilancia constante, exigencia de obediencia sumisión, coerción verbal, persecución, insulto, indiferencia, abandono, celos excesivos, chantaje, ridiculización, explotación y limitación del derecho de circulación o cualquier otro medio que cause perjuicio a su salud psicológica y a la autodeterminación. Violencia sexual: cualquier acción que implique la vulneración en todas sus formas, con o sin acceso genital, del derecho de la mujer de decidir voluntariamente acerca de su vida sexual o reproductiva a través de amenazas, coerción, uso de la fuerza o intimidación, incluyendo la violación dentro del matrimonio o de otras relaciones vinculares o de parentesco, exista o no convivencia, así como la prostitución forzada, explotación, esclavitud, acoso, abuso sexual y trata de mujeres. Violencia económica y patrimonial: la que se dirige a ocasionar un menoscabo en los recursos económicos o patrimoniales de la mujer, a través de: la perturbación

de la posesión, tenencia o propiedad de sus bienes; la pérdida, sustracción, destrucción, retención o distracción indebida de objetos, instrumentos de trabajo, documentos personales, bienes, valores y derechos patrimoniales; la limitación de los recursos económicos destinados a satisfacer sus necesidades o privación de los medios indispensables para vivir una vida digna; la limitación o control de sus ingresos, así como la percepción de un salario menor por igual tarea, dentro de un mismo lugar de trabajo. Violencia simbólica: la que, a través de patrones estereotipados, mensajes, valores, íconos o signos transmita y reproduzca dominación, desigualdad y discriminación en las relaciones sociales, naturalizando la subordinación de la mujer en la sociedad. Finalmente, la violencia política: se dirige a menoscabar, anular, impedir, obstaculizar o restringir la participación política de la mujer, vulnerando el derecho a una vida política libre de violencia y/o el derecho a participar en los asuntos públicos y políticos en condiciones de igualdad con los varones.

Según Decara & Calandin (2013) la violencia en las relaciones de pareja adolescentes presenta características específicas que la diferencian de la violencia que acontece en los matrimonios: “a) la edad de los miembros involucrados es relativamente menor a las de las parejas convivientes o casadas, ya que se trata de adolescentes o jóvenes en temprana edad. b) las razones por las cuales se presenta la violencia en estas relaciones pueden ser distinta a la de la violencia familiar, ya que no hay convivencia, no hay obligaciones filiales o carga familiar y no hay obligaciones económicas de ninguna naturaleza, ni contractuales, ni de dependencia, ni responsabilidad de autosostén o del otro miembro” (Decara & Calandin, 2013, p.8). Al respecto, Casco & Casique (2010) mencionan que en la adolescencia aún no se han establecido pautas de dependencia económica y, por lo tanto, no están presentes los elementos que tradicionalmente otorgan mayor poder a los hombres que a las mujeres, lo cual facilitaría una relación mas igualitaria. Según dichos autores, otra característica propia de la violencia en el noviazgo es que

se encuentra enmarcada en un estilo de interacción caracterizado por violencia superficial o aparente, como ser empujones, golpes, pellizcos, como un medio para sugerir intimidad o resolver conflictos. Esto contribuye a que, en ocasiones, se tenga la percepción de que estas agresiones son juegos o bromas.

Lemos (2016) menciona que los tipos de violencia que más se presentan en los noviazgos adolescentes son, dentro de la violencia psicológica y emocional los insultos, desvalorizaciones, descalificaciones, escenas de celos, persecuciones, hostigamientos, control, acusaciones de engaños o de intenciones de engañar. Dentro de lo que denomina violencia social, menciona al encierro, aislamiento, crítica a amistades y familiares, control de salidas, prohibición de estar con conocidos y amigos o de realización de actividades extra curriculares. La violencia física está caracterizada por pellizcos, mordeduras, empujones, cachetadas, patadas, tirones de cabello. La violencia sexual indica situaciones en las cuales se obliga a mantener prácticas o relaciones sexuales no deseadas, en contra de la voluntad. La violencia económica refiere al control de gastos y robo de dinero. Finalmente menciona el hostigamiento cibernético que implica amenazas y controles en el marco de la utilización de aplicaciones de redes sociales (Facebook, Instagram, tiwter), mensajes de texto y correo electrónico, así como la revisión del celular y el pedido de claves/contraseñas.

La normalización de la violencia de género en la adolescencia es mayor que en otras edades, ya que los adolescentes son capaces de describir la violencia, conocen casos de violencia de género, pueden identificarla, pero, en general, creen que se trata de algo que sólo le ocurre personas casadas. Además, se dan determinados comportamientos, que, como los celos y el control exagerado, para muchos adolescentes son síntomas de amor y preocupación por la pareja y no lo ven como el posible germen del problema (Gómez, 2007).

Finalmente, Considerando estos pilares teóricos sobre la complejidad, el género y la construcción social de la identidad, surge la necesidad de observar cómo operan estas dinámicas en el terreno concreto. Para ello, el diseño de la investigación se orientó hacia un dispositivo que permitiera la expresión genuina de las narrativas adolescentes. De este modo, el trabajo de campo en una institución educativa de Presidencia Roque Sáenz Peña no se planteó como una simple recolección de datos, sino como un espacio de encuentro, diálogo y reflexión a través de talleres participativos diseñados para tensionar y reflexionar sobre los mandatos culturales vigentes.

Capítulo III: Marco Metodológico

Diseño de la Investigación: Un abordaje Cualitativo y Complejo

La presente investigación se inscribe en el paradigma cualitativo, orientado por una lógica intensiva que privilegia la inducción analítica y la generación de teoría a partir de la especificidad de los casos (Sirvent, 2006). Asimismo, se define como un estudio de alcance exploratorio y descriptivo. Es exploratorio en tanto busca indagar las significaciones de los vínculos adolescentes desde una perspectiva sistémica poco explorada en el contexto local; y descriptivo, ya que se propone detallar las características y categorías que configuran la trama vincular de los sujetos estudiados. El abordaje se sustenta en el soporte epistemológico de la Grounded Theory (Teoría Fundamentada, en adelante GT) y el uso de técnicas participativas, buscando comprender la realidad desde la perspectiva de los propios actores sociales

De acuerdo a Vasilachis de Gialdino (2006), el abordaje cualitativo permite acceder a un tipo de conocimiento que se interesa por la interpretación de los significados que los sujetos le otorgan a sus acciones y a su entorno. De acuerdo con dicha autora, definir la investigación cualitativa implica desglosar su identidad en tres dimensiones constitutivas que guían el quehacer científico:

Respecto al objeto y los sujetos de estudio: Este enfoque prioriza la comprensión del mundo tal como es experimentado y producido por los actores sociales. En este estudio, cobra relevancia el contexto y los procesos dinámicos, enfocándose en los relatos, sentidos y significados que los estudiantes de tercer año otorgan a su realidad cotidiana.

Respecto a la naturaleza del método: La metodología cualitativa se define por ser interpretativa, inductiva y esencialmente reflexiva. Lejos de aplicar fórmulas rígidas, utiliza estrategias multimetódicas que se adaptan con flexibilidad al entorno social donde se generan los

datos. Se trata de un proceso eminentemente interactivo, donde la relación entre el investigador y los participantes es el eje de la construcción del conocimiento.

Respecto a la finalidad de la investigación: El objetivo trasciende la mera descripción; se busca el descubrimiento de nuevas perspectivas y el desarrollo de conceptualizaciones con anclaje empírico. La relevancia de este abordaje reside en su capacidad para dialogar con la teoría —ya sea para ampliarla, modificarla o superarla—, logrando que el caso particular cobre un significado profundo y esclarecedor dentro del corpus teórico existente.

Desde la perspectiva del pensamiento complejo y sistémico, no se busca fragmentar la realidad en variables aisladas, sino comprender la trama de relaciones que constituyen el fenómeno estudiado.

Asimismo, este estudio adopta un enfoque reflexivo, entendiendo que el objeto de conocimiento no es algo externo, sino una construcción emergente del sistema observador-observado. En coherencia con el construccionismo social, el lugar de quien investiga no es el de un observador neutral y distante, sino el de un participante activo que co-construye la realidad que observa. De acuerdo a Marradi, Archenti y Piovani (2018), la objetividad se desplaza hacia la objetividad reflexiva o intersubjetividad. Durante trabajo de campo, se buscó sostener un posicionamiento alejado de la recolección pasiva de datos, orientando la tarea hacia la facilitación de procesos de reflexión. La subjetividad investigativa, el bagaje teórico y las intervenciones realizadas se integraron como parte constitutiva del campo, influyendo y siendo influenciadas por la dinámica grupal de los estudiantes.

El Enfoque de la Grounded Theory (GT)

Siguiendo a Glaser y Strauss (1967), la GT se define como un método inductivo diseñado para construir modelos teóricos mediante un conjunto de conceptos integrados que explican y

describen los fenómenos estudiados. En este sentido, la investigación asume que la teoría no se formula a priori para ser testeada, sino que es derivada inductivamente de los fenómenos que representa.

En coherencia con la investigación cualitativa que propone Vasilachis de Gialdino (2006), este enfoque permite que el mundo sea comprendido a través de la trama de significados generados por los actores. El proceso de análisis bajo la GT se apoya en tres elementos fundamentales que guiarán el tratamiento de los datos:

Los conceptos: Unidades básicas de análisis obtenidas de la conceptualización de los datos.

Las categorías: Niveles de abstracción superior que agrupan conceptos mediante el método de comparación constante.

Las proposiciones: Relaciones conceptuales que integran las categorías para formar una explicación teórica del fenómeno.

Siguiendo los pares lógicos de Sirvent (2006), este estudio se caracteriza por una búsqueda de comprensión y un proceso inductivo en espiral, donde el investigador se sumerge en el territorio —en este caso, un tercer año de una escuela secundaria— para captar el sentido profundo que los estudiantes atribuyen a sus acciones. Como señala Fuks (2006), el investigador actúa como un "extraño" que busca descodificar la vida cotidiana, interrogando lo que se presenta como natural a través del lenguaje y las conductas expresivas.

Instancias Participativas de Investigación: Talleres Reflexivos

La metodología propuesta se enmarca en la tradición de la investigación-acción, donde la reflexión y la acción se alimentan mutuamente (Fuks, 2009). Al adoptar este enfoque participativo, los sujetos estudiados (estudiantes de 15 y 16 años) dejan de ser objetos de observación para convertirse en actores del proceso de investigación.

Como plantea Sirvent (1999), esto permite que el conocimiento cotidiano entre en diálogo con el conocimiento del investigador para formar un saber colectivamente generado. Para operacionalizar este encuentro, se diseñaron tres instancias denominadas talleres reflexivos, entendiendo la reflexividad —en términos de Hoffman (1996)— como un "plegarse sobre sí mismo" que promueve la equidad en la participación y el cuestionamiento de las propias premisas.

En estos espacios, el objetivo fue "jugar con los datos" y reflexionar en torno a ejes centrales, constituyendo una comunidad de interpretación. Para ello, se utilizó como herramienta técnica el Modelo Margarita (Daisy Model) de Barnett Pearce (2006), derivado de la teoría del Manejo Coordinado de Significados (CMM).

Contexto y Escenario de la Investigación

El trabajo de campo se llevó a cabo en una institución de educación secundaria de gestión privada, ubicada en la zona céntrica de la ciudad. Tras la concertación de la entrada al campo con el equipo directivo, se asignó un curso de tercer año con orientación en Economía, conformado por adolescentes de entre 15 y 16 años de edad. La elección de este grupo permitió trabajar en una etapa vital donde la construcción de identidad y el sentido de pertenencia se encuentran en plena efervescencia.

Estrategia de Muestreo

Dada la naturaleza del estudio y las posibilidades de acceso al campo, se optó por un muestreo no probabilístico por conveniencia (Hernández Sampieri, Fernández Collado y Baptista Lucio, 2014). Esta modalidad de selección permite trabajar con casos que se encuentran disponibles y accesibles para el investigador, garantizando la viabilidad de la recolección de datos sin pretender una generalización estadística de los resultados.

La selección de los participantes se realizó de manera intencional, centrando el interés en

la riqueza de las narrativas obtenidas durante los dispositivos grupales. Para ello, se establecieron los siguientes criterios de selección y permanencia:

Edad: Adolescentes de entre 15 y 16 años.

Escolaridad: Alumnos regulares del tercer año (orientación Economía).

Participación: Presencia efectiva en los tres talleres reflexivos diseñados para la investigación.

Institucionalidad: Acompañamiento de un adulto referente de la institución durante el desarrollo de los dispositivos.

Técnica de recolección: Los Talleres Reflexivos Como Instancia Participativa

Para la producción de datos se optó por la técnica de talleres reflexivos. Esta elección se fundamenta en lo que Fuks (2009) define como la unión necesaria entre reflexión y acción, propia de la psicología social y la investigación-acción.

Siguiendo a Sirvent (1999), este enfoque permite que los sujetos estudiados pasen a ser actores del proceso, diluyendo la división tajante entre el conocimiento científico y el cotidiano. El taller se constituye así en un espacio de "conocimiento colectivamente generado", donde la palabra circula y el pensamiento sistémico se pone en práctica al analizar las interacciones grupales.

El diseño de los talleres fue emergente y procesual. Si bien las categorías de análisis no se consolidaron definitivamente hasta el análisis final, cada encuentro fue diseñado a partir del análisis preliminar del taller anterior. Por ejemplo, las configuraciones amorosas identificadas en el primer taller, fueron el insumo directo para construir las narrativas de "toxicidad" que se trabajaron en el segundo encuentro.

Dinámica y Aplicación del Primer Taller: El "Terreno" de los Vínculos

La entrada al campo se inició estableciendo un encuadre de privacidad y confidencialidad, fundamental para generar el clima de confianza necesario en la investigación cualitativa. El posicionamiento como investigadora buscó, desde el inicio, horizontalizar el vínculo; para ello, se presentó el objeto de estudio —las relaciones— no como una categoría teórica abstracta, sino como una temática emergente de la práctica clínica y escolar, validando los saberes de los adolescentes.

Como estrategia para delimitar el campo de análisis y evitar sesgos hacia relaciones de tipo familiar, se utilizó un lenguaje cercano y generacional. Se definieron las relaciones de interés mediante un recorrido histórico de etiquetas vinculares (desde "arrastrar el ala" hasta el "chongueo" o "vínculos sexo-afectivos"), invitando a los jóvenes a ser interlocutores para comprender ese "terreno" de significación.

La técnica se desarrolló en tres momentos clave:

Identificación de Vínculos (el centro de la flor): Tras una dinámica de caldeamiento, se solicitó a los grupos que identificaran los tipos de relaciones significativas que reconocían en su entorno. De este proceso emergieron las categorías que funcionarían como "centros" de las margaritas: "Casi algo", "Relación abierta", "Chamuyo", "Relación monogámica", "Amigovios", "Noviazgo" y "Relación sentimental". Estas categorías fueron expuestas en el pizarrón, transformando el aula en un espacio de construcción colectiva de datos.

Cosecha de Margaritas (construcción de pétalos): En esta fase, los estudiantes debieron profundizar en las características principales de cada vínculo. La consigna fue elegir la característica más significativa de la relación seleccionada. Mediante la metáfora de la "cosecha", cada grupo añadió sus "pétalos" a las flores del pizarrón, argumentando sus elecciones frente a sus pares, quedando documentado tanto el proceso de diálogo, como las producciones gráficas

resultantes (Ver anexo A).

Conversación Reflexiva: Este momento permitió lo que Pearce (2006) denomina la coordinación de significados. A través del diálogo grupal, las características individuales se transformaron en un mapa visual de la complejidad vincular del grupo, evidenciando cómo se entrelazan los mandatos, los deseos y las nuevas formas de nombrar el afecto.

Esta producción colectiva no finalizó en el primer encuentro. En sintonía con el proceso interactivo que menciona Vasilachis, los resultados de esta "cosecha" fueron sistematizados y reintroducidos en un segundo taller. En dicha instancia, se trabajó sobre la frecuencia de estos vínculos en su grupo etario, permitiendo una nueva capa de reflexión y votación sobre las formas predominantes de relacionarse hoy.

Segundo Taller: Narrativas sobre la "Toxicidad"

A partir de los resultados del primer encuentro, los estudiantes jerarquizaron mediante votación los vínculos más frecuentes en su realidad: el "casi algo", el "chamuyo" y el "noviazgo". Esta selección funcionó como un embudo metodológico, permitiendo profundizar en las dinámicas internas de estas categorías.

Retomando emergentes del taller anterior (celos, control y dinámicas de poder), se propuso una técnica de producción narrativa. Cada grupo debió redactar dos historias cortas sobre situaciones "tóxicas" dentro del vínculo asignado, alternando el punto de vista: una versión narrada por un varón y otra por una mujer. Este ejercicio permitió observar la multiplicidad de perspectivas y cómo el género atraviesa la percepción del conflicto, a través de sus propias narrativas escritas (ver Anexo B). La lectura compartida de estas historias actuó como un disparador reflexivo, donde la "reflexión conjunta" (Fuks, 2009) permitió cuestionar las conductas naturalizadas en sus relatos.

Tercer Taller: Deconstrucción de Frases y Perfiles de Identidad

El último encuentro se diseñó bajo la lógica de la devolución creativa. Se presentaron frases textuales recolectadas en los talleres previos, seleccionadas por su potencia simbólica respecto a los mandatos de género. Para fomentar un espacio de seguridad y expresión, se trabajó con una división grupal por género.

Grupo de varones: Se analizaron frases vinculadas a la presión por la fortaleza emocional ("hacerse el macho"), el temor al juicio ("princeso") y el rol de proveedor o protector.

Grupo de mujeres: Se trabajó sobre etiquetas de "exageración", "intensidad" y el rol de la mujer como objeto de consentimiento.

Como cierre de este proceso de construcción colectiva, se utilizó la técnica confección de perfiles simulados de Instagram: "Ser varón hoy" y "Ser mujer hoy". El uso de este artefacto cultural (Goffman, 1994) permitió a los estudiantes proyectar sus identidades en un formato familiar, facilitando la síntesis de lo reflexionado. La presentación de los afiches generó un intercambio final donde emergieron las tensiones y diferencias en la construcción de la identidad de género actual.

Una vez concluidos estos encuentros, queda en evidencia que el proceso no solo generó material de análisis, sino que constituyó en sí mismo una instancia de transformación para los participantes. No obstante, para que estos talleres cumplieran su función de espacio reflexivo, fue determinante la dinámica interna del equipo de trabajo. Por lo tanto, resulta fundamental analizar el rol de la co-coordinación, lo cual permitió sostener las tensiones que aparecieron en el grupo, garantizando un encuadre seguro para la emergencia de los relatos adolescentes.

La Co-coordinación: Ampliación de la Mirada Observadora

Dada la complejidad de la dinámica grupal con adolescentes y el enfoque sistémico de esta investigación, se decidió incorporar la figura de una colega co-coordinadora para el acompañamiento en el trabajo de campo. Esta decisión responde a criterios de rigor metodológico y se fundamenta en dos ejes:

Registro y Triangulación: La presencia de una colega permitió una división de tareas que fortaleció la recolección de datos, ocupándose del registro grabado de los encuentros y la toma de notas de campo (observación no participante). Esto facilita lo que Vasilachis (2006) denomina la fidelidad del dato, capturando matices gestuales y relacionales que podrían escaparse a un único observador.

Facilitación y Reflexividad: En términos de Pearce (2006) y la coordinación de significados, la colega actuó como una facilitadora adicional, promoviendo el diálogo y la circulación de la palabra en los subgrupos. Su rol fue especialmente relevante en el tercer taller, donde coordinó el grupo de mujeres (ver Anexo C), permitiendo que la investigadora principal se centrara en el grupo de varones.

Esta configuración de "equipo" permite un proceso de reflexividad compartida: al finalizar cada encuentro, la instancia de diálogo entre investigadoras permitió confrontar impresiones y "limpiar" sesgos individuales, enriqueciendo el análisis posterior mediante una triangulación de perspectivas sobre un mismo fenómeno.

Aspectos éticos de la investigación

Los aspectos éticos se constituyeron como un eje ineludible y transversal a todas las etapas del trabajo en terreno, garantizando el respeto por la integridad de los participantes.

Para ello, se establecieron acuerdos formales mediante la firma de consentimientos

informados con los directivos de la institución, quienes a su vez comunicaron a los padres de los jóvenes la temática y el alcance de las actividades. Asimismo, al inicio de cada taller, se sostuvo un encuadre explícito con los estudiantes sobre los principios de confidencialidad, anonimato e intimidad; asegurando que el manejo de la información recogida se realizara exclusivamente con fines académicos y resguardando la identidad de los sujetos en todo momento. Este cuidado ético no solo cumple con los protocolos institucionales, sino que refuerza la construcción de un espacio de confianza, condición necesaria para que la palabra y la reflexión circularan con libertad en los encuentros.

Procedimiento de Análisis de Datos: El Método de Comparación Constante

Finalmente, cabe destacar que para el tratamiento de la información recolectada se utilizó un procedimiento de análisis inductivo, retomando herramientas del método de comparación constante propuesto por la GT.

A al fin, se configuraron matrices de datos basadas en los objetivos específicos de la investigación. Esto permitió organizar el corpus empírico para identificar regularidades en los discursos, asegurando que las categorías finales “emergieran” de los datos y no de preconceptos teóricos.

Dado que el diseño es cualitativo y artesanal, el análisis se centró en la codificación de las transcripciones de los talleres y las producciones visuales (margaritas y afiches). A través de este proceso, se buscó que las categorías de análisis emerjan de la interacción situada, permitiendo que la teoría permanezca enraizada en la voz de los adolescentes y en la complejidad de sus vínculos.

El proceso de recolección y análisis se dio por concluido al alcanzar la saturación teórica, punto en el cual las comparaciones constantes indicaron que la incorporación de nuevos datos ya no aportaba propiedades adicionales a las categorías construidas.

En suma, el camino metodológico aquí descripto no se presentó como una sucesión lineal de pasos, sino como un proceso circular y dinámico de co-construcción con los adolescentes. La articulación entre el enfoque de la Teoría Fundamentada, el uso de matrices de datos y el método de comparación constante, garantizó que la rigurosidad científica se mantuviera anclada en la riqueza de los discursos emergentes.

La construcción del dato y el análisis de la información en esta investigación no se realizan de manera lineal, sino que adoptan una perspectiva sistémico-relacional. Bajo esta mirada, las narrativas obtenidas en los talleres no son consideradas como unidades aisladas de significado, sino como emergentes de un sistema de creencias y prácticas compartidas. De este modo, el análisis se centra en identificar las pautas que conectan los relatos individuales con los mandatos de género y las lógicas de control digital, entendiendo que el sentido del "dato" surge de la interacción entre el sujeto, su grupo de pares y el contexto sociocultural de Presidencia Roque Sáenz Peña.

Para procesar esta complejidad, se pone en evidencia el concepto de circularidad, analizando cómo los discursos de los adolescentes se retroalimentan y sostienen determinadas configuraciones vinculares. El dato no se "extrae" del campo, sino que se co-construye en el diálogo reflexivo entre la investigadora y los participantes, delineando un mapa que permite visualizar los múltiples niveles de contexto —individual, relacional y cultural— que dan forma a cada episodio narrado. Así, el análisis busca trascender la descripción de conductas para desentrañar la red de significaciones que organiza y legitima la violencia en la actualidad.

A continuación, se presenta el capítulo de análisis de resultados y discusión de los datos, en el cual se desglosan las categorías y sentidos que los jóvenes otorgan a sus configuraciones vinculares, puestos en diálogo con el andamiaje teórico y los hallazgos del campo.

Capítulo IV: Análisis de los Resultados y Discusión de los Datos

El presente capítulo constituye el núcleo de la investigación, donde se exponen los hallazgos contruidos a partir del trabajo de campo realizado en los talleres con adolescentes. El propósito fundamental de este apartado no es solo realizar una descripción técnica de los datos recolectados, sino entablar un diálogo reflexivo entre las voces de los participantes, las categorías teóricas propuestas y los objetivos que orientan este estudio.

El análisis se encuentra estructurado en cuatro ejes principales, correspondientes a cada uno de los objetivos específicos de la investigación. Esta organización permite desglosar la complejidad de las configuraciones vinculares amorosas de los adolescentes, de manera sistemática:

En el primer apartado, se enfocará en las configuraciones vinculares, analizando el mapa semántico que los jóvenes construyen para nombrar sus relaciones —desde el "chamuyo" hasta el "noviazgo"— y cómo estas etiquetas determinan el grado de compromiso, exclusividad y la percepción de reciprocidad.

El segundo apartado profundizará en las concepciones de género e identidad. Aquí el análisis se centrará en los mandatos de masculinidad y femineidad que persisten o se transforman en las relaciones, prestando especial atención a las tensiones y contrapuntos que surgieron al trabajar los discursos de varones y mujeres por separado y luego de manera conjunta en un plenario.

En el tercer apartado, se abordará el rol de los entornos digitales y las redes sociales. Se analizará cómo la tecnología actúa como un escenario donde se redefinen los celos, la privacidad y las dinámicas de control, convirtiéndose en un termómetro de la confianza o la "toxicidad" vincular.

En el cuarto apartado, se aborda la trama de la naturalización de la violencia desde un enfoque sistémico-complejo. Aquí se analiza la violencia no como un atributo individual, sino como una “emergencia” del sistema vincular, donde el control digital es coordinado y significado como una forma de cuidado.

Finalmente, el capítulo concluye con una instancia de discusión donde los hallazgos territoriales de Sáenz Peña son puestos en diálogo con los antecedentes del estado del arte. En este espacio, se contrastan las recurrencias y divergencias encontradas en relación con estudios nacionales e internacionales sobre violencia en el noviazgo y las masculinidades.

Configuraciones Vinculares Y El Mapa Del Compromiso: Del "Chamuyo" A La Formalidad

En este primer eje de análisis, se exploran las categorías nativas que los jóvenes utilizan para nombrar sus relaciones. El hallazgo principal es que los adolescentes no perciben el vínculo amoroso como una unidad estática, sino como un proceso dinámico de graduación de la exclusividad.

El “Chamuyo”: estadio de exploración y riesgo. El “chamuyo” aparece como la categoría fundante. Se define por la libertad de acción y la ausencia de compromiso formal. Sin embargo, no es un espacio neutro; los jóvenes lo describen como una fase de "tirar labia" o "daily chat" donde la comunicación es constante pero el riesgo de “provocar ilusiones” es alto. Aquí la violencia se manifiesta de forma sutil a través de la manipulación instrumental: los relatos señalan que el varón puede utilizar la mentira o el engaño afectivo con el fin de obtener un encuentro sexual, configurando una primera forma de ejercicio de poder sobre el deseo del otro.

El “Casi algo”: el espacio de la ambigüedad y la vulnerabilidad. Una de las categorías más potentes que surgió en los talleres es la del “Casi algo”. Los adolescentes lo definen como un

vínculo donde “se tratan como novios, pero no lo son”. Esta falta de etiqueta formal genera una zona gris de gran vulnerabilidad emocional. En esta configuración, el análisis de los datos permite identificar que la falta de contrato genera malestar: al no haber un acuerdo de exclusividad, pero sí una intensidad de noviazgo, aparecen los celos y la desconfianza. Además, se evidencia el impacto en la salud mental. Es significativo que los jóvenes asocien el “casi algo” con efectos graves como el “gostheo”, la depresión y el aislamiento. Como dice una de las participantes: “uno termina enamorándose y el otro lo gosthea” (Luciana³, 03 de Octubre de 2025). También mencionan: “te aislás y no comés” (relato escrito, ver anexo B). Esto demuestra que la ausencia de un nombre formal para la relación no disminuye el daño emocional ante la ruptura o la traición. De esta manera, la salud mental no es solo una categoría abstracta, sino un registro corporal donde el sufrimiento se vive en el ámbito privado para mantener una imagen de fortaleza pública.

El noviazgo y la construcción de la exclusividad: finalmente, el noviazgo se erige como la categoría de máxima institucionalización. Este estatus funciona como un umbral habilitador para la palabra: solo cuando existe la confianza propia de la formalidad, los adolescentes sienten que tienen el “derecho” a expresar sus sentimientos sin que medie el conflicto. Mientras que en el “chamuyo” la comunicación es un riesgo, en el noviazgo se vuelve, para algunos, más accesible de ser llevada a cabo y permitida. Aquí el “contrato” se basa en el respeto y la fidelidad. Es interesante observar que, para los jóvenes, el noviazgo funciona como una “zona segura” donde los celos son permitidos siempre y cuando se perciban como una demanda de respeto. Tal como refiere una joven:

“por ejemplo, el chico no le está teniendo del todo respeto a la chica, y está hablando de

³ A los fines de resguardar la identidad y el anonimato de los participantes, conforme a los protocolos éticos de investigación, todos los nombres utilizados en los relatos y transcripciones son ficticios.

forma no apropiada con otra chica, como un chamuyo, pero no un chamuyo, si no como palabras que no debería usar teniendo pareja... entonces la chica le reclama, pero no de una manera `no tenés que hablar más con la chica´, si no como `necesito que me des el respeto que me merezco´” (Bárbara, 03 de Octubre de 2025).

Sin embargo, es en el noviazgo donde el control se vuelve más explícito: la demanda de que el otro “solamente esté para ella/él” marca una territorialidad que bordea lo posesivo.

El Mapa de las Frecuencias y la Jerarquía de la "Seriedad"

Si bien los jóvenes identificaron un amplio abanico de modalidades vinculares, (incluyendo las relaciones abiertas, los amigovios y la relación monogámica), el consenso grupal señaló que las formas más frecuentes y donde se dirimen las principales tensiones son el "chamuyo", el "casi algo" y el "noviazgo".

A partir de los relatos, se puede interpretar que los adolescentes construyen una escala progresiva de "seriedad": el “chamuyo” funciona como la base exploratoria; el “casi algo” representa la transición crítica y ambigua; y el noviazgo se posiciona en la cima como la forma más institucionalizada de pareja.

Noviazgo vs. Relación Monogámica: El ideal frente a la institución

Un hallazgo de especial interés para esta investigación es que los adolescentes no equiparan necesariamente el "noviazgo" con la "relación monogámica". Mientras que la relación monogámica aparece en el discurso como un ideal de "amor sincero", entrega y respeto mutuo, el noviazgo —en tanto etiqueta social— aparece más teñido por relatos de control y "toxicidad".

Para los participantes, la monogamia es un valor ético deseado, pero el noviazgo es el escenario donde ese valor suele corromperse mediante la vigilancia digital y la restricción de libertades. Esta distinción sugiere que, para los jóvenes, la formalización (el "título" de novios)

activa automáticamente derechos de propiedad sobre el otro que no siempre coinciden con el ideal de amor respetuoso.

Configuraciones periféricas: Amigovios y Relaciones Abiertas

Por fuera de la tríada principal, aparecen configuraciones como los "amigovios" y las "relaciones abiertas", las cuales ocupan un lugar marginal en sus prácticas, pero central en sus juicios de valor.

“Amigovios”: Se define por la recurrencia del encuentro sexual sin la "exclusividad" del noviazgo, funcionando como un espacio de alivio de tensiones, pero con el riesgo constante de "engancharse" y caer en el sufrimiento del “casi algo”.

“Relación Abierta”: Es la categoría que genera mayor rechazo. Se la asocia con la falta de dignidad y el "asco". En este punto, los jóvenes muestran una fuerte resistencia cultural al separar el afecto de la exclusividad sexual, reforzando la idea de que la libertad en el vínculo es interpretada como falta de interés o desvalorización personal.

El respeto como sinónimo de exclusividad: La sanción a la apertura vincular

A partir de las expresiones de los jóvenes, se observa que el concepto de respeto se encuentra estrictamente ligado a la exclusividad afectiva y sexual, desplazando otras dimensiones como el buen trato o la autonomía. En los talleres, la posibilidad de una "relación abierta" no se debate en términos de acuerdos o libertades, sino que se sanciona desde una dimensión moral y visceral. En relación a la dignidad y el "asco", los adolescentes asocian compartir la intimidad con terceros como una pérdida de valor personal: “Tener una relación abierta es como que estás arriesgando la dignidad... es asqueroso” (Lucrecia, 21 de Octubre de 2025). Además, la exclusividad es vista como la base del respeto hacia uno mismo; romperla es interpretado como una desvalorización: “es estar compartiendo a una persona... es como que no te respetas a vos

mismo”. Incluso en la forma de hablar, el respeto se mide por la ausencia de "otros". Se considera una falta de respeto que el varón use palabras "no apropiadas" con otra chica, asimilando cualquier interacción con un tercero como un "chamuyo" que vulnera el pacto de pareja.

Esta concepción revela que, para los adolescentes, el respeto no es una práctica de cuidado cotidiano, sino el cumplimiento de una norma de posesión recíproca. Bajo esta lógica, la ausencia de una etiqueta formal (el “no somos nada”) funciona como una “zona liberada” de responsabilidades afectivas tanto para varones como para mujeres. Esta frase, recurrente en ambos géneros, opera como una ley de silencio: si no hay título, no hay derecho al reclamo. En las jóvenes, esto se traduce en una resignación ante la indiferencia; en los varones, en un escudo para proteger su autonomía y evitar ser vulnerables. Bajo esta lógica, la inseguridad femenina se justifica como una consecuencia natural cuando el varón "no la respetó demasiado", entendiendo por esto que "intentó o estuvo con otras chicas". Así, la fidelidad se convierte en el único indicador válido de una relación "sana", mientras que la libertad vincular es categorizada desde el asco o la pérdida de dignidad.

Reciprocidad y desequilibrio: La figura de la "Migajera" y el poder del interés

Para completar el mapa de las configuraciones vinculares, es necesario analizar la dimensión de la reciprocidad, que los adolescentes identifican como el núcleo donde se gesta la violencia o el bienestar. En este contexto, surge con fuerza una categoría nativa cargada de connotaciones negativas: la “Migajera”.

Este término es utilizado por las jóvenes para describir una posición de asimetría y desvalorización. Ser “migajera” implica conformarse con el "mínimo esfuerzo" afectivo del otro, aceptando "migajas" de atención a cambio de una entrega total. Esta posición de entrega desmedida, donde se aceptan “migajas” a riesgo de “perderse a sí mismas”, tiene un correlato

directo en el bienestar físico y emocional. El relato de las jóvenes sobre “no comer” o “aislarse” de la familia al terminar estos vínculos asimétricos muestra que la asimetría de poder tiene consecuencias somáticas directas, evidenciando que la falta de reciprocidad es, en última instancia, una forma de violencia silenciosa.

Como se observó en el plenario de los afiches realizados en el tercer encuentro (ver Anexo D), con la referencia a la canción "111" (ver Anexo E), la “migajera” es quien permanece en el vínculo a pesar de que este le hiere, priorizando la necesidad de ser mirada o escuchada por sobre su propio bienestar.

Desde una perspectiva de género, esta figura revela una tensión profunda. En el discurso femenino aparece como una autocrítica o una advertencia entre pares sobre el riesgo de "perderse a una misma" por un varón que no demuestra interés real. Asimismo, en la dinámica de poder el "interés" funciona como una moneda de cambio. Quien menos demuestra interés es quien tiene el poder en la relación (especialmente en el “chamuyo” y el “casi algo”), mientras que quien demanda reciprocidad es etiquetado como "intenso", "tóxico" en el caso de los varones o, “migajera” en el caso de las mujeres.

Asimismo, el análisis de los relatos de los adolescentes permite concluir que para los adolescentes la reciprocidad es el ideal regulador del "amor sincero", pero en la práctica cotidiana, los vínculos están mediados por un cálculo de riesgos. La violencia aparece, entonces, cuando el desequilibrio de poder es tal que una de las partes queda anulada en su deseo, aceptando condiciones de maltrato o indiferencia para no perder el vínculo, sea este un noviazgo formal o un simple “casi algo”.

Finalmente, atravesando todas estas categorías, emerge la “toxicidad” como la etiqueta definitiva que marca el límite de lo aceptable. En los relatos de los jóvenes, surge una distinción

ética fundamental entre los “celos sanos” y los “celos tóxicos”. Mientras los primeros son significados como un reclamo legítimo y un “pedido de respeto” ante conductas inapropiadas del otro (“necesito que me des el respeto que me merezco”), los celos tóxicos se asocian directamente con la prohibición y la anulación de la autonomía.

Para los adolescentes, la toxicidad se manifiesta cuando el vínculo se vuelve restrictivo. "prohibir hasta respirar al lado de una mujer" o impedir la vida social fuera de la pareja. Lo interesante es que esta dinámica no se limita al noviazgo formal; los jóvenes reconocen que "donde hay sentimientos, hay celos", lo que vuelve a la toxicidad una amenaza latente incluso en vínculos más lábiles como el “chamuyo”. Esta distinción es crucial, ya que permite a los adolescentes naturalizar ciertas demandas de control bajo la narrativa del “respeto”, mientras sancionan como patológico aquello que traspasa el límite de lo privado. De este modo, la etiqueta de “tóxico” funciona como el regulador moral que marca el punto donde el afecto se transforma en dominación.

Concepciones de Género: Mandatos, Tensiones y la Escenificación del Conflicto

En este segundo apartado se analizan las concepciones de masculinidad y femineidad que subyacen a los vínculos adolescentes. El objetivo es identificar cómo estos mandatos de género actúan como estructuras que condicionan el sentir y el actuar, generando tensiones que se hicieron explícitas durante el trabajo en grupos separados y el posterior plenario.

Mandatos de Masculinidad: Entre la Dureza y el "Princeso"

A partir de los relatos de los varones, se observa la vigencia de una masculinidad erigida sobre la restricción emocional y la autosuficiencia. El varón es interpelado por sus pares a sostener una imagen de "dureza"; cualquier fisura en esta coraza —como expresar la necesidad de ser amado o demostrar dolor— es sancionada socialmente con etiquetas ridiculizantes como la de “princeso”.

Esta restricción no implica ausencia de sentimientos, sino una censura de su expresión pública. Como señalan los participantes: “Capaz que sienten dolor... pero al grupo de compañeros no quieren demostrar” (Carolina, 21 de Octubre de 2025). Esta vigilancia sobre el mundo emocional del varón adquiere un matiz punitivo a través de la homofobia como mecanismo de control social. En los relatos de los jóvenes, esconder lo que se siente no es solo una elección personal, sino una estrategia defensiva para evitar ser tildado de “gay”. La vulnerabilidad, expresada en el cansancio frente a la vida o el llanto, no es decodificada como un proceso humano legítimo, sino como un indicador de “debilidad” que pone en duda la identidad masculina frente al grupo de pares. De este modo, la comunicación afectiva queda bloqueada por el miedo al ridículo y al “bardeo”; para el adolescente, el silencio y la opacidad emocional son el costo necesario para sostener su estatus de varón heterosexual y “fuerte”. Esta conexión entre emoción y sospecha de la orientación sexual es lo que vuelve la comunicación arancelada: el precio de hablar es, a menudo, la pérdida del prestigio masculino

La masculinidad, por tanto, se valida a través de un rol activo y conquistador, donde el varón es quien "tiene que sí o sí consentir" o tomar la iniciativa, cargando con la responsabilidad de la conquista como un atributo biológico o "natural" (“porque es hombre”).

Asimismo, en el discurso de los varones, se observa un intento de interpelación a la masculinidad hegemónica, y, por lo tanto, la convivencia de distintos modos de pensarse como varones. En su afiche los varones expresan: “@hombres_SOS oficial” (Ver anexo C). En este, proponen consignas como #Salud Mental, #Amor recíproco y la afirmación “Los hombres también lloran”. Este discurso busca romper con la restricción emocional y la autosuficiencia tradicional, reconociendo que el hombre "tiene que dejar de esconderse" y que "no todos pueden solos".

Un hallazgo significativo en los relatos de los jóvenes, es la transición del reclamo verbal

a la agresión física hacia terceros. Los varones manifiestan que, en un noviazgo las situaciones “tóxicas” surgen al notar que otro varón tiene interés en su pareja. Ante la falta de respuesta de la pareja o la insistencia de un tercero, la solución es la violencia directa: “si Seba le quiere comer a mi novia, yo voy y le desfiguro toda la cara a Seba” (Marcos, 21 de Octubre de 2025). De esta manera, se observa la naturalización de la agresión, ya que esta conducta es validada por el grupo de pares como algo “obvio” (“pero obviamente boludo, eso ya es obvio... quién no se va a enojar”). Aquí se evidencia un desplazamiento de la responsabilidad, ya que la violencia se dirige al tercero (“Seba”) para restablecer un orden de respeto que el varón considera vulnerado. Aquí, el cuerpo de la mujer se posiciona como un territorio en disputa donde el varón debe demostrar su fortaleza para no ser desvalorizado por sus iguales. Esto permite identificar que la masculinidad no solo se construye desde la restricción emocional, sino también desde el ejercicio de la fuerza física como mecanismo legítimo de resolución de conflictos. La violencia aparece naturalizada cuando se trata de proteger la “propiedad” afectiva.

Además, en relación a la situación antes mencionada, surge una dimensión que podría llamarse “intuición obligatoria”. Los varones (y algunas mujeres) dan por sentado que la mujer debe poseer una capacidad innata para detectar segundas intenciones en sus amigos. Se produce una patologización del no-saber, Si la mujer no se aleja de una amistad que el varón considera peligrosa, es calificada de “media loquita” o se afirma que “se tiene que dar cuenta... se nota a la legua”. También se observa una justificación del control. Esta supuesta “evidencia” de las intenciones de terceros justifica que el varón exija la restricción de las amistades de la mujer. Es una forma de control que no se percibe como tal, sino como una respuesta lógica a una “amenaza” que ella, por supuesta “locura” o complicidad, no corta a tiempo.

Esta demanda de alejamiento se traduce en la exigencia de gestos que funcionen como una

“garantía de seguridad”. Para los jóvenes, que la mujer decida autónomamente dejar de hablar con un ex novio o un amigo que al varón le incomoda, es visto como una prueba de amor necesaria. La “seguridad” del varón se construye, entonces, a partir de la restricción de la sociabilidad femenina: si ella no ofrece ese recorte de sus vínculos de manera espontánea, el varón interpreta que “hace poco” por la relación, justificando así la escalada de desconfianza y la posterior vigilancia de sus redes sociales.

El "Princeso" como sanción a la demanda de reciprocidad

El término “princeso” adquiere aquí una profundidad mayor. No solo se refiere al varón que llora, y expresa lo que siente, sino también al que pide ser amado o cuidado. “(Al varón) le cuesta expresarse, por miedo a que lo juzguen, porque muchas veces el varón expresa bien sus sentimientos, que quiere ser querido, quiere ser amado y muchos lo llaman ‘princeso’ o lo tildan de que ‘pide mucho’”. Los varones perciben el mandato del “proveedor absoluto” que implica que el hombre debe ser el que “siempre da, cien por ciento” y debe “sí o sí consentir a la mujer”. Cuando un varón rompe este rol de proveedor inalterable para pedir cariño o trato recíproco, el entorno (amigos e incluso “personas en general”) lo etiqueta como “princeso”, produciéndose así una sanción a la vulnerabilidad. Esto refuerza la asimetría: la mujer tiene derecho a recibir y ser cuidada, pero el varón que demanda lo mismo es feminizado y ridiculizado, lo que lo empuja nuevamente hacia el silencio o hacia la mentira como forma de escape.

Esta asimetría en la demanda afectiva se asienta sobre lo que los jóvenes identifican como una pedagogía diferenciada en la crianza. Según los relatos, existe un “manual” de trato hacia la mujer que se transmite de padres a hijos (tratarla como una “princesa” o una “reina”), pero no una enseñanza recíproca sobre cómo la mujer debe tratar al varón. Incluso, aparece la figura materna moldeando al hijo en función de sus propios deseos insatisfechos: el varón es educado para ser el

proveedor de atenciones que la madre hubiera querido recibir. De este modo, se construye un escenario donde la “Princesa” es la mujer mimada que demanda recursos y atención unilateral, mientras que el “Princeso” es el varón sancionado por intentar solicitar esa misma reciprocidad.

Esta arquitectura de la masculinidad, sin embargo, no se sostiene únicamente por mandatos heredados de la crianza, sino por una vigilancia intrageneracional constante que las jóvenes identifican como el verdadero motor del conflicto en sus vínculos. En los talleres, las adolescentes desplazaron el foco de la influencia de las redes sociales hacia la presión del grupo de pares, señalando que el malestar suele nacer del "maquineo" o procesamiento obsesivo que generan los chistes o comentarios entre varones (Ver anexo C). Para ellas, la identidad del varón es altamente permeable a la sanción del par: "muchas veces los amigos le hacen un chiste y ellos ya se quedan pensando en eso y maquinean⁴... les influye mucho lo que piensan los amigos". Esta presión grupal funciona como una instancia de regulación de la conducta; el grupo no solo vigila la hombría en términos abstractos, sino que interviene activamente boicoteando la estabilidad del compromiso afectivo con frases como "no te pongas de novio ahora que vienen las vacaciones" o "dejála, hay muchas". Así, la falta de cuidados o el desinterés no siempre responden a una elección individual, sino a una exigencia de disponibilidad y "dureza" frente al círculo de amigos.

Esta tensión entre el deseo de reciprocidad y la necesidad de pertenencia al grupo explica la marcada disonancia entre el discurso y la práctica que emergió durante el plenario (Ver anexo D). Mientras los varones exponían afiches con consignas de igualdad y salud mental, las mujeres produjeron un quiebre en la dinámica del taller al señalar un discurso de apariencia: "los hombres pueden poner esas cosas ahí, pero a la hora de hacerlo, de actuar... ellos no lo hacen... muy lindo lo que escribieron, pero en la práctica nada de eso se ve" (Renata, 19 de Noviembre de 2025). El

⁴ Refiere al procesamiento mental obsesivo de los comentarios o chistes de los amigos sobre la conducta de sus novias.

reclamo evidencia que, aunque los jóvenes han incorporado un vocabulario institucionalmente valorado, la práctica cotidiana sigue capturada por el temor a la sanción social. Un estudiante lo sintetizó al reconocer que, aunque sepa que expresar dolor es legítimo, el costo en términos de estatus es inasumible: "si yo tengo un problema y lloro, yo quedo como un prínceso... ¿y si me importa lo que digan mis amigos? Directamente ni lo diría" (Lucas, 19 de Noviembre de 2025). En última instancia, la validación emocional que ofrecen las mujeres resulta insuficiente frente al poder punitivo del grupo de pares. El varón opta por sostener la opacidad emocional y la "fachada de dureza" antes que arriesgar su reconocimiento entre iguales, lo que convierte a esta vigilancia mutua en el principal garante de la asimetría vincular y de la naturalización de la violencia psicológica.

Mandatos de Femeineidad: Pasividad y la Mujer como "Insegura"

En contrapartida, los discursos sobre la femineidad revelan una persistencia de la pasividad expectante. A pesar de un discurso a favor de la igualdad, en la práctica las jóvenes sostienen que "la mujer tiene que ser conquistada", ubicando al varón como el iniciador necesario. Esta postura las coloca en un lugar de reactividad: su demostración de afecto está condicionada a que el varón dé el primer paso. En el plenario, las jóvenes defendieron esta postura con frases como: "¡El hombre tiene que conquistar! ¡Para eso están!" y "¡porque es hombre!" (Ver anexo D), reforzando una asimetría que ellas mismas reconocen como desigual pero que sostienen por la comodidad del rol tradicional.

Asimismo, aparece una construcción de la mujer como un sujeto marcado por la inseguridad. Tanto varones como mujeres justifican el control femenino (revisar celulares, prohibir salidas) como una consecuencia "natural" de traumas o traiciones pasadas. Aquí, la inseguridad no es vista como un problema del vínculo, sino como un rasgo constitutivo de la identidad femenina,

lo que otorga a los varones una "licencia" para el uso de la mentira (referir "irse a pescar" cuando estuvo en una fiesta) como estrategia para evitar el conflicto.

En estrecha relación con esta construcción de la inseguridad, aparece en el discurso femenino la distinción semántica entre la “amiga” y la “amiguita”. Mientras la primera es aceptada como un vínculo histórico y legítimo, la “amiguita” es categorizada como una figura intrusa que posee “segundas intenciones”. Esta distinción permite a las jóvenes justificar prácticas de vigilancia y exigencia de límites bajo la narrativa del “respeto” vulnerado. Para ellas, el conflicto no surge de sus celos, sino de una doble amenaza: la falta de códigos de la otra mujer y la pasividad del varón que "se deja" o "se hace el bobo" por conveniencia afectiva. Así, el control femenino se presenta como una respuesta defensiva y necesaria ante un varón percibido como alguien que no asume su rol de filtro activo para proteger la exclusividad del vínculo.

De esta manera, los mandatos de femineidad revelan una contradicción entre el deseo de igualdad y la persistencia de un rol pasivo y demandante. A esta construcción se suma lo que podría denominarse la “maternización del vínculo”. En los relatos de las jóvenes, el amor hacia el varón aparece ligado a una función reparadora de sus carencias afectivas previas (“tenés que ser la madre que no fue su mamá”). La mujer asume la responsabilidad de “educar” emocionalmente al varón y de “ponerle límites”, ocupando un rol de cuidado que excede los límites de la pareja. Esta carga es aceptada bajo la premisa de que él “necesita amor”, lo que la posiciona en un lugar de entrega absoluta y sacrificio.

Esta función de cuidado unilateral es el paso previo a la categoría de "migajera", término con el que las jóvenes se autodefinen en sus afiches (Ver anexo C). La joven queda tan volcada a la sanación de las heridas del varón que termina postergando sus propias necesidades, aceptando el mínimo afecto —"migajas"— a cambio de sostener la integridad emocional de su pareja. Esta

posición conlleva el riesgo de "perderse a sí misma" por estar "enganchada" en un vínculo donde el sufrimiento se repliega al ámbito privado. Las jóvenes describen una máscara de entereza ante sus pares que se desmorona en la intimidad, donde el impacto emocional se traduce en conductas de riesgo como el aislamiento familiar y trastornos alimentarios ("cuando están en la casa no comen, se aíslan"). Así, la #SaludMental deja de ser un hashtag para convertirse en el registro de un cuerpo que somatiza la precariedad del cuidado.

Aunado a esto, la categoría de "intensidad" es significada por las jóvenes no como un defecto, sino como una herramienta pedagógica. Para ellas, ser intensas —estar "arriba" del otro— es el mecanismo necesario para que el varón logre "abrir su corazón". Esta autopercepción de la mujer como proveedora de un cuidado único e irremplazable ("el cariño que nosotras le damos no se lo va a dar otra") genera una dinámica de espera y dependencia. El fin de una relación no se vive como un cierre, sino como un tiempo de espera para que el varón "se dé cuenta" de la excepcionalidad del amor recibido. Esta disponibilidad permanente, graficada en las metáforas de "no trancar la puerta" o "darle la llave del candado", revela cómo la entrega absoluta termina por desdibujar los límites de la propia autonomía, dejando la resolución del conflicto siempre en manos de un posible retorno del varón.

Tensiones y Contrapuntos: El Plenario de los Afiches

El momento de mayor densidad analítica se produjo durante el plenario del tercer taller, donde la confrontación de los afiches (ver Anexo C y D) dejó al descubierto una guerra de sentidos. El uso de referencias musicales funcionó como un campo de batalla simbólico. El reclamo femenino se explicita a través de la Canción "111" (Ver Anexo E). Las mujeres refirieron que esta canción expresa y representa su manera de pensar. A través de la misma, se visibiliza un posicionamiento que expone vulnerabilidad y el lugar de "migajeras" (quienes aceptan el mínimo

afecto). Fue un discurso de exposición de la herida y demanda de reciprocidad. A lo largo del plenario, los varones respondieron tachando con una cruz la canción "444" (Ver Anexo F), en referencia a la canción de desamor de Yan Block. Este acto performativo, sumado a la frase agregada por ellos en su afiche: “exclaman las dolidas traumaditas”, constituyó una invalidación radical del reclamo femenino (Ver Anexo C).

La calificación de las mujeres como "dolidas" o "traumaditas" revela un contrapunto violento. Esta patologización del reclamo femenino funciona como una herramienta de poder: al tildar a la mujer de "traumada", el varón anula la validez de su palabra y evita revisar sus propias conductas, como el uso de la mentira para evadir conflictos. Si ella está "traumada", su queja por el control o la mentira no es legítima, sino un síntoma de su inestabilidad.

En este escenario, el plenario, mayormente, no funcionó como un espacio de escucha, sino como una escenificación de la imposibilidad de diálogo. Cada grupo se abroqueló en sus posiciones defensivas: las mujeres en la denuncia del daño y los varones en la burla y la negación de su propia vulnerabilidad para evitar ser juzgados por sus pares. Se puso en evidencia que, a pesar de los nuevos discursos de salud mental y masculinidades emergentes, en la arena de los vínculos reales prevalece la descalificación del otro como estrategia para sostener los privilegios del rol tradicional.

Otro conflicto surgió en torno a la toma de iniciativa y el factor material, a partir del concepto del 50/50. Mientras las mujeres pusieron #No al 50-50 en su afiche, reclamando que el varón dé más en términos de "conquista" y "detallitos" materiales, los varones demandaron igualdad en el esfuerzo para no ser los únicos proveedores.

En este punto, emerge una resignificación del término “migajero” desde la perspectiva masculina. Para los varones, ser “migajero” no es solo recibir poco, sino quedar posicionados en

el lugar del reclamo constante por una atención que “debería nacerle” a la mujer de forma espontánea. El malestar masculino surge de la necesidad de tener que pedir o exigir gestos afectivos o materiales, lo que les genera un cansancio que suele derivar en el desapego (“dejo de pedirle y listo”). Así, la figura del “migajero” en el varón revela una mendicidad afectiva que, al no ser satisfecha, refuerza el ciclo de silencio y la falta de herramientas para construir una reciprocidad real.

El siguiente punto de tensión se observa en el tópico confianza vs. el control. Para los varones, el control de contraseñas es una consecuencia lógica del pasado (“si te gorreó vas a estar más pendiente”), mientras que las mujeres lo denuncian como una forma de dominación y ejercicio de poder sobre su privacidad.

Por último, en relación a la validación de sentimientos, el sentir femenino es sistemáticamente minimizado por los varones como una “exageración” o “locura”. Lo que para la mujer es un reclamo legítimo por falta de respeto, para el varón es “buscar cualquier motivo para pelear”. De este modo, la descalificación del reclamo femenino cierra el círculo de la incomunicación, donde la demanda de respeto es leída como un ataque a la autonomía masculina.

El escenario digital: Control, vigilancia y la gramática del “Chamuyo”

Este eje de análisis se propone mapear el rol de los entornos digitales y las redes sociales en las dinámicas de control, celos y ejercicio de poder dentro de las relaciones amorosas. En la actualidad, el espacio virtual no funciona meramente como un canal de comunicación, sino como un territorio simbólico donde se redefinen los límites de la privacidad y se escenifican los conflictos vinculares. A través de las voces de los adolescentes, es posible observar cómo herramientas como Instagram o el “Daily Chat” se convierten en instrumentos de vigilancia que alimentan la percepción de lo “tóxico”.

La contraseña como prueba de confianza y la vigilancia potencial

Una de las dimensiones más críticas del control digital reside en el acceso a la intimidad del otro a través de las contraseñas. Entre los adolescentes, el pedido de claves de acceso a redes sociales como Instagram aparece como una práctica que oscila entre la prueba de amor y la invasión a la privacidad. Mientras que algunas jóvenes identifican este pedido como una clara vulneración de su autonomía, otras lo vinculan directamente con el nivel de seguridad en la relación, afirmando que la necesidad de entrar a la cuenta del otro depende del "círculo de confianza" que se haya construido.

Sin embargo, el análisis de los discursos masculinos revela que este "círculo de confianza" no es un estado de mutua transparencia, sino un estatus que la mujer debe "ganar" y demostrar a través de la entrega de su privacidad. Para los varones, la confianza funciona como un arancel: para que el control "ya no suceda tanto", la mujer debe validar su conducta entregando las claves de Instagram, WhatsApp o el acceso al celular completo. Resulta paradójico que los adolescentes definan esta entrega como una forma de "dar seguridad" al otro, transformando un acto de vigilancia potencial en una garantía de transparencia afectiva.

La posesión de la contraseña funciona, así, como un seguro de control; un varón mencionaba haber solicitado las claves a su pareja a pesar de no haberlas usado nunca, argumentando que "no hizo falta" (Ver anexo C). Esta latencia del control sugiere que el respeto a la privacidad está condicionado a la ausencia de sospechas. En este sentido, la vigilancia se justifica socialmente como una consecuencia de actos previos: si existió un antecedente de infidelidad o "gorreo", el varón considera legítimo estar "más pendiente" de la actividad digital de su pareja. Esta lógica de sospecha se intensifica ante la categoría de la "mala fama" o el haber estado "muy quemada" en el pasado. El historial vincular de la mujer —haber estado con muchas

personas o haber sido infiel anteriormente— actúa como un estigma que otorga al varón una "licencia" para la desconfianza de entrada, obligando a la joven a demostrar que "no es como todos dicen".

Bajo esta lógica, las redes sociales funcionan como un "archivo" inalterable de conductas pasadas que se utiliza para justificar el control del presente. La tecnología facilita el "scrolleo" hacia atrás —una navegación retrospectiva por el perfil del otro— con el objetivo de buscar evidencias o motivos de desconfianza que quizás no pertenecen a la relación actual, pero que se reactivan como una amenaza latente. Esta vigilancia del pasado se extiende incluso a la prohibición de vínculos de amistad con ex parejas, bajo la premisa masculina de que, si existió una conexión previa, la "chispa" sigue latente. Así, el celular se transforma en un objeto de escrutinio constante donde el "cero contacto" con el pasado y la apertura total de los dispositivos son las condiciones necesarias para que el varón otorgue, temporalmente, una tregua en el control.

El "Chamuyo" y el "Daily Chat" como Escenarios de Manipulación y Asimetría

El entorno digital también configura nuevas formas de vinculación, como el "chamuyo" mediado por el "Daily Chat", donde las redes sociales operan como el escenario principal de la relación. En el segundo encuentro con los jóvenes, la propuesta giró en torno a la construcción de un relato que ponga en evidencia lo que ellos consideran como "tóxico" en una de las configuraciones vinculares surgidas en el primer taller. En el relato del grupo que trabajó con "chamuyo" surge la historia creada de "Martina y Santiago" (ver anexo B), en la cual se observa cómo el Instagram altera la naturaleza del vínculo inicial del boliche, permitiendo el despliegue de tácticas de manipulación. Los varones definen explícitamente a Instagram como una herramienta instrumental para el "chamuyo", bajo una lógica de consumo afectivo que describen como "hablar, usar y tirar".

Esta concepción de la red social como un espacio diseñado específicamente para “tirar labia” con otros configura a la plataforma como un lugar de amenaza constante. La posibilidad técnica de entablar nuevos contactos de forma inmediata y privada genera una inseguridad estructural en el vínculo; el “chamuyo” siempre está a un clic de distancia, lo que alimenta la necesidad de vigilancia sobre los seguidores y los likes como una forma de contener esa posibilidad de fuga afectiva. Esta dinámica digital suele profundizar las asimetrías de poder, especialmente cuando existe una diferencia de edad y experiencia. En el caso analizado, la vida de la joven Martina comienza a girar en torno al chat, mientras que el varón mantiene una "vida aparte", utilizando la virtualidad para ocultar su verdadera identidad o actitudes. La manipulación se vuelve explícita cuando, bajo la promesa de construir "algo lindo", se utiliza el entorno digital para obligar a la mujer a realizar acciones que vulneran su integridad. Así, el "chamuyo" digital, lejos de ser un juego inofensivo, puede convertirse en una trampa de control donde la comunicación constante es utilizada para hundir a una de las partes en una relación de sumisión.

La Gramática de la Inmediatez: El "visto" y el Control de los Tiempos

La temporalidad en las redes sociales genera una nueva forma de violencia psicológica vinculada a la disponibilidad permanente. El "clavar el visto" o la demora en responder un mensaje se interpretan como actos de desprecio o señales de engaño. Las adolescentes manifiestan una fuerte carga de ansiedad ante la falta de respuesta inmediata; si el varón no escribe durante un lapso breve, la sospecha de que "está con otra" surge de inmediato.

Esta vigilancia del tiempo se vuelve más violenta cuando existe una contradicción entre la falta de respuesta al chat privado y la actividad pública en la red social. Las jóvenes señalan como una conducta recurrente —y generadora de conflicto— que el varón no conteste un mensaje, pero sea visto "al toque" subiendo fotos o historias con amigos. Aquí, el entorno digital expone la

jerarquía de intereses del otro, convirtiendo la gestión del tiempo de respuesta en un campo de batalla por la validación afectiva. La demanda de una respuesta inmediata funciona como un mecanismo de control que anula la autonomía del otro sobre sus propios tiempos y actividades.

La Visibilidad Pública y las Prohibiciones en la Red

Finalmente, el ejercicio del poder se extiende a la regulación de la interacción social del otro en el espacio público virtual. El control no se limita a lo que se habla en privado, sino a quién se sigue o quién otorga un "like" en las publicaciones. Las mujeres denuncian que los varones suelen prohibirles seguir a determinadas personas o recibir interacciones de terceros, entendiendo que el espacio digital debe ser una extensión de la exclusividad monogámica analizada anteriormente.

Esta regulación de la conducta virtual se complementa con acciones directas de dominación, como el borrado de contactos o la revisión exhaustiva de las redes sociales para detectar cualquier signo de "onda" o "segundas intenciones" de otros hacia la mujer. En este marco, el entorno digital potencia los celos al hacer visible cada interacción, transformando la red social en una vidriera donde el varón ejerce una vigilancia constante para proteger su "territorio" afectivo. Lo que los adolescentes denominan "toxicidad" encuentra en estas prácticas de restricción y prohibición digital su expresión más cotidiana y naturalizada.

La Trama de la Naturalización: Articulaciones desde un Enfoque Sistémico-Complejo

Para dar cumplimiento al cuarto objetivo de esta investigación, es necesario analizar las prácticas de violencia no como atributos aislados de los sujetos, sino como una emergencia del sistema (García, 2006; Morin, 1990). La violencia en los vínculos adolescentes se presenta como un entramado o complexus donde los mandatos de género tradicionales se reciclan y coordinan con nuevas configuraciones relacionales. Desde esta perspectiva, la naturalización de la violencia

no es un hecho pasivo, sino una pauta que conecta (Bateson, 1972) sentidos, roles y escenarios digitales.

La Coordinación Del Control: Seguridad Vs. Autonomía En El Escenario Digital

Desde la Gestión Coordinada del Significado (Pearce, 2006), se observa que adolescentes varones y mujeres co-construyen una realidad social donde el control digital es significado como "cuidado". Existe una articulación entre el mandato de masculinidad vigilante —presionado por el "tribunal" de pares (Segato, 2003) para evitar el desprestigio de la infidelidad— y la búsqueda de seguridad afectiva femenina.

En esta danza relacional, la entrega de contraseñas o el acceso a la privacidad no se perciben como una vulneración de derechos, sino como un acuerdo de transparencia. El varón, atrapado en la necesidad de performar una masculinidad inalterable, utiliza la vigilancia como una estrategia defensiva ante la incertidumbre. Por su parte, la mujer, bajo el mandato de "respeto", valida esta práctica como una garantía de exclusividad. Así, la violencia simbólica de la vigilancia se naturaliza mediante una coordinación de sentidos donde ambos sujetos sacrifican su autonomía en pos de una estabilidad vincular precaria. Esta dinámica se apoya en lo que Taverniers (2001) denomina la circularidad de la comunicación: la demanda de seguridad de ella es respondida con el control de él, y ese control, a su vez, es interpretado por ella como una prueba de que él "se preocupa", cerrando un bucle que invisibiliza la vulneración de la privacidad. El varón, atrapado en la necesidad de performar una masculinidad soberana, utiliza la vigilancia como una estrategia defensiva ante la incertidumbre, mientras que la mujer valida esta práctica como una garantía de exclusividad.

Performatividad Y "Respeto": La Repetición Del Mandato En El Noviazgo

Siguiendo a Butler (2007), el género se manifiesta como una repetición ritualizada de actos.

En los relatos, la distinción entre "celos sanos" y "tóxicos" funciona como el guión de esta performance. Los jóvenes articulan el ideal del noviazgo con una interpretación del "respeto" que incluye la regulación de los vínculos del otro (la vigilancia sobre las "amiguitas").

Aquí, la violencia no es una acción lineal de un agresor sobre una víctima, sino un proceso de co-construcción narrativa. Las jóvenes ejercen un control activo sobre la vida social del varón para proteger el territorio del vínculo, mientras que los varones aceptan o "se hacen los bobos" ante esta vigilancia para sostener la imagen de un amor comprometido. Esta dinámica revela que la violencia psicológica (reproches, prohibiciones) se vuelve invisible al ser renombrada como un compromiso ético con el bienestar del "nosotros". Lo que para un observador externo es control, para el sistema-pareja es un ritual de pertenencia que estabiliza el vínculo frente a la mirada de los otros.

La "Migajera" Y La Asimetría Del Interés: Una Cárcel Narrativa

La articulación más crítica se observa en la figura de la "migajera", la cual puede analizarse desde las "cárceles narrativas" de Pakman (2011). En los vínculos informales ("casi algo"), el poder se distribuye según la ley del menor interés: quien menos demuestra, domina.

La mujer, atravesada por una subjetividad instituida que la coloca como "reparadora" o "maternizadora" del vínculo, queda atrapada en una poética del dolor donde su entrega absoluta busca compensar la indiferencia del varón. Esta asimetría constituye una forma de violencia silenciosa que no suele ser denunciada como tal.

El varón, limitado por un mandato de restricción emocional que le impide gestionar demandas afectivas intensas, se retira o "desaparece", lo que genera en la mujer conductas somáticas de riesgo (aislamiento, posibles trastornos alimentarios), demostrando un deterioro de la salud mental. La naturalización ocurre cuando este desequilibrio es aceptado como una

diferencia de personalidad y no como una expresión de la precariedad de los cuidados en el sistema de género actual.

Esta asimetría constituye una forma de violencia silenciosa que no suele ser denunciada como tal. Sin embargo, esta posición de vulnerabilidad no es una elección azarosa, sino que halla su sustento en la construcción social del amor romántico. La figura de la “migajera” funciona como la actualización de los mitos del amor romántico, específicamente el mito de la entrega total y la creencia de que “el amor lo puede todo”. Bajo esta lógica, la joven asume una responsabilidad unilateral por el éxito del vínculo, transformando la carencia de interés del varón en un desafío personal de “conquista a través del sacrificio”.

En este sentido, la naturalización de la violencia psicológica en los vínculos informales se apoya en una estructura narrativa donde el sufrimiento es visto como una prueba de la “intensidad” del sentimiento. La “migajera” queda así atrapada en una cárcel narrativa que romantiza la espera y la falta de reciprocidad, perpetuando una asimetría de poder que se justifica en nombre de un ideal amoroso que prioriza el bienestar del otro por sobre la autonomía propia.

Desde el enfoque sistémico, no hay una víctima pasiva y un victimario activo, sino una coordinación de sentidos (Pearce, 2006) donde el desinterés de uno alimenta la hiperresponsabilidad afectiva de la otra. La naturalización ocurre cuando esta asimetría es narrada como “química” o “complicidad”, ocultando un profundo deterioro de la salud mental. La mujer, en su rol de “reparadora”, termina somatizando la angustia del vínculo precarizado, mientras que el varón se retira del escenario de cuidado, confirmando la validez de un entramado de significados que privilegia el desapego masculino y patologiza la demanda femenina.

Discusión De Los Resultados

Tras el análisis de los datos obtenidos en los talleres reflexivos, donde se identificaron categorías nativas como el "princeso", la "migajera" y la vigilancia intrageneracional, entre otros; este apartado se propone contrastar dichos hallazgos con el Estado del Arte presentado previamente, con el objetivo de establecer un dialogo crítico con las investigaciones previas sobre violencia en el noviazgo y masculinidades.

Para facilitar este análisis comparativo, la discusión se estructura en torno a tres ejes fundamentales que sintetizan las tensiones observadas:

Eje 1: Percepción y naturalización de la violencia. Aquí se analiza la convergencia entre los hallazgos locales y los antecedentes regionales respecto a la invisibilización de la violencia psicológica y la persistencia de los "celos sanos".

Eje 2: Mandatos de masculinidad y el control digital: la vigilancia como performance. En este punto se discute cómo los mandatos de dureza y protección se solapan con el uso de las tecnologías, bajo la constante observación del grupo de pares.

Eje 3: El amor romántico y la reproducción de estereotipos: la persistencia del ideal. Finalmente, se examina cómo los mitos románticos y el sexismo ambivalente funcionan como el sustento estructural que legitima la asimetría y el sufrimiento en los vínculos adolescentes.

A través de este recorrido, se busca no solo validar las tendencias observadas por otros autores, sino también dar cuenta de las particularidades que la violencia adquiere en las subjetividades de la población analizada.

Eje 1: La Percepción Y Naturalización De La Violencia: Entre La Invisibilidad Y El Silencio

Al contrastar los hallazgos de esta investigación con los antecedentes locales, se observa una clara convergencia en torno a la primacía de la violencia psicológica y su compleja identificación por parte de los adolescentes. Tal como postulan Bertolino et al. (2018) en su estudio en Córdoba, existe una marcada tendencia a naturalizar conductas de control y hostigamiento bajo la idea de "amor", lo que dificulta que los jóvenes se perciban a sí mismos en situaciones de riesgo. En los talleres reflexivos realizados durante esta investigación, esta naturalización se hizo evidente a través de la categoría de "celos sanos". Mientras que Bertolino et. al señalan que el control de las amistades y horarios es la forma más frecuente de violencia invisibilizada, en este trabajo se observa que dicha práctica ha experimentado transformaciones y se ha desplazado hacia la dimensión de la lealtad virtual. Aquí, el “pedido de respeto” funciona como el articulador que legitima la vigilancia mutua, especialmente frente a la interacción con terceros. Por ejemplo, el reclamo por los “likes”, los comentarios o las conversaciones consideradas inapropiadas en redes sociales no se percibe como un acto de control, sino como una demanda legítima de exclusividad. De este modo, la vigilancia no se agota en el saber dónde está el otro (tal como indica la investigación de Bertolino et al. (2018), sino en el monitoreo constante de sus interacciones digitales, naturalizando la sospecha como una forma de cuidar el vínculo

En esta misma línea, la distinción entre lo que los jóvenes denominan "tóxico" y lo que consideran "normal" dialoga con los aportes de Páramo y Arrigoni (2018). Estos autores identifican modalidades de violencia psicológica como el oposicionismo y la descalificación, las cuales operan de manera sutil en los vínculos. En la población analizada en este estudio, estas conductas aparecen vinculadas a la "ley del menor interés": el desprecio o la indiferencia (ghosting, falta de respuesta intencional) no son leídos inicialmente como agresiones, sino como reglas de un

juego vincular. Esto sugiere que, si bien Páramo y Arrigoni detectan estas modalidades en parejas universitarias de Mendoza, en los adolescentes participantes de la investigación en Chaco, estas prácticas ya están plenamente instituidas como formas válidas de gestionar el vínculo dentro de diversas configuraciones vinculares.

Por otro lado, un punto de ruptura y profundización de esta tesis respecto al Estado del Arte reside en el impacto subjetivo de estas violencias silenciosas. Mientras que Arévalos (2022) examina cómo las situaciones de humillación e inferiorización estructuran prácticas de silenciamiento y una autoevaluación negativa en jóvenes de La Plata, en este estudio se observa que dicho silencio adquiere un matiz vinculado a la gestión de la reciprocidad. En los relatos de los adolescentes de Sáenz Peña, especialmente bajo la figura de la “migajera”, el silencio y el repliegue del sufrimiento al ámbito privado operan como una forma de sostener el vínculo a pesar de la asimetría de poder. Al callar las situaciones de indiferencia o control, las jóvenes intentan evitar el conflicto y preservar una imagen de “entereza” ante sus pares, transformando el malestar en un desafío personal de sacrificio para que la relación sea exitosa.

Eje 2: Mandatos De Masculinidad Y El Control Digital: La Vigilancia Como Performance

El análisis del control en los entornos digitales permite identificar una articulación profunda entre las nuevas tecnologías y los mandatos de masculinidad hegemónica. Al contrastar los testimonios con el estudio de Guevara y Gontero (2014), se observa que el rol de "protector" sigue siendo un atributo central de la identidad masculina. Sin embargo, en la población de Sáenz Peña, este rol se ha transmutado en una función de vigilancia digital: proteger el vínculo ya no implica únicamente una posible defensa física o el cuidado en el espacio público, sino el monitoreo exhaustivo del "muro", los "likes" y las interacciones de la pareja en redes sociales.

Mientras Guevara y Gontero señalan que esta protección es valorada por las mujeres como un rasgo deseable en el varón, en esta investigación se evidencia que dicha valoración funciona como una trampa de control donde la autonomía se sacrifica en nombre de una supuesta seguridad emocional. La explicación de este fenómeno reside en que la vigilancia no se ejerce de forma aislada, sino como una performance dirigida al grupo de pares. Para el varón, el control de las redes sociales de su pareja opera como una prueba de su estatus y autoridad frente a la mirada de otros hombres; el "respeto" que demanda no es solo una cuestión de fidelidad privada, sino un mensaje público de dominio que evita la ridiculización o la etiqueta de "princeso" dentro del círculo de amigos.

En este escenario, tal como mencionan las autoras, el entorno digital funciona como un dispositivo de control omnipresente. A diferencia de las formas de control tradicionales que requerían la presencia física, la fiscalización de los “vistos” y las conexiones en tiempo real permite, como plantean Guevara y Gontero, una vigilancia que no conoce límites espaciales ni temporales. Lo que los jóvenes de Sáenz Peña denominan “maquineo” revela que esta vigilancia digital es, en última instancia, el modo en que el varón gestiona su propia inseguridad frente al tribunal de pares, transformando el control en una garantía de pertenencia al ideal hegemónico. De este modo, la "protección" deja de ser un gesto de cuidado hacia la mujer para convertirse en un mecanismo de autoprotección del varón contra la sanción social de su grupo.

Esta vigilancia no debe leerse solo como una acción individual, sino como una respuesta a la presión intrageneracional. Aquí cobran relevancia los aportes de Martínez Avidad y Pérez López (2020), quienes sostienen que el varón joven encarna el rol prescrito socialmente para evitar la sanción social y el ostracismo. En los relatos de los jóvenes de Sáenz Peña, el control de las contraseñas y el acceso al celular aparecen como actos performativos: el varón vigila para no ser

descalificado por su grupo de pares, lo que remite al “tribunal” de Segato mencionado en el marco teórico. De este modo, la violencia digital se naturaliza como una exigencia de estatus dentro de la cofradía masculina.

En este punto, la presente investigación coincide con la conclusión de Martínez Avidad y Pérez López (2020) acerca de que, pese al interés social en las “masculinidades tóxicas”, no existe un cuestionamiento real de la representación dominante de lo masculino, sino prácticas que reproducen su marco preceptivo tradicional. Esta contradicción es central en los hallazgos de este estudio: mientras los varones sostienen un discurso de igualdad y salud mental en los afiches del taller, en la práctica cotidiana autorregulan su comportamiento bajo la censura estructural del grupo. Al igual que en el estudio de referencia, los jóvenes de Sáenz Peña admiten haber reprimido expresiones de vulnerabilidad por temor a la vigilancia externa, evidenciando que la fachada de “dureza” sigue siendo el costo necesario para mantener el capital masculino ante sus iguales

Finalmente, la brecha de percepción en torno al control digital dialoga con los hallazgos de San Martín Andújar et al. (2023). Al analizar la identificación de la violencia, estos autores concluyen que el “control ejercido por la pareja asociado a las nuevas tecnologías es el ítem donde se observa mayor normalización de las conductas” (San Martín Andújar et al. 2023, p. 9). En el contexto de esta investigación, se observa una sofisticación de dicha normalización; mientras que las adolescentes de Sáenz Peña logran etiquetar el control como una molestia (bajo el término “tóxico”), paradójicamente lo legitiman al interpretarlo como una “prueba de interés”. Esta ambivalencia demuestra que el control digital ha logrado reciclar los mandatos de posesión tradicionales bajo una estética de hiperconectividad. En este marco, estar “presente” a través del monitoreo constante del dispositivo del otro se constituye no solo como una práctica de vigilancia, sino como la única garantía de existencia vincular en la subjetividad de las y los jóvenes.

Eje 3: El Amor Romántico Y La Reproducción De Estereotipos: La Persistencia Del Ideal

El último eje de esta discusión aborda la base estructural sobre la cual se asientan las prácticas de violencia: la construcción social del amor y los estereotipos de género. Al analizar los relatos a la luz de los aportes de Bard Wigdor (2018), queda claro que el mito del amor romántico sigue operando como el principal legitimador de la violencia. Bard Wigdor sostiene que este ideal genera expectativas de "entrega absoluta" y ficciones de género sobre la "mujer merecedora" de amor que, al no ser cumplidas, derivan en castigos o reproches. En esta investigación, dicho ideal se encarna en la figura de la "migajera": la joven que, bajo la premisa de que "el amor lo puede todo", acepta condiciones de asimetría y desinterés. Mientras la literatura previa asocia el amor romántico a la posesión, aquí se observa una mutación hacia la "romantización del sufrimiento", donde la falta de reciprocidad es significada como un obstáculo a superar y el dolor se vive como una "prueba de la intensidad" del vínculo.

Esta persistencia de los roles tradicionales, incluso en adolescentes que han tenido contacto con discursos de igualdad, coincide con lo planteado por Argüelles y Caricote (2014). Los autores subrayan que los adolescentes reproducen "nudos problemáticos" de estereotipos aprendidos en el entorno familiar, los cuales persisten de manera inconsciente a pesar de los avances en información sobre equidad. En Sáenz Peña, esto se traduce en una marcada contradicción entre el discurso y la práctica: los jóvenes pueden identificar teóricamente la violencia, por ejemplo, en un taller de ESI o completar afiches con consignas igualitarias, pero en la práctica cotidiana en las distintas configuraciones vinculares, vuelven a los roles de varón-conquistador e invulnerable y mujer-cuidadora y emocional. Al igual que en el estudio de referencia, se observa que la baja autoestima y la dependencia emocional consolidan una subjetividad instituida que prioriza el estatus de género sobre el bienestar personal.

Finalmente, el concepto de sexismo ambivalente desarrollado por Ampoli et al. (2021) resulta clave para entender la naturalización observada. Ampoli distingue entre el sexismo hostil y el benevolente —aquel que se disfraza de halago o protección—, señalando que este último es particularmente eficaz para invisibilizar la desigualdad. En los testimonios de Sáenz Peña, muchas conductas de vigilancia digital son significadas por las jóvenes bajo esta lógica benevolente: el control del varón es interpretado como una “prueba de interés” o como una señal de que ellas son “importantes para el otro”. Esta ambivalencia es la que permite que la violencia se recicle bajo una máscara de cuidado; no se percibe como una agresión a la autonomía, sino como un cumplimiento de los guiones de género tradicionales que terminan por socavar la salud mental de las adolescentes.

El recorrido analítico realizado hasta aquí ha permitido desgranar la densidad de los relatos adolescentes, visibilizando cómo las nuevas etiquetas vinculares y las lógicas digitales se entrelazan con mandatos de género persistentes. Sin embargo, para que este análisis no quede reducido a una descripción de hallazgos, resulta imperativo dar un paso hacia una síntesis reflexiva.

A continuación, se presentan las reflexiones finales, donde los datos dialogan con el posicionamiento profesional y el marco sistémico-complejo que orientó esta investigación, con el fin de proponer aperturas e interrogantes para pensar intervenciones posibles.

Capítulo V: Reflexiones Finales

Una Mirada Desde La Propia Práctica: Punto De Partida

Escribir estas líneas finales implica, necesariamente, un cambio de registro. Como psicóloga e investigadora, entiendo que mi subjetividad no ha sido un obstáculo, sino la herramienta fundamental que ha atravesado cada etapa de este proceso. Por ello, elijo redactar este cierre en primera persona, asumiendo lo que Guber (2001) denomina un posicionamiento reflexivo. Para la autora, la reflexividad no es una mera introspección, sino el reconocimiento de que el investigador forma parte del mundo que estudia; es decir, que nuestra presencia y nuestros marcos de referencia constituyen el campo mismo. En coherencia con este enfoque, asumo que el objeto de conocimiento no es algo externo, sino una construcción emergente del sistema observador-observado. En este sentido, mi lugar no fue el de una observadora neutral y distante, sino el de una participante activa que co-construyó la realidad junto a los jóvenes, donde mi propia subjetividad y escucha clínica formaron parte del campo, influyendo y siendo influenciada por la dinámica grupal de los estudiantes.

Este cierre no pretende ser una conclusión estática, sino una instancia de recuperación de los aportes centrales de este recorrido. Aquí me propongo revisitar los hallazgos que surgieron al calor de los datos, integrando el método utilizado con las reflexiones que esta experiencia ha dejado en mi formación profesional. El objetivo es mostrar cómo las voces de los adolescentes del interior del Chaco dialogan con los marcos teóricos, abriendo interrogantes sobre el impacto en la salud mental de ciertas dinámicas y la urgencia de construir formas de vinculación más saludables, respetando la pluralidad de formas en que los jóvenes eligen relacionarse hoy.

El Camino Recorrido

Para llegar a estas reflexiones, el camino metodológico fue una construcción artesanal y

situada. Opté por un enfoque cualitativo que me permitió priorizar la singularidad de los relatos por sobre la generalización. Mi principal instrumento de recolección fueron los talleres reflexivos, concebidos como dispositivos de escucha donde los adolescentes pudieron poner en palabras sus vivencias y tensiones. Un aspecto crucial de este proceso fue que la planificación de cada taller fue dinámica y se ajustó según el análisis del encuentro anterior, evitando imponer categorías preestablecidas desde el mundo adulto. Por ejemplo, en el primer taller, evité intencionalmente hablar de "noviazgo" para no sesgar las respuestas, permitiendo que emergiera de los propios jóvenes la rica diversidad de configuraciones vinculares que habitan, muchas veces invisibilizadas por los términos tradicionales.

En el segundo encuentro, retomé el concepto de "lo tóxico" —un término nativo que surgió con fuerza en el inicio— para trabajarlo en relación a las tres configuraciones que ellos identificaban como más frecuentes. Finalmente, en el tercer taller, presenté frases literales de los encuentros previos, utilizándolas como disparadores para profundizar en los significados compartidos. Todo este material fue organizado mediante matrices de datos, las cuales permitieron que las categorías de análisis surgieran directamente de la voz de los protagonistas y no de teorías impuestas a priori. Así, el método no fue un esquema rígido, sino una búsqueda de comprensión en espiral, donde cada etapa permitió decodificar aquellas prácticas y tramas vinculares que, en el día a día de la escuela, se perciben como dadas o “naturales”.

En este punto, la elección de la Teoría Fundamentada no fue solo una decisión técnica, sino una apuesta ética. Trabajar con categorías emergentes me obligó a sostener una vigilancia constante para no silenciar la novedad del decir adolescente con el peso de los manuales clásicos. La riqueza de este dispositivo radica en que el taller no fue solo una técnica de recolección de datos, sino un dispositivo clínico-socioeducativo de escucha colectiva. La Teoría Fundamentada

me permitió una humildad intelectual necesaria: dejar que los jóvenes me enseñaran qué significa hoy vincularse, permitiendo que la teoría emanara de su experiencia y no de una imposición teórica a priori.

Los Hallazgos: Un Mapa De La Complejidad Vincular

Al desandar los resultados de los talleres, emergió con claridad que las configuraciones vinculares adolescentes no son estructuras fijas, sino procesos dinámicos. Mi primer acercamiento me permitió identificar una diversidad de configuraciones (siendo el “chamuyo”, el “casi algo” y el noviazgo las más frecuentes según los jóvenes), denotando que las etiquetas tradicionales de “noviazgo”, si bien permanecen vigentes, han perdido su carácter de categoría hegemónica o meta aspiracional única, cediendo ese lugar de privilegio frente a formas más fluidas y diversas. Sin embargo, esta fluidez no implica la ausencia de normas; por el contrario, los jóvenes han construido un código propio, un “mapa del compromiso” donde la intensidad de la vigilancia parece definir la importancia del vínculo.

En este sentido, uno de los aportes más significativos fue la identificación de las categorías nativas como el “princeso” o la “migajera”, las cuales actúan como reguladores de los mandatos de género. Estas etiquetas no son meras palabras; son mecanismos de presión grupal que sancionan a quien se corre de la norma de la masculinidad hegemónica o de la disponibilidad femenina. A esto se suma el escenario digital como el territorio privilegiado del control. Pude observar cómo la vigilancia intrageneracional, el monitoreo constante de “likes”, estados y conexiones— se realiza como una “performance” frente al grupo de pares, donde el control no solo se padece, sino que se exhibe como una prueba de interés.

Llegando al núcleo de mi cuarto objetivo, este análisis me condujo a comprender la trama de la naturalización desde un enfoque sistémico-complejo. Siguiendo a Bateson, entiendo que la

violencia no es un hecho lineal de un "agresor" sobre una "víctima", sino una "danza relacional" sostenida por premisas compartidas. En los talleres fue evidente cómo ciertas conductas abusivas (el "maquino" o la sospecha constante) se vuelven invisibles porque forman parte de un circuito comunicacional naturalizado. Desde la mirada de Morin, esta trama es multidimensional: lo que sucede en el vínculo privado está recursivamente unido a los mandatos de la cultura y a la presión del sistema-pares, que funciona como un organismo vivo que tiende a conservar patrones históricos de desigualdad para mantener su identidad.

El Impacto En La Salud Mental: Hacia Vínculos Más Equitativos

Como psicóloga, no puedo escindir estos hallazgos de sus efectos subjetivos. La investigación revela que esta "naturalización de la sospecha" genera un estado de alerta permanente que erosiona la salud mental adolescente, produciendo ansiedad y una autonomía restringida. Es aquí donde mi reflexión se vuelve propositiva: urge trabajar en el desandado de estas tramas sistémicas. No basta con señalar la violencia; es necesario intervenir sobre las premisas culturales que hacen que el sufrimiento sea interpretado como amor. Construir vínculos equitativos implica, necesariamente, habilitar espacios donde los jóvenes puedan cuestionar la "romantización del control" y apostar por formas de relacionarse que no sacrifiquen su bienestar emocional en nombre de una fidelidad vigilada.

Esta intervención sobre las tramas vinculares no puede ser, bajo ningún concepto, una tarea solitaria de la psicología. La complejidad del fenómeno exige un abordaje interdisciplinario, capaz de leer lo que entiendo como un tejido de recursividad social y subjetiva. Desde una perspectiva batesoniana, la salud mental de los jóvenes no es el resultado de variables aisladas, sino una propiedad emergente de los circuitos comunicacionales y las premisas compartidas en los que están insertos. Por lo tanto, construir espacios de vinculación más equitativos requiere de una red

profesional —donde dialoguen el trabajo social, la sociología y la psicología— que pueda intervenir en esa 'danza relacional'. La interdisciplina se vuelve así la herramienta necesaria para abordar un fenómeno que no es lineal, sino que se despliega en múltiples niveles de contexto simultáneamente.

Desafíos Y Vicisitudes Del Trabajo De Campo

Hacer investigación en el escenario escolar implica aceptar que el campo es un territorio vivo, impredecible y atravesado por múltiples variables que escapan al control de la investigadora. Una de las principales dificultades fue la gestión de la grupalidad. Noté que los estudiantes presentaban una marcada dispersión en los debates plenarios, donde el murmullo constante y la dificultad para escucharse atentamente interferían en la profundidad del diálogo. Esta dinámica me obligó a re pensar la estrategia, priorizando el trabajo en pequeños grupos. Esta modalidad resultó ser mucho más eficaz, ya que habilitó un espacio de mayor intimidad y confianza, permitiendo que surgieran relatos que en el grupo grande quedaban obturados por la exposición frente a todos sus pares.

Asimismo, la dimensión temporal y climática impuso sus propias reglas. Desde la apatía inicial en los talleres matutinos, donde el "enganche" con la actividad requirió un esfuerzo extra de mi parte como facilitadora, hasta la total ausencia del grupo en una jornada de lluvia intensa por un acuerdo tácito de inasistencia. Estas situaciones, lejos de ser meros imprevistos, reflejan la cultura institucional y la resistencia de los jóvenes a los dispositivos escolares tradicionales. Por otro lado, la calidad técnica de los registros se vio afectada por el ruido ambiente propio de la escuela, lo que supuso una labor minuciosa de desgrabación para no perder la riqueza de sus expresiones.

Finalmente, una limitación importante fue la imposibilidad de concretar las entrevistas en

profundidad debido al cierre del ciclo lectivo. Si bien los talleres fueron sumamente ricos, la ausencia de ese espacio individual impidió profundizar en ciertas trayectorias singulares. Sin embargo, esta misma carencia se convirtió en una oportunidad para valorar la potencia de lo grupal. La información recolectada en los talleres fue tan densa y significativa que permitió una saturación teórica sólida, aun sin el complemento de las entrevistas individuales.

Como psicóloga, esta experiencia reafirma mi convicción sobre la potencia de lo grupal. Si bien la individualidad ofrece profundidad, el dispositivo grupal permitió algo que la entrevista a solas difícilmente logra: el reconocimiento en el espejo del otro. El taller se convirtió en un espacio de elaboración subjetiva, donde el malestar privado pudo ser nombrado colectivamente, transformando la investigación en una intervención institucional que, aunque acotada, sembró la posibilidad de cuestionar lo dado

Antes de finalizar, me permito interpelar a quien recorre estas líneas —sea colega, docente o investigador— con algunos interrogantes que buscan mantener viva la reflexión:

¿Hasta qué punto nuestras categorías adultas sobre el amor y el compromiso están obturando la escucha de las nuevas formas de padecimiento subjetivo en la era digital?

Como profesionales de la salud, ¿estamos alojando la fluidez de estos nuevos vínculos o intentamos forzarlos a encajar en moldes tradicionales que ya no representan la vivencia adolescente?

¿Cómo podemos, desde nuestras prácticas, ayudar a acortar la brecha entre el “saber decir” de los discursos aprendidos y el “saber sentir” que emerge en la urgencia del conflicto emocional?

Áreas De Vacancia Y Líneas Abiertas

Al concluir este trabajo, soy consciente de que todo proceso de conocimiento recorta una parte de la realidad y, necesariamente, deja otras en la sombra. Es en esos espacios no explorados

donde identifico las principales áreas de vacancia que podrían nutrir futuras investigaciones. Una línea de indagación fundamental, en la que personalmente me interesaría profundizar, es la diversidad de configuraciones vinculares más allá de las fronteras de lo heteronormativo. Si bien mi análisis permitió desentrañar tramas de control en vínculos mayoritariamente heterosexuales, queda pendiente explorar cómo estas lógicas de poder, el "maquino" y las categorías nativas operan en las disidencias sexogenéricas. Resulta vital preguntarse si se replican los mismos mandatos de género en estos vínculos o si la vigilancia digital adquiere matices diferentes cuando la relación desafía la norma establecida, entendiendo que la salud mental de las juventudes LGBTQ+ requiere abordajes clínicos y pedagógicos situados.

Asimismo, otra área de vacancia relevante se vincula con el estudio específico de las subjetividades masculinas frente a la crisis de los modelos tradicionales. Sería sumamente enriquecedor investigar cómo los varones de distintas edades transitan hoy la tensión entre el deseo de construir vínculos más equitativos y la presión de sus grupos de pares por sostener rituales de control, especialmente en contextos como el interior del Chaco, donde los mandatos de masculinidad suelen presentar resistencias particulares. Finalmente, una línea abierta necesaria es la evaluación de la brecha entre el discurso teórico de la Educación Sexual Integral y la práctica cotidiana. Durante el trabajo de campo, noté que los adolescentes suelen tener incorporado el "saber decir" sobre la igualdad, pero encuentran grandes dificultades para traducirlo en un "saber sentir" cuando aparecen los conflictos emocionales. Investigar esta distancia entre la razón y la afectividad es, a mi criterio, un desafío pendiente y urgente para la psicología actual.

Hacia Una Praxis Transformadora: La Investigación Como Extensión

Al finalizar este recorrido, resulta imperioso reconocer que esta tesis no concluye en la producción de un documento académico, sino que se proyecta como un punto de partida para

futuros trabajos de extensión universitaria. Tal como propone Paulo Freire (2005), la educación y la investigación deben ser actos de libertad que busquen la concientización y la transformación de situaciones opresivas. En este sentido, la metodología de Investigación-Acción Participativa (IAP) —ampliamente desarrollada por Ezequiel Ander-Egg (2003)— se vuelve el horizonte ético de esta propuesta, donde el conocer y el actuar coinciden en un mismo proceso dialéctico.

La IAP no busca simplemente "estudiar" a los sujetos, sino generar un proceso de reflexión crítica sobre la propia realidad para transformarla desde adentro. Durante el trabajo de campo, observé cómo los adolescentes se apropiaban de los talleres no como meros informantes, sino como sujetos activos que, al ser interpelados por las técnicas participativas, comenzaban a desnaturalizar sus propias tramas vinculares. Este "engancharse" de los jóvenes demuestra que la investigación situada tiene el poder de generar una praxis: una reflexión que conduce a la acción y que interpela la subjetividad de quienes participan.

Por lo tanto, esta investigación sienta las bases para proyectos de extensión que trasciendan los muros de la escuela. Se propone la creación de dispositivos comunitarios permanentes en Presidencia Roque Sáenz Peña donde, bajo la lógica del diálogo, se trabaje en la prevención desde la socialización afectiva temprana. Entender la investigación como un motor de cambio implica asumir el compromiso profesional de colaborar en el desarrollo de nuevas formas de repensar los vínculos amorosos, orientando las narrativas hacia construcciones vinculares más saludables y equitativas para nuestras juventudes.

A modo de cierre, este recorrido me permite afirmar que investigar los vínculos adolescentes en el interior del Chaco ha sido, ante todo, un ejercicio de escucha situada. Al desandar las lógicas de vigilancia y las premisas de desigualdad, no solo hemos cartografiado un

mapa de la complejidad vincular, sino que hemos reafirmado la urgencia de sostener espacios donde la palabra circule libre de mandatos heredados.

Como psicóloga, concluyo este trabajo con la convicción de que el conocimiento producido no debe quedar estanco en estas páginas, sino volver al territorio como una herramienta de transformación. En última instancia, apostar por re pensar los vínculos hacia formas más saludables es apostar por la salud mental de nuestras juventudes; es la construcción artesanal de una ética del cuidado que permita a los jóvenes encontrarse con otros desde la autonomía y el bienestar, habilitando nuevas narrativas donde el amor no sea un espacio de restricción, sino de crecimiento mutuo.

Capítulo VII: Historia Natural De Esta Investigación

“El verdadero acto del descubrimiento no consiste en salir a buscar nuevos paisajes, sino en aprender a mirar con ojos nuevos”. (Marcel Proust, 1923).

En este capítulo, también redactado en primera persona, me propongo desandar el reverso de la trama de este trabajo. Como señala Ynoub (2015), el proceso de investigación no es un despliegue técnico lineal, sino una construcción que se define progresivamente en la exploración del terreno. Aquí intentaré relatar el tejido artesanal que dio lugar a esta tesis: las decisiones, los obstáculos y las transformaciones que experimenté como investigadora y psicóloga.

Mis Huellas Profesionales Y El Surgimiento Del Problema

Mi interés por los vínculos no fue un hallazgo azaroso, sino el resultado de años de escucha clínica. Durante mi desempeño en un servicio de atención exclusiva para adolescentes, y en mi práctica privada, comencé a advertir que los relatos sobre el control, los celos y la "maternización" de la pareja eran una constante que atravesaba no solo a los jóvenes, sino también a los pacientes adultos. Me sorprendía notar cómo ciertas estructuras vinculares se repetían generacionalmente, evidenciando una dificultad compartida para construir lazos equitativos.

Un hito fundamental en este camino fue mi encuentro con los marcos teóricos de la maestría. Recuerdo que la pregunta de investigación surgió inicialmente como un ejercicio para cumplir con una actividad en una materia metodológica; sin embargo, ese planteo inicial se transformó rápidamente en el motor de este trabajo. Tiempo atrás, la fuerza de los discursos feministas y movimientos como el "Ni Una Menos" en Argentina permeaban todos los espacios públicos. Mi desafío personal era no quedar atrapada en una lectura de polaridad confrontativa de "mujeres versus varones". En este punto, el pensamiento sistémico y la perspectiva de la complejidad fueron mis grandes aliados: me permitieron entender que el fenómeno de la violencia

y el control es una trama relacional donde todos los actores están implicados.

El Periplo Del Acceso

De la clausura a la hospitalidad. El acceso al campo fue, quizás, uno de los momentos de mayor aprendizaje sobre la cultura institucional. Para concretar los talleres, recorrí tres instituciones educativas, todas ellas de carácter confesional. Curiosamente, las dos primeras puertas que golpeé fueron colegios conocidos para mí, esperando que ese lazo previo facilitara el ingreso. Sin embargo, me encontré con obstáculos inesperados: desde exigencias estrictas de supervisar previamente mis talleres para chequear que no interfirieran con los "valores institucionales", hasta pedidos excesivos de intervenir en todos los cursos, lo cual desdibujaba mi recorte metodológico. En otro caso, el silencio administrativo fue la respuesta a mi proyecto escrito.

Finalmente, el acceso se dio en un colegio relativamente nuevo, también de orientación religiosa, pero donde yo no tenía vínculos previos. A través de un contacto laboral, llegué a una directora joven que me recibió con una amabilidad y apertura que me sorprendieron. Lejos de la sospecha, me compartió su preocupación por situaciones complejas de pareja que observaba en el alumnado y me brindó todas las herramientas necesarias. El primer día del taller, encontrar el salón preparado, el proyector listo y una jarra de agua esperándome fue una señal de hospitalidad que contrastó con la resistencia anterior. Lo más llamativo fue que, en un sistema que suele ser transaccional, no me "pidieron nada a cambio"; simplemente habilitaron el espacio para la circulación de la palabra.

Obstáculos, Matrices Y Resonancias Finales.

No obstante, el trabajo de campo tuvo sus propios ruidos. Como mencioné anteriormente, debí lidiar con el murmullo de las aulas, la apatía de las primeras horas de la mañana y la

imprevisibilidad de la asistencia grupal. Pasar de la riqueza polifónica de los talleres a la sistematización analítica mediante matrices de datos supuso una tensión subjetiva constante. Como psicóloga, debí cuidar de no colonizar las voces de los chicos con mis propias teorías, permitiendo que categorías como "princeso" —que curiosamente escuché por primera vez de un paciente adulto de 34 años— cobraran un nuevo sentido en el contexto adolescente.

Finalmente, la imposibilidad de realizar las entrevistas individuales por el cierre del ciclo lectivo fue el último "accidente" de esta historia. Lejos de verlo como un fracaso, lo asumí como una lección sobre los tiempos de la escuela y la potencia de lo grupal. Tal como propone Fuks (2009), este proceso reflexivo ha sido una danza entre el hacer, el reflexionar y el dejarse afectar, transformando mi mirada clínica en una apuesta por la escucha colectiva como motor de cambio.

Referencias Bibliográficas

- Ampoli, N., Wesser, A., & Abecasis Aubone, M. (2021). Violencia en noviazgos adolescentes: su relación con las dificultades en la regulación emocional y el sexismo ambivalente. *Revista Investiga*, 4(4), 100–116.
- Ander-Egg, E. (2003). *Repensar la Investigación-Acción Participativa*. Editorial Lumen.
- Arbach, K., Nguyen Vo, T., & Bobbio, A. (2015). Violencia física en el noviazgo: Análisis de los tipos diádicos en población argentina. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 7(2), 38–46.
- Arévalos, D. (2022). Miedo y violencias en los noviazgos juveniles. *Revista del CISEN. Tramas/Maepova*, 10(1), 31–53.
- Argentina. (2009). Ley N° 26.485: de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales. Boletín Oficial de la República Argentina. <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/150000-54999/152155/norma.htm>
- Argüelles, M., & Caricote, E. (2014). Violencia en el noviazgo adolescente. *Revista Educación en Valores*, 2(22).
- Asamblea General de las Naciones Unidas. (1993, 20 de diciembre). Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer. <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/violenceagainstwomen.aspx>
- Bard Wigdor, G. (2018). Las violencias romantizadas: Masculinidades hegemónicas en el capitalismo tardío y heteropatriarcal. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, (77).
- Bateson, G. (1972). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Lohlé-Lumen.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Bertolino, A., Bonansea, I., Brnich, N., Cabrera, V., Caselles, A., & Casola, E. (2018). Prevalencia de

violencia en noviazgo en adolescentes y jóvenes. Revista de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Córdoba.

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/med/article/view/21148>

Bronfenbrenner, U. (1987). La ecología del desarrollo humano. Paidós.

Bruner, J. (1986). Realidad mental y mundos posibles. Gedisa.

Butler, J. (2007). El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad (Original publicado en 1990). Paidós.

Capra, F. (1998). La trama de la vida. Anagrama.

Castro, R., & Casique, I. (2010). Noviazgo y violencia en el noviazgo: definiciones, datos y controversias. En R. Castro & I. Casique, Violencia en el noviazgo entre los jóvenes mexicanos (pp. 17-28). UNAM, CRIM.

Corea, C., & Lewkowicz, I. (2004). Pedagogía del aburrido: Escuelas destituidas, familias perplejas. Paidós.

Corte Suprema de Justicia de la Nación. (2026). Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina: Informe Anual 2025. Oficina de la Mujer.

Decara, M., & Calandín, P. (2013). Una primera aproximación sobre violencia en las relaciones de noviazgo adolescente. Defensor del Pueblo de la Provincia de Córdoba, Instituto de Género y Promoción de Igualdad.

Elizalde, S. (2015). Tiempo de chicas: Identidad, cultura y poder. Grupo Editorial Lumen.

Escobar, J. C., Chiodi, A., & Vázquez, M. (2018). Masculinidades y salud integral: Repensando abordajes durante la adolescencia desde una perspectiva de género. Revista de Estudios de Políticas Públicas, 99–109. <https://doi.org/10.5354/0719-6296.2018.51739>

Escobar, M. (2021). Masculinidades, género y adolescencia. [Edición del autor/Institución].

- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Paidós.
- Flores Hernández, B., Guzmán Pimentel, M., Martínez Ruiz, L., Rojas Solís, J. L., Jiménez Castro, M., & Preciado Lloyd, P. (2021). Caracterización de las (nuevas) relaciones románticas de adolescentes. *Avances en Psicología*, 29(1), 41–58.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (2da ed.). Siglo XXI Editores.
- Fuks, S. (2006). *Perspectivas sistémicas y construcción social: Una lectura de los procesos de cambio*. Publicación de la Facultad de Psicología, UNR.
- Fuks, S. (2009). *Psicología Social y Procesos de Participación: El salto epistemológico*. Paidós.
- García, R. (2000). *El conocimiento en construcción: De las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de sistemas complejos*. Gedisa.
- García, R. (2006). *Sistemas complejos: Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Gedisa.
- Gergen, K. (2006). *Construir la realidad: El futuro de la psicoterapia*. Paidós.
- Glaser, B., & Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Aldine Publishing Company.
- Goffman, E. (1994). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Gómez, M. B. (2007). La prevención de la violencia de género en adolescentes: Una experiencia en el ámbito educativo. *Apuntes de Psicología*, 25(3), 325-340.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Norma.
- Guevara, C., & Gontero, N. (2014). Masculinidades, relaciones afectivas y violencia de género: Representaciones sociales de las masculinidades en estudiantes secundarios de la ciudad de Córdoba, Argentina. 3° Congreso Género y Sociedad: Voces, cuerpos y derechos en disputa. Universidad Nacional de Córdoba.

- Hernández-Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2014). Metodología de la investigación (6ª ed.). McGraw-Hill.
- Herrera, C. (2009). La construcción sociocultural del amor romántico. Editorial Fundamentos.
- Hoffman, L. (1996). Una postura reflexiva para el terapeuta de familia. Revista de la Asociación Sistemica de Buenos Aires.
- La Casa del Encuentro. (2026). Informe de Femicidios y Trans/travesticidios en Argentina: Período 2025. Observatorio de Femicidios en Argentina “Adriana Marisel Zambrano”.
- Lamas, M. (1996). La antropología feminista y la categoría “género”. En M. Lamas (Comp.), El género: la construcción cultural de la diferencia sexual (pp. 97-126). PUEG.
- Lemos, C. (2016). Violencia en el noviazgo adolescente. Revista Riberas, 2(3), 11-12.
- Lemos, C., & Elizalde, R. (2012). Violencias en vínculos jóvenes: mitos y legitimaciones. [Institución/Editorial].
- Lemos, M. (2021). Afectividades y juventudes: Un análisis sobre las nuevas configuraciones vinculares en entornos digitales. Editorial Universitaria.
- Marradi, A., Archenti, N., & Piovani, J. I. (2018). Metodología de las ciencias sociales. Siglo XXI Editores.
- Martínez Avidad, M., & Pérez López, A. (2020). ¿Nuevas o viejas masculinidades? El rol masculino dominante entre los adolescentes españoles. Revista Española de Sociología, 29, 171–189. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2020.29>
- McNamee, S. (2010). Research as relational practice. Taos Institute Publications.
- Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología del Chaco. (2021). Lineamientos curriculares para la Educación Sexual Integral en la provincia del Chaco.
- Morduchowicz, R. (2012). Los adolescentes y las redes sociales. Fondo de Cultura Económica.

- Morduchowicz, R. (2021). Los adolescentes y las pantallas: Nuevas formas de sociabilidad. Fondo de Cultura Económica.
- Morin, E. (1990). Introducción al pensamiento complejo. Gedisa.
- Morin, E. (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Nueva Visión.
- Morin, E. (2005). El método 1: La naturaleza de la naturaleza (2.^a ed.). Cátedra.
- Morin, E. (2015). Enseñar a vivir: Manifiesto para cambiar la educación. Nueva Visión.
- MuMaLá - Registro Nacional de Femicidios. (2024). Informe anual de violencias de género en Argentina: Observatorio Mujeres, Disidencias, Derechos.
- NG Federal. (2025, 15 de mayo). Preocupación por riñas entre adolescentes en establecimientos educativos de Sáenz Peña: El rol de las redes sociales en el conflicto [Archivo de video].
- Olavarría, J. (2004). Hombres e identidades de género: varones latinoamericanos. FLACSO.
- Olavarría, J. (Coord.). (2004). Adolescentes: conversando la intimidad. Vida cotidiana, sexualidad y masculinidad. FLACSO-Chile.
- Olavarría, J. (2005). La masculinidad y los jóvenes adolescentes. Revista Reflexiones Pedagógicas, (27), 46-55.
- Olavarría, J. (2009). La investigación sobre masculinidades en América Latina. Reflexiones Pedagógicas, (39), 46-55.
- Organización Mundial de la Salud. (s.f.). Adolescencia. <https://www.who.int>
- Organización Mundial de la Salud. (2021). Violencia contra las mujeres: Prevalencia global. <https://www.who.int>
- Pakman, M. (2011). Palabras que permanecen, palabras por venir: Micropolítica y poética en psicoterapia. Gedisa.
- Palumbo, M. (2016). Noviazgos juveniles: Amor y violencia en las primeras relaciones de noviazgo en

jóvenes heterosexuales de clase media del Área Metropolitana de Buenos Aires (2012–2014).

Argumentos. Revista del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Páramo, M. A., & Arrigoni, F. (2018). Violencia psicológica en la relación de noviazgo en estudiantes universitarios mendocinos (Argentina). Archivos de Medicina (Manizales), 18(2).
<https://doi.org/10.30554/archmed.18.2.2339-3874>

Pearce, W. B. (2006). Hacer y facilitar el diálogo. En Teoría del Manejo Coordinado del Significado (CMM). Gedisa.

Pearce, W. B. (2010). Comunicación interpersonal: La construcción de mundos sociales. Ediciones Universidad Central.

Proust, M. (1923). A la recherche du temps perdu. Tome V: La prisonnière. Gallimard. Alianza Editorial.

Sanmartín-Andújar, M., Vila-Fariñas, A., Pérez-Ríos, M., Rey-Brandariz, J., Candal-Pedreira, C., Martín-Gisbert, L., Rial-Vázquez, J., Ruano-Ravina, A., & Varela-Lema, L. (2023). Percepción de violencia en el noviazgo entre los adolescentes: Estudio transversal. Revista Española de Salud Pública, 97, e202306056.

Scott, J. W. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), El género: la construcción cultural de la diferencia sexual (pp. 265-302). PUEG/Paidós.

Segato, R. L. (2003). Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. Universidad Nacional de Quilmes.

Segato, R. L. (2018). Contra-pedagogías de la crueldad. Prometeo Libros.

Sirvent, M. T. (1999). Cultura popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos. Eudeba.

Sirvent, M. T. (2006). El proceso de investigación, las dimensiones de la metodología y la construcción del dato científico [Ficha de cátedra]. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

- Taverniers, K. (2001). *Individuo, Relación y Sistema*. Documento de trabajo, Universidad Pontificia Comillas.
- Taverniers, K. (2012). Abuso emocional en la pareja: Construcciones y deconstrucciones de género. Biblos.
- UNICEF. (2021). Análisis de los datos de la Línea 144 sobre casos de violencia de género en NNyA (2013–2015). UNICEF Argentina.
- Urbano, C., & Yuni, J. (2005). Psicología del desarrollo: Enfoques y perspectivas del curso vital. Brujas.
- Vargas Trujillo, E., & Barrera, F. (2002). Adolescencia, relaciones románticas y actividad sexual: una revisión. *Revista Colombiana de Psicología*, (11), 115-134.
- Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.). (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Editorial Gedisa.
- White, M., & Epston, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Paidós.
- Yela, C. (2000). La otra cara del amor: mitos, paradojas y problemas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(2), 263-267.
- Yela, C. (2003). *La estructura del amor*. Pirámide.
- Ynoub, R. (2015). *Cuestión de método: Aportes para una metodología crítica*. Cengage Learning.
- Zlachevsky, A. M. (2006). *Narrativas e identidad: Reflexiones y experiencias*. Universidad de Chile.

Anexo

Los anexos presentados a continuación constituyen el registro documental, empírico y analítico de las instancias de campo desarrolladas en el marco de esta investigación. Se incluyen las transcripciones íntegras de los talleres de reflexión realizados con los adolescentes, junto con el registro fotográfico de sus producciones gráficas —tales como "margaritas" y afiches grupales— y sus narrativas escritas. Asimismo, se incorporan las letras de las piezas musicales referenciadas por los participantes, las cuales operan como insumo para el análisis de los sentidos circulantes.

Finalmente, se presenta una de la matrices de categorización utilizada para el procesamiento de los datos, brindando transparencia al pasaje del registro bruto a la construcción de las categorías de análisis. Este material se organiza de manera cronológica y temática para dar cuenta del proceso de construcción de sentidos respecto a las configuraciones vinculares y las dinámicas de género abordadas en cada encuentro.

Anexo A: Registro del Primer Taller: Confección de Margaritas: Configuraciones Vinculares

Se realiza la presentación explicando los aspectos relacionados al anonimato, confidencialidad y privacidad. También el uso de celulares para la grabación del contenido y posterior desgrabación. Presento a la colega que concurre a asistirme con la grabación y registro de los relatos. Refiero: “El tema que estoy investigando surge de una temática que escucho y escuché muchas veces durante mi trabajo con adolescentes, ya sea lo que me cuentan en consultorio o lo que converso cuando voy a las escuelas. Estoy investigando sobre relaciones. Y para estudiarlas les voy a ir proponiendo temas de los cuales necesito saber qué piensan ustedes. Todo lo que me cuenten va a ser importante para ayudarme a comprender. Ante las actividades que les traiga, no existen respuestas “correctas incorrectas”. Entonces, ¿Qué tipo de relaciones son las que me interesa

conocer y comprender? Aquellas que van desde lo que mi abuela llamaba “el candidato que me arrastra el ala”, pasando por lo que en mi juventud decíamos “amigovios” “touch and go” “amigos con derechos” o lo que hoy tal vez se nombre como “chongueo” “relación sexo afectiva”. Ese es el “terreno” de relaciones que quiero conocer, que se dan en chicos y chicas de su edad”.

Se realiza la dinámica de presentación haciendo circular una pelota, previamente sentados en ronda. Mencionan su nombre y artista o música favorita algunos responden “no tengo música ni artista favorito”. Luego les pido que se separen en grupos de 4 o 5 personas. Les doy la consigna de que piensen en qué tipo de relaciones significativas reconocen haber tenido, ya sea ellos o personas que conozcan. Les entrego el círculo de lo que posteriormente será el centro de una flor, para que allí coloquen el nombre de ese vínculo o relación. Solicito el nombre de la relación que consideren más significativa. De acuerdo a las preguntas que iban realizando, comienzo a circular por los grupos con el interés de orientarlos a pensar en relaciones diferentes a las familiares o amistades, ya que surgen comentarios al respecto. Escucho, de diferentes sectores del salón, “chamuyo”, “noviazgos”, “relación sentimental” (que también puede incluir la amistad), “relación amorosa”. “poliamor”, “amigos con derecho”, “casi algo”, “relación monogámica”, “amigos confundidos”.

Una vez terminada la actividad, los invito a pasar a pegar los círculos en el pizarrón. Quedan expuestos los siguientes:

CASI ALGO - RELACION ABIERTA- CHAMUYO - RELACION MONOGAMICA
AMIGOVIOS – NOVIAZGO - RELACION SENTIMENTAL

Luego, les pido que piensen en las características principales, de cada una de esas relaciones y elijan una, la que consideren más significativa.

En uno de los grupos refieren:

“Casi algo”: “uno termina enamorándose y el otro lo gosthea”

“Chamuyo”: “hablar con otras intenciones, pero sin compromiso”

Chica 1:: “Tengo ese miedo de que yo me esté enamorando de esa persona y esa persona me la está jugando nomas”. Chica 2: “Pasa que no tenés compromiso con la otra persona, y la otra persona es libre de hacer lo que quiere y te va a afectar si vos empezás a desarrollar sentimientos por esa persona”

Chico 1: “Casi algo”: Falta de compromiso, felicidad, libertad, seguridad. Son las características buenas y malas. Chico 2: falta de compromiso. Chico 1: es como que no llega a ser algo formal.

“Relación abierta”: Chica 1: tenés una novia, pero estuviste con varias personas. Chico 3: ahhh es verdad. Chica 1: tenés una novia o un novio, pero esa novia puede estar con quien quiere y ese novio puede estar con quien quiere, pero siempre respetando a la otra persona. Chico 1: nada que ver. Chica 3: no lo estas respetando. Chica 2: bueno, pero en el sentido que podés estar con varias chicas pero no acostarse con esas chicas. Chica 1: sí, podes hacer lo que se te cante. Chica pregunta a facilitadora: ¿si estás de novia en una relación abierta, podes acostarte con otra persona? Facilitadora: depende de los acuerdos. ¿que pensas vos? Chica 2: que está bien, podés estar con esa persona, compartir tiempo, andar, ver una película ...pero no acostarse. Chica 3: yo ni a palos estaría en una relación abierta, no no no...

Una vez que se encuentran trabajando en grupos en torno a las características de cada relación, me acerco a un grupo de 4 chicas y registro lo siguiente. En relación a “casi algo” refieren: alguien con quien querés todo, pero no termina de formalizarse. También puede ser un vínculo previo a formalizar. “Relación abierta”: es una relación de noviazgo que tienen permitido estar con otras

personas. “Puede llegar a lastimar al otro.... Capaz no es tan sana”. “Por ejemplo le presento chicas a mi chico, para que él esté, eso es re de migajera”. “Chamuyo”: es “tirarse palitos de vez en cuando” o el “daily chat”. Es “tirarse labia”. Puede ser algo pasajero o más permanente, pero es como que no te importa, no te afecta en tu vida. “Relación monogámica”: tiene que ver con la responsabilidad afectiva, el compromiso, la reciprocidad. No es tan frecuente, no se termina de dar de los dos lados. “amigovios”: puede ser un amigo con el que se confunden las cosas. “demasiados problemas para ser novios, pero mucha conexión para ser amigos”. “Se lastima mucho en esta relación, es muy difícil que avance a otra cosa”. “Noviazgo”: “es imposible, muy difícil”. No me puedo concentrar en una sola persona. Es una relación seria. Hay mucha toxicidad acá, la mayoría de las veces hay mucha desconfianza.

Cosecha de margaritas

Pasado el tiempo, comenzamos la cosecha de las margaritas, y explico que cada grupo deberá pasar a colocar su pétalo, de cada flor comentando a los demás la característica elegida y por qué, con el objetivo de conversar entre todos al respecto.

Relación abierta:

Pasa un joven y coloca pétalo: “ponerse de acuerdo con la pareja para tener otra relación”. El siguiente grupo coloca pétalo: “no existen límites, cada pareja define sus reglas y depende de cada persona”. Yo: ¿qué es esto de que no existen límites? Chica: “que todos pueden estar con quienes quieran”. El siguiente grupo coloca el pétalo que refiere: “libertad individual”. Le pregunto por qué eligieron eso. Chica: “porque hacen un acuerdo donde cada uno, a parte, puede conocer a más personas.... Es un acuerdo con tu pareja”. Chico: “Sí...”.

El siguiente grupo coloca pétalo: “noviazgos con permisos”. Chica: “por ejemplo, yo tengo un novio. Otras chicas: risas. Chica continúa: “pero también tengo cinco más”. Yo: ¿y esos serían los permisos? Chica: “sí”. Yo: ¿Y en qué consisten esos permisos? Chica del fondo: “que tienen permitidos...” Chica 2: “hablarse con otras personas”. Chica 3: “estar...”. Yo: ¿Y eso quiere decir encontrarse? ¿Juntarse? Chica: “sí... tener relaciones sexuales también”.

Yo: bueno vamos a la margarita “CHAMUYO”

Pasa un chico y pega su pétalo donde está escrito “halagar”, explica: “sería halagar a la otra persona”. Chica 2: “Para nosotros el chamuyo es una persona como un daily chat, una persona con la que hablás todo el día, y estás todo el día tirándote labia”.

Chico 1 pega su pétalo y refiere: “si sabes llevar el chamuyo, dependiendo de la situación, la otra persona puede tomar lo que decís como un juego o no, porque la otra persona puede provocar ilusiones”. Yo: ¿y eso no es bueno? Varios responden: “no”. Yo: ¿por qué no está bueno para vos generar ilusiones? Chico 3: “porque ilusiona a la otra persona como que vos buscas amor pero es un ju...” Otra chica: “no es verdadero”. Yo: ¿y cómo se dan cuenta de eso? Chica de otro grupo: “y... por las actitudes de la otra persona”. Otra chica: “ajá...”. Yo: ¿cómo cuáles? Chica 2: Y porque una persona te puede estar chamuyendo, pero te das cuenta de que lo hace con todas. Yo: ¿Y ahí se termina el chamuyo? Chica 3: “te demuestra que no da para más”. Chica 4: “o la hace bien...”.

Pasa chica de siguiente grupo. Coloca el pétalo de margarita y lee: “hablarle con otras intenciones a la otra persona, pero sin compromisos hasta oficializar”. Yo: ¿Siempre termina en oficialización el chamuyo? Varios responden: “nooo”. Yo: ¿Pero puede terminar en vinculo oficial? Chica: “hay posibilidades”. Otra chica: “muy poquitas”. Otros: “pocas...”. Yo: ¿en general quedan en

chamuyo? Varios refieren: “sí”. Chico: “del chamuyo pasa al ‘casi algo’, del casi algo pasa al noviazgo y del noviazgo pasa...al casamiento”. Yo: ¿del chamuyo pasa al “casi algo, del casi algo pasa al noviazgo y del noviazgo? Otro chico: “al casamiento”. Chica: “noo”. Otro chico: “del casamiento... a la muerte de los dos”.

Yo: seguimos con CASI ALGO. Pasa chico a pegar pétalo y lee: “inseguridad, falta de compromiso, libertad y felicidad”. Otro chico: “jaaaa estamos mal “Yo: ¿por qué inseguridad? Chico: “porque esa persona tiene la libertad de hablarse con más personas no siendo novios”. Chico se siguiente grupo pasa a pegar su pétalo y lee: “alguien con quien querés todo, pero nunca llegas a nada”. Otro chico: “y no sabes si no llegas a nada, puede ser que llegues y puede ser que no”. Yo: ¿a veces llegas y a veces no? Chico: “puede ser que quede ahí”. Yo: ¿qué tiene que pasar para que sí se llegue a algo? Chico: “tiene que pasar el tiempo, conocerse, presentarse la familia”. Chica del fondo: “tiene que haber interés”. Otra chica: “tiene que haber interés mutuo entre las dos personas”. Chico del fondo: “respeto...”. Otro chico: “fidelidad...”. Yo: ¿fidelidad en el casi algo? Chica del fondo: “nooo, si llega... después del casi algo”. Otra chica: “si a vos te importa la persona vas a tener respeto”. Pasa el siguiente grupo y coloca pétalo: “se tratan como novios, pero no lo son, tienen miedo al compromiso”. Yo: ¿están de acuerdo? Varios: “sí”. Yo: ¿qué es el miedo al compromiso? Chico: “miedo a que te gorreen”. Otro chico: “tener miedo que no funcione lo que están intentando”. Otra chica: “miedo a que no den el cien”. El siguiente grupo pega pétalo: “atracción mutua”. Chica explica: “cuando dos personas sienten lo mismo entre ambas, pero todavía no quieren ir más allá”. Yo: O sea que es un intermedio, pero sí hay atracción. Chica: “ajá”

Yo: Seguimos con siguiente flor. AMIGOVIOS. Pasa una chica de un grupo y pega pétalo: “darse tratos de pareja sin serlo y sin responsabilidad afectiva”. Pregunto al resto: ¿qué es responsabilidad afectiva? Una chica: “que no tiene en cuenta sus sentimientos”. Otra chica: “que son inmaduros”.

Yo: ¿tratarse como novios que implicaría? Chica: “tratarse como novios es como dar la ilusión que son pareja, pero no...”. Chico: “son amigos”. Chica: “pueden ser amigos”. Otra chica: “puede ser otro tipo de relación”. Yo: aparentan ser pareja, pero son amigos. Otro chico: “parecido a chamuyo”. Otro chico: asiente “ehhh sí”. Otra chica: “también se parece a amigos con derecho”. Otra chica: “falta de sentimientos”. Pasa otro chico con otro pétalo y lee: “demasiados problemas para ser novios, demasiada conexión para ser amigos”. Una chica: “me tocó el alma”. Otra chica: “puede ser”. Yo: ¿entonces este vínculo empieza en una amistad? Dos chicas dicen: “depende...”. Chica: “por ejemplo, una relación que falló, quedan como amigovios”. Yo: ¿entonces no necesariamente se da con un amigo o amiga? Chica: “claro”. Yo: ¿y cuál sería otra variable? Chica: “terminar una relación y no poder soltar”. Otra chica: “o intentar una relación y no llegar a noviazgo”. Se continua con el pétalo “acuerdo mutuo”. Yo: ¿qué significa acuerdo mutuo? Chica: “significa que te ponés de acuerdo con la persona para tratar de conocerte y llegar a algo...”. Chico: “como en el casi algo”. Yo: ¿Entonces amigovios sería parecido al casi algo? Algunos asienten con la cabeza y otros indican que no. Le pregunto: ¿por qué para vos no? Chica responde: “porque en un casi algo es un antes de tener algo, en cambio en amigovios ya entra un poquito más de...no sé”. Otro chico: “chamuyo”. La chica anterior: “sí...”. Yo: entonces algunos vínculos están relacionados entre sí: amigovios y chamuyo, o amigovios y casi algo.

Yo: vamos con NOVIAZGO. ¿Qué implica el noviazgo? Chica: “compromiso”. Otra chica: “respeto”. Otra chica: “exclusividad”. Chica: “fidelidad”. Otra chica: “sentimiento mutuo”. Chico lee pétalo: “es el inicio de una relación formal, donde dos personas tratan de conocerse más profundamente para llegar a formalizar”. También está escrito en el pétalo: conocer aspectos íntimos de la persona”. Toca el timbre para salir el recreo. El preceptor les pide que terminen la actividad y luego tendrán su recreo. Yo: Mirando al pizarrón, ¿qué otras margaritas nos quedan?

¿Es lo mismo noviazgo y relación monogámica? Chica: no, no es lo mismo porque noviazgo ya es algo formal. Otra chica: sí... Chica anterior: y la otra relación sería que no está formalizada. Yo: entonces ¿la relación monogámica no necesariamente está formalizada y el noviazgo sí es formal? Varios asienten.

Pasamos a la margarita de MONOGAMIA. Una chica lee el pétalo: “se basa en reciprocidad, hacia una sola persona porque mono viene de uno, el amor sincero todo de uno, que tenga responsabilidad afectiva, que la intensidad depende de la persona, proyectás a futuro con esa persona y surge en relaciones formales o en algunos noviazgos”. Yo: ¿Qué más tiene monogamia? Me dirijo al otro grupo. Chica dice: intimidad. Yo: ¿qué quiere decir la intimidad? (risas...). Chica: “intimidad es cuando con la persona tenés confianza... física... íntima”. Yo: ajá, ¿relaciones íntimas? Chica: “sí”. Yo: ¿y en las otras hay relaciones íntimas? Chica: “sí... en amigovios, en noviazgo...”. chico dice: hasta ahí nomás. Otro chico dice: “en relaciones abiertas”. Yo: ¿En las otras no? Chico: “depende”... Otro chico: “no hay mucha intimidad igual... depende de que tanta confianza hay”.

Yo: les comento que en uno de los grupos en los que estuve, hablaban de la “toxicidad”. ¿Qué es eso? Chico del fondo: “la toxicidad es cuando no te dejan salir, no te dejan tener amigos”. Otro chico: “prohibir. Todo lo que sea prohibir”. Chico anterior: “te prohíbe todo, hasta respirar al lado de una mujer”. Chicas: “ayyy Pablo”. Chica: “te hicieron de todo a vos”. Pablo: “es así, es así”. Otro chico: “te prohíbe casi todo”. Chico: “que solamente estés para ella”. Yo: ¿y esto en cuáles de los vínculos pasa? Varios: “en el noviazgo”. Yo: ¿solamente en el noviazgo? Varios: “no...”. Chico: “también en chamuyo”. Otro: “mmm no”. Otros: “un poquito en el chamuyo”. Chica: “en el ‘casi algo’ puede pasar”. Otra chica: “en el noviazgo”. Otras dos chicas: “en cualquiera puede ser”. Chica de atrás: “cuando una persona siente sentimientos por la otra, puede llegar a sentir

celos”. Yo: ¿y los celos son algo tóxico? Otra chica: “sí...”. Chica anterior: “hay celos que son sanos y otros que no”. Yo: ¿cuáles serían los celos sanos? Otra chica: “confiar en tu pareja”. Chica: “por ejemplo, el chico no le está teniendo del todo respeto a la chica, y está hablando de forma no apropiada con otra chica, como un chamuyo, pero no un chamuyo, si no como palabras que no debería usar teniendo pareja...”. Yo: ¿eso genera celos sanos? Misma chica continúa explicando: “entonces la chica le reclama, pero no de una manera de ‘no tenés que hablar más con la otra chica’, si no como ‘necesito que me des el respeto que me merezco’”. Yo: entonces sería sin prohibición, más como un pedido de respeto. Chica: asiente. Yo: ¿y los celos que no son sanos? Chica: “prohibir”. Otra chica: “cuando no te deja tener amigos, o va a tu relación de mejores amigos y no te deja tener una charla normal como tenías o solamente todo seco... o te borra contactos, o te pide contraseñas para entrar a tu Instagram a tu WhatsApp”. Otra chica: “o sea te limita a cada cosa”. Chica anterior: “te controla”. Otra chica: “sí, te controla”. Pregunto: ¿sucede mucho eso? Varios asienten.

Al chequear que ya es la hora de finalizar, me despido, agradezco su participación y les comento que nos vamos a volver a ver en unos días. Ellos salen al recreo.

Figura A1: Margarita “Casi Algo”



Figura A2: Margarita “Relación Abierta”



Figura A3: Margarita “Chamuyo”



Figura A4: Margarita “Amigovios”



Figura A5: Margarita “Noviazgo”.



Figura A6: Margarita “Relación Monogámica”



Anexo B: Registro del Segundo Taller: “Lo Tóxico” Narrativas y Relatos

Se presentan las margaritas confeccionadas en el encuentro anterior, retomando brevemente lo trabajado. Luego, se les pide que, de esos vínculos, elijan los tres que consideran que son mas frecuentes en chicos y chicas de su edad. Los tres más votados fueron “chamuyo”, “casi algo” y noviazgo. Posteriormente se les pide que se dividan en tres grupos para que cada uno de ellos trabaje con uno de esos vínculos. Se les brinda la consigna: “Cada grupo va a escribir una historia corta sobre una situación típica que ustedes identificarían como ‘tóxica’ dentro de ese tipo de relación. Deben escribir dos historias: una historia, como si la contara un varón y una historia como si la contara una mujer.

Registro grupo noviazgo: Chica: “para mí, tóxico sería prohibir cosas, por ejemplo, no salgas, no tengas amigas”. Chica 2: “muchas veces depende de la persona porque a veces hay confianza y a veces no hay confianza. Muchas veces no se confía por el pasado que tuvo esa persona”. Colega:

¿qué es algo tóxico que pasa en un noviazgo: peleas, celos, que no te dejen salir. Sofi: a dónde?

Chico: Depende. “Por ejemplo, a veces ni te dejan juntarte con tus amigos o salir de joda, esas cosas”. Colega: ¿Cuál puede ser el motivo por el que no te deje salir de joda? Mismo chico: “no quiere que salgas, por inseguridades más que nada. Colega a otro miembro del grupo: ¿qué opinas?

Chico: “tener celos, que te pegue... (risas), a veces pasa”. Otro chico dice riendo: “a mí me pegaba, una cachetada”. Chica le responde: “pero vos no sos muy recto que digamos”. Colega a otro varón: ¿vos que pensás? Chico 3: “lo mismo nomas, por inseguridades”. Chica: “la inseguridad que crean”. Colega: ¿la inseguridad es de la persona o se la crea otra? Varios refieren “se la crea otra, eso sí”. Chica: “a veces le hicieron algo en el pasado y la chica tiene miedo que se lo hagan en el presente”. Chico: “o, por ejemplo, estás con una persona que tiene un pasado... ahí, y vos te pones de novio, pero desconfías”. Colega pregunta a otro miembro del grupo: ¿para vos que es algo tóxico en un noviazgo? Chico: “que pases todos los días por su casa para ver si hay alguien afuera”. Chica: “por ejemplo, si está pendiente de qué hago, con quien estás...o no sé, invadir en algún momento tu privacidad”. Colega: ¿en qué sentido? “Mirar tus cosas, revisar tus cuentas de redes sociales, para mí eso es invasión a la privacidad”. Colega: ¿te piden tu contraseña? Chica: “sí”. Otra chica: “como que quieren tener poder sobre ella”. Colega: ¿qué más suele suceder? Chico: “para mí cuando te prohíben salir”. Chica: “que te prohíban tener amistades también”.

Registro de grupo “chamuyo”: En este grupo trabajaron tres varones y cuatro chicas. Luego que están terminando de escribir los relatos les pregunto: ¿cuáles son las diferencias de este relato, si me lo cuenta una mujer o me lo cuenta un varón? Chico: “que la mujer a veces exagera mucho”, mirándola a su compañera de al lado le dice: “es verdad...” Chica responde: “es verdad”. Yo: ¿qué cosas exagera mucho la mujer? Chico: “el tema de discusiones, peleas, o el tema mismo de los celos...”. Chica: “sentimientos”. Chico 2: “o sea exagera mucho de cómo es el otro”. Yo: ¿Cómo

es su pareja? Chico: “en este caso sí” (refiriendo al relato). Yo: ¿y ahí que sucede? Chico: “se puede enojar el hombre...o no estar de acuerdo y ahí hay otra discusión ... y así”. Chico 2 continúa: “el tema es que busca cualquier motivo, como para buscar algo que está mal en el otro por así decirlo... porque me pasó... que yo estaba con alguien, y cualquier cosa buscaba para pelearme, por así decirlo, en el sentido, no de pelearme y terminar, sino que buscaba cualquier cosa mínima para decirme `vos haces tal cosa, esto está mal, que esto que lo otro´ y yo cuando le decía que me molestaba eso se enojaba, no me escribía y al rato me escribía de nuevo pidiéndome perdón, pero siempre repetía lo mismo”. Yo: ¿esto que te pasó era en una relación de chamuyo? El: “algo así”. Chica: “pero en este caso (del relato) la chica al estar muy enganchada no va a querer hablar mucho de sentimientos sabiendo que a él no le importa”. Yo: ¿y esto que te pasó a vos también puede pasar en el casi algo o el noviazgo? Ambos: “también”. Yo: ¿Y esto que decís que la mujer exagera mucho, exagera sus sentimientos? ¿También? Ambos: “sí”. Chica 2: “capaz en una relación abierta no pase porque están en un acuerdo mutuo de que pueden estar con otras personas, entonces no van involucrar sentimientos sabiendo que están en un acuerdo de poder estar con otras personas”. Yo a chica: ¿vos creés que si estas en un vínculo con acuerdo de poder estar con otras personas no se involucran sentimientos? Ella responde: “y a fondo no”. Chico: “muy a fondo no. Se pueden involucrar sí, pero no al cien por ciento. Hasta ahí nomas...”. Yo: ¿y pasa eso? ¿conocen ustedes gente que tenga relaciones abiertas? Chico: “no es muy común, pero algo hay”. Chica: “tener una relación abierta es como que estás arriesgando la dignidad también, ¿por qué estarías con cualquiera siendo que podés estar con uno? no sé cómo explicarme, como que es asqueroso”. Yo: ¿sentís que es asquerosos estar con más de uno? Chica: “claro”. Chico 2: “es estar compartiendo a una persona”. Chica 2: “hechás tu dignidad a...”. Chico: “es como que no te respetás a vos mismo”. Chica: “claro, no te estás respetando”. Chico: “o sea no respetás que estás con alguien,

compartiendo sentimientos, pero a la vez ella también esta con alguien compartiendo esos sentimientos con otras personas”. Yo: ¿entonces si hay sentimientos? Chico: “a veces si, como digo...no muy a fondo, no le das el cien por ciento de vos”. Yo: ¿y esas relaciones abiertas generalmente son como noviazgos? Chico: “sí, pero un noviazgo compartido con otros”. Chica: “puede hacer todo lo que se hace en un noviazgo... salir, darse besos, compartir momentos, pero ya cuando es una relación abierta depende, puede ser una relación abierta de intimidad o una relación abierta de noviazgo en general..., relación abierta de intimidad ya es faltarte el respeto a vos mismo”. Yo: o sea el acuerdo ahí es que puedan tener relaciones sexuales con otros chicos o chicas. Chica: “también te estas arriesgando a vos y a los demás”. Yo: ¿o sea está, por un lado, lo físico y por el otro lado lo sentimental? ¿Son dos niveles distintos? Ellos: afirman con la cabeza.

Inicia el momento de compartir los relatos escritos.

Comienza el grupo que trabajó con la relación “noviazgo”. Lee el relato una chica integrante del grupo: “desde el punto de la mujer, se ve mucha inseguridad hacia su pareja, y más si alguna vez se sintió lastimada o le fallaron, o también puede ser porque su pareja no la respetó demasiado en algún momento. La solución del problema es, que alguna de las dos personas, en este caso el hombre, cambie sus actitudes, demostrando lo que en el pasado no hizo bien para poder tener una buena relación, sana, estable, y con confianza. La inseguridad de la mujer, sería la infidelidad, mayormente, en todos los casos”. Yo: ¿Qué es lo que ustedes consideran tóxico acá? Chico: “la inseguridad de la chica... porque a veces la chica es insegura y no lo deja salir al chico, por culpa de lo que hizo en un pasado”. Yo: ¿A dónde no lo deja salir por ejemplo? Chica: “a juntarse con sus amigos”. Chico 2: “fiestas, juntadas”. Chica 3: “por miedo a que le fallen”. Chico 2: “algunos le dicen que se van a pescar” (risas). Yo: ¿y el chico accede a no ir? Otro chico: “y a veces miente...”. Yo: ¿el chico miente por todos los “no” que le pone la chica? Ellos asienten. Yo: Eso

pasa de la chica al chico, ¿y del chico a la chica? Chica: “ahora le leemos desde el punto del chico”. Chico lee: “desde el punto de vista del hombre, la inseguridad sería que la chica tenga amigos, los cuales nosotros notamos que tienen onda con ella, tienen otras intenciones... y la solución sería que ella se dé cuenta de las intenciones de sus amigos y se aleje de esas amistades, así como le gustaría a ella que reaccionemos”. Al no entender, yo pregunto: ¿cómo sería? Otro chico del grupo: “sería que ella tiene amigos con otras intenciones, y ella sabiendo que los otros amigos tienen esas intenciones, no se aleje. Obviamente que al hombre le va a dar celos o cualquier otra cosa...la solución sería que la chica se dé cuenta de lo que está haciendo, porque obviamente está mal que tenga amigos con otras intenciones... que se aleje”. Chica: “que, si ella se da cuenta que tienen otras intenciones o que supuestamente le quieran caer, se aleje”. Yo: pero ¿qué pasa si la chica no se da cuenta de que le quieren caer? Chico: “pasa que obviamente se tiene que dar cuenta”. Chica: “se tiene que dar cuenta”. Chico 4: “media loquita tiene que ser para no darse cuenta”. Chica 3: “se nota...se nota a la legua”. Yo: entonces en este caso también hay celos y también hay un pedido del varón de que la chica deje de hacer algo. (silencio...) Chico: “mmm... mayormente la chica tiene que darse cuenta sola” Chica: “y si no se da cuenta, ponle que el supuesto amigo le diga, que ponga un alto ella y se aleje”. Yo: ¿y si no pasa eso? Risas... Chica: “y bueno...”. Chico 5: “iríamos a pescar y estamos con otra”. Otro chico: “¡sí!”. Yo: ¿se puede terminar un vínculo? Chico: “sí”. Otro chico: “o de ultima el chico reclama, pero a veces cansa reclamar”. Yo: Lo que yo no entiendo es: ¿si la chica no se da cuenta, el chico le dice a la chica que tiene un amigo que le quiere caer? Chico: “hay veces que sí, hay veces que no”. Otro chico del grupo: “y si no, de ultima, le pegamos al amigo”. Otro chico: “le damos un alto nosotros”. Yo: ¿Eso pasa también? Chicos: “sí, pasa...”. Chica: “la pareja le pone el alto al chico”. Chico: “si Seba le quiere comer a mi novia, yo voy y le desfiguro toda la cara a Seba”. Otro chico: “pero obviamente boludo, eso ya

es obvio...quien no se va a enojar si te hace eso tu amigo”. Yo: ¿y si no es tu amigo igual? Chico anterior: “por ejemplo, si yo le digo a la chica eso, le reclamo, y lo sigue haciendo, el sigue jodiendo, voy y le pego al chico”. Les pregunto a los demás si piensan que eso sucede frecuentemente. Varios refieren: “Sí lo hacen”. Yo: Y eso que lo tóxico tiene que ver con la inseguridad de la chica, ¿consideran que sucede? Varios: “sí”. Yo: ¿y el varón siente inseguridad? Chica: “depende de cada quien...”. Otra chica: “casi que no”. Otra chica: “no demuestran. Capaz que sienten, que sienten dolor o sienten algo, pero al grupo de compañeros no quien demostrar”. Yo: ¿Y con las amigas o las novias? Silencio... Chicas: “mmm no”. Un chico: “cuesta demostrar...”. Yo: quiero saber qué opina el resto: acá las chicas dicen que al varón le cuesta demostrar en general, por ejemplo, si el está inseguro en relación a su pareja. ¿Qué opinan los varones? Chico del grupo de chamuyo: “en parte sí, le cuesta expresarse, por miedo a que lo juzguen, porque muchas veces el varón expresa bien sus sentimientos, que quiere ser querido, quiere ser amado y muchos lo llaman ‘princeso’ o lo tildan de que pide mucho, por ejemplo. Generalmente lo tildan de princeso”. Chica: “piensan como que a la mujer nomas hay que darle...”. Yo: que exprese lo que siente hace que lo cataloguen de princeso, ¿esto por amigos? ¿amigas? Chico: “personas en general que piensan que el hombre tiene que ser el que siempre da, cien por ciento en toda la relación, el que tiene que sí o sí consentir a la mujer, siendo que... yo pienso que ambos tienen que dar de sí, ambos tienen que darse cariño, y pedir al otro como quiere ser tratado, por ejemplo, pienso que tiene que ser más recíproco”. Otro chico: “no puramente ella tiene que recibir si no (gesto con la mano) ida y vuelta”.

Pasamos al relato del grupo “chamuyo”. Narra la historia de una chica que se llama “Martina”. Chica lee: “una chica y un chico se conocen. La chica tiene 16, el chico tiene 20. En un boliche empieza el chamuyo, dentro del boliche. Se empezaron a hablar por Instagram. No se hablaban

siempre ya que él tenía una vida. Una vida a parte. Pero la vida de Martina giraba en torno a él. Al tiempo, él le pidió a ella para verse, estuvieron juntos, rodeados de sus amigos en una juntada. Empieza la toxicidad ya que el la obliga a ella a hacer cosas que ella nunca hizo, y ella le hace caso solo para llegar a tener algo lindo con él. Martina se empieza a enterar que Santiago no la respeta, y se empieza a destruir lentamente la relación. Santiago no tenía una buena vida y lentamente la hundía a Martina en ella”. Yo: ¿en este vínculo de chamuyo donde consideran que esta lo tóxico de esta situación? Chica: “él era mayor que ella y la manipulaba todo el tiempo”. Yo al resto del grupo: ellos consideraron que es muy común que suceda este tipo de situación entre una chica de 16 y un chico de 20, por ejemplo. ¿Los demás consideran que es algo común? Varios: “sí”. Yo: y consideraron que la manipulación del chico hacia la chica sería lo tóxico, ¿que consideran ustedes? Una chica de otro grupo: “eso no sería una manipulación”. Otra chica de ese grupo refiere: “ser manipulador es otra cosa”. Chica anterior: “ajá, no es lo mismo...no es lo mismo la manipulación con la toxicidad, son dos cosas distintas”. Yo: ¿cuál es la diferencia entre manipulación y toxicidad? Otra chica de ese grupo: “manipular sería que te quiere... manejar a vos misma, te quiere hacer pensar cualquier cosa, te cambia los sentimientos”. Chica del al lado: “¡los pensamientos! Como que te quiere cambiar tu forma de pensar”. Otra chica: “tu forma de ser”. Chica anterior: “tratar de convencer a la otra persona de que no hay toxicidad sería como..., estar al pendiente... que no te guste...” Chica pregunta por lo bajo: “¿y cómo sería toxicidad?” Chica: “que tenga que ver ya con otra persona”. Otra chica: “sí...”. Otra chica: “posesivo. Esa es mi opinión de toxicidad...”. Yo: bueno, ellos consideraron que lo tóxico tenía que ver con esto de la manipulación, pero ustedes pueden opinar distinto. Chica responde: “O sea también puede ser, pueden tener cosas similares”. Otra chica: “cosas en común”.

Yo: ahora vamos a escuchar el punto de vista del varón. ¿Cómo me contaría el varón esta historia de “chamuyo”? Chico lee: “volviendo del boliche, un amigo le comenta a Santiago que vio a lo lejos a ella, Martina, donde le insiste acercarse, a chamuyarle y hablarle, sin ningún tipo de contexto, todo por seguir la corriente al amigo. Cuando sucede que él se acerca, él no pensó ni imaginó que él le atraería a ella, donde su pequeño pero gran error, fue pedirle el Instagram. El sólo buscaba algo típico de boliche donde hablan, después bailan, se besan, etc. Lo cual, al hablarle por Instagram, tiene otro rumbo el chamuyo. Pero al darse cuenta que ella no quería buscar algo de “hablar, usar y tirar”, el aprovecha para romper y usar su intimidad como un juego mutuo. Al poco tiempo ella se entera de cosas de él, como su pasado, edad y verdaderas actitudes de él. Aclarándose las cosas y ... (audio confuso) dejándose como si nada su verdadera propuesta. Yo: ¿qué sucede ahí al final? Chico responde: “que ella se enteró todas cosas de él, y él no puede hacer nada más”. Yo: ¿se termina? Chico: “sí, ya no puede mentir más, manipular más”. Otro chico de otro grupo: “o sea, le está dando a entender que el chico solo la buscaba para una sola cosa a la chica, y que le mintió de la edad, que la quería a ella y no a otra”. Chico que leía: “en todo nomás...le mintió”. Yo: ¿eso sucede frecuentemente? Chico del otro grupo: “y...no sé qué le parece”. Otro chico le dice a él: “¡pero vos no tenés 20 años!” Yo: pero si el chico tendría la edad de ustedes en vez de 20, ¿suele pasar? Chico: “¿que la busque para una cosa?” Yo: sí. Otro chico: “de pasar debe pasar, porque muchas veces pasa en todos lados, pero yo no conozco alguien cercano”. Otro chico: “yo nunca vi...”.

Yo: vamos con el último grupo: del “casi algo”. Este grupo estaba conformado solamente por chicas. Comienza a leer el relato una chica, desde la “voz” de una mujer. “Todo parecía perfecto. Él era cariñoso, atento, interesado, compañero y me hacía sentir especial y amada. Con el tiempo comencé a notar pequeños detalles que me hacían dudar. Conversaciones que iban en contra de

sus palabras y me hacían desconfiar si sus sentimientos eran reales y a lo que quería llegar. Es donde empezaron los celos, porque él no me tenía el mismo respeto que yo le tenía a él. Comenzaron las dudas, los conflictos, preguntas, comparación con relaciones anteriores de él, desconfianza en amistades, hasta el punto de llegar a controlar sus actividades en redes sociales o tratar de contestar mensajes, y con todo eso yo sentía que había alguien más que yo. Pero un día, me di cuenta de que me estaba perdiendo a mí misma en esa relación o perdiendo mi tiempo en alguien que no me merecía. Así que tome la decisión de irme. Fue difícil, pero supe que era lo mejor para mí. Aprendí que el amor duele y lastima cuando no es mutuo. Pasando por situaciones de altibajos, depresión, te aislás y no comes, te desanimas. Con esto aprendí a amarme y valorarme. Pero no en todas las situaciones termina con el mismo final”. Chica explica: “no llegamos a hacer el relato desde la voz del hombre, pero pusimos algunas características del hombre. No saber lo que quiere, pierde interés, no sabe estar solo, teniendo novia busca a otra igualmente. No te quiere, pero igual no te suelta. Y te hace ilusiones. (Ellas entendieron que la consigna era que describan a los varones). Otra del grupo explica: “los varones son totalmente diferentes a nosotras y nosotras no sabemos cómo se sienten ellos y ellos tampoco saben cómo nosotras nos sentimos”. Pregunto a los demás si están de acuerdo con lo que dijo la compañera. Varios responden que “sí”. Un chico refiere: “depende”. Chica anterior: “de ambos lados, siento que demuestran ser fuertes (las chicas) cuando terminan una relación, cuando terminan algo, demuestran ser algo que no son y cuando están en la casa, pasa todo esto de que no comen, se aíslan, de la familia también”. Yo: ¿qué opina el resto? Chico de otro grupo: “yo creo que, si yo elegí una persona, yo sí voy a saber si esa persona quiere o no... Pienso que la mujer y el hombre deben saber cómo se debe sentir uno, uno o el otro”. Yo: ¿y es común hablar de lo que sienten? Varios responden que no con la cabeza. El chico anterior menciona: “de los hombres no tanto”. Yo: ¿las mujeres? Una chica: “sí...”. Yo: ¿y entre varones

y mujeres? ¿En un vínculo como un casi algo o un noviazgo? Una chica: “si es en un noviazgo, sí”. Un chico: “si es en un casi algo puede ser. Noviazgo también, en un vínculo cuando ya hay confianza puede ser”. Yo: entonces la construcción de la confianza en un vínculo hace que se puede hablar de lo que se siente... ¿es fácil eso? ¿Difícil? Algunos indican más o menos con un gesto. El chico anterior: para mi es fácil...

Dado que finaliza el tiempo previsto, comparto con ellos bombones y golosinas, agradeciendo su participación.

Figura B1: Relato Escrito: Grupo Noviazgo.

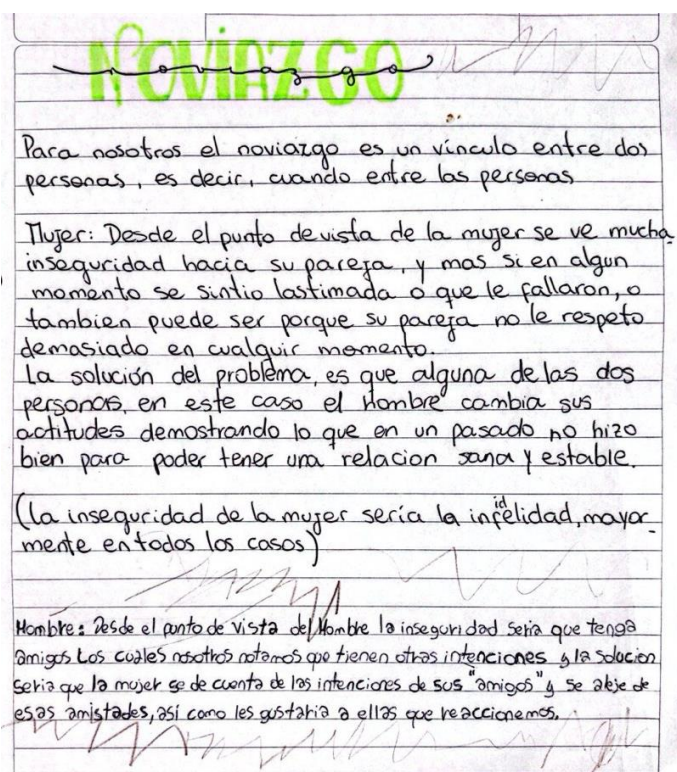


Figura B2: Relato Escrito: Grupo "Casi Algo"

CASI ALGO

En voz de una mujer:

"Todo parecía perfecto", él era cariñoso, atento, interesado, compañero y me hacía sentir especial y amada. Pero con el tiempo comencé a notar pequeños detalles que me hacían dudar: como sus acciones que iban en contra de sus palabras y me hacían dudar, así sus sentimientos eran falsos y a lo que quería llegar. Es donde empezaron los celos, porque él no me tenía el mismo respeto que yo le tenía a él, comenzaron las dudas y los conflictos, preguntas, comparación con relaciones anteriores de él, desconfianza de amistades, los rumores, hasta el punto de llegar, a controlar su actividad en redes sociales o tardar en contestar mensajes. Y con todo eso yo sentía que había alguien más que yo.

Pero un día me di cuenta de que me estaba perdiéndome a mí misma en esa relación o perdiendo mi tiempo en alguien que no me merecía, así que tomé la decisión de irme.

Fue difícil, pero ^{que} que era lo mejor para mí, aprendí que el amor duele y lastima, pasando por situaciones de ^{que} antojos, depresión, te sillas, no tienes ^{que} cuando es auto, /énimos, ni de comer. Aprendí a amarme y a valorarme.

Pero, no todas las situaciones terminan con el mismo fin.

En lo contrario, en hombre:

- * No saber lo que quiere.
- * Pide interés.
- * No sabe estar solo.
- * Teniendo novia busca otros de igual manera.
- * No te quiere pero igual no te suelta.
- * Te hace ilusiones.

Figura B3: Relato Escrito: Grupo "Chamuyo"

Una chica y un chico se conocen (chica 16 - chico 20) en un boliche, empieza el chamuyo en el boliche.

Martina: es ingeniera, vive en su casa, no tiene experiencia con chicos.

Santiago: es mayor, es muy lindo, tiene vehículo, es tatuado, tiene mucha experiencia, anda en malbar.

Martina y Santiago empiezan a conocerse.

Santiago no tiene tiempo para Martina, y ella espera su mensaje todos el día.

Ella se obsesiona con él (quiere su atención todos el día).

Santiago la usa, sabe que al final del día la única que va a estar es ella.

HISTORIA: se empezaron a hablar por ig (no se hablaban siempre) ya que él tenía una vida, pero la vida de Martina giraba en torno a él.

Al tiempo él le pidió a ella para verse, estuvieron juntos rodeados de sus amigos en una fiesta.

EMPIEZA LA TOXICIDAD...

El obligó a ella a que haga cosas que nunca hizo y ella le hace caso solo para poder llegar a tener algo lindo con él.

Martina se empieza a enterar que Santiago no la respeta y se empieza a destruir lentamente la relación.

Santiago no tenía una buena vida y lentamente la hundía a Martina en ella.

Volviendo al boliche un amigo de Santiago, le comenta que vio a la hija a ella (Martina) donde le insiste en acercarse a chamuyarle y hablarle sin ningún tipo de contexto, todo por seguir la corriente al amigo...

Cuando sucede que él se acerca él no pensó e imagina que él la atraería a ella donde su pequeño pero grande error fue pedirle el ig (Instagram) él solo buscaba algo típica de boliche, donde hablan después bailan, se besan, etc.

Lo cual él al hablarle por Instagram toma otro rumbo el "chamuyo", pero al darse cuenta que ella no quería o buscaba algo de "hablar, usar y tirar"...

El aprovechó para romper y usar su intimidad como un juego mutuo.

Al poco tiempo ella se enteró de cosas de él, como su pasado, edad, y verdaderas actitudes de él.

Aclarándose las cosas y diciendo como si nada lo fue "puertamente propuesto" entre ellos.

Anexo C: tercer taller: ¿Qué es ser varón hoy? ¿Qué es ser mujer hoy?

Yo: a lo largo de los encuentros anteriores, estuvieron diciendo cosas muy interesantes sobre cómo se expresan los varones, qué se espera de las mujeres. Hoy vamos a seguir pensando esas ideas, pero en grupos separados, para ver qué les pasa con lo que dijeron los otros. Para eso vamos a trabajar por separado; varones conmigo y mujeres con ella (colega). Les vamos a presentar tarjetas con frases para que conversemos acerca de lo que piensas ustedes sobre eso. Se conforman los grupos en ronda.

Grupo de varones

Yo: bueno, les voy presentando las frases. “los varones (en un vínculo) controlan con quien salís, con quien hablas, con quien te juntas, las contraseñas también”. Yo: ¿qué opinan ustedes de esto? Tres responden: “depende”. Chico1: “depende de las relación que tenés”. Chico2: “depende del círculo de confianza que vos creás con tu pareja”. Yo: ¿y cómo sería el círculo de confianza que creás con tu pareja? Chico2: “y... hablar todo el tiempo, hablar todo el tiempo y crear ese círculo de confianza, es crear con el tiempo, es crear un ambiente, que vos armes ese vínculo de confianza y ya no surge tanto eso, pero es depende si sos muy celoso también o no”. Yo: y si existe este círculo de confianza ¿esto del control no sucede? Mismo chico: “ajá ya no, ya casi no sucede, no suceden mucho los celos, no sucede mucho si te controlan la salida o no”. Yo: estamos hablando de los varones hacia las mujeres. ¿Ustedes conocen varones que sí controlen contraseñas por ejemplo? Ellos: “sí...”. Chico3: “me conozco yo”. Yo le pregunto: ¿y qué pedís? El responde: “depende del pasado, por ejemplo, si te gorrió obviamente vas a estar más pendiente a eso. Y si no... vas a tener confianza, hasta que te demuestre otra cosa”. Yo: ¿si no te gorrió hay confianza de entrada o cómo es? El: “sí... y si te gorrió o tiene mala fama, medio que por ahí desconfiás”. Yo: ¿y qué es lo de la mala fama? Chico: “que en el pasado puede ser que estuvo con muchas personas”. Chico4: “y que ya tiene esa fama de ser infiel”. Chico3: “claro”. Chico5: “que se quemó mucho”. Yo: ¿y eso sería un obstáculo para cree ese círculo de confianza o se lo puede crear igual? Chico: “de que se puede se puede”. Otro chico: “se puede”. Chico anterior: “obviamente la mujer debe demostrar de que hay confianza y de que no es como todos dicen”. Yo: ¿y como demuestra la mujer eso? Ellos: “y... depende”. Otro: “todo depende...” (risas). Chico6: “todas las mujeres no son iguales”. Otro: “las mujeres no son iguales, depende de la mina que te pones de novio, es así”. Yo: entonces depende de la mina con la que te ponés de novio, también tiene que ver con las

experiencias pasadas o con si hubo una infidelidad previa en la relación. Chicos: “ajá”. Yo: ¿Y qué es lo más común, controlar con quien se junta? ¿Las contraseñas? Varios dicen: “las contraseñas”. Yo: ¿del Instagram? Chico: “de todo”. (Risa) Otro: “del celu”. Otro: “de la cuenta de WhatsApp”. Otro: “sí, del Instagram más”. Yo: ¿Lo más común sería el Instagram entonces? Ellos: “sí...”. Chico2: “para ver con quien se hablan”. Yo: ¿Y por ejemplo ustedes piden la contraseña y controlan las conversaciones? Chico3: “yo, por ejemplo, tengo todas las contraseñas de mi novia, pero no las uso”. Yo: ¿pero han controlado alguna vez? Algunos dicen que sí y otros que no, con la cabeza. Chico4: “yo llegué a tener las contraseñas, pero no es que las usaba”. Yo: o sea que tienen las contraseñas, pero no las usan. Chico2: “sí, te las pasa para darte más seguridad nomas”. Yo: ¿cómo una demostración de confianza? Chico2: “sí, eso”. Yo: o sea que una manera de generar este círculo de confianza que vos decís, ¿sería que ella te de la contraseña?. El: “sí, exacto”. Otro: “eso...”. Otro: “no hace falta entrar porque es algo íntimo, privado”. Yo: y lo que la mujer o el varón hizo, o sea con quién estuvo antes, ¿es algo íntimo? ¿No es íntimo? ¿es algo privado? ¿cómo es? Chico1: “obviamente que es privado, pero...igual estaría bueno que no tenga relación con esa persona estando de novios”. Yo: ¿por? El: “y... porque si en un pasado hubo una conexión por qué no habría conexión ahora”. Yo: ¿no alcanza con que tenga conexión con vos por ejemplo? El: “a mí me gustaría, ponele que, si mi novia estuvo con otro antes, no me gustaría que tengan una relación de vuelta, o que sean amigos”. Yo: ¿amigos tampoco? El: “no, nada, cero contacto”.

Yo: Veamos qué opinan de la siguiente frase: “el varón tiene que consentir a la mujer, pero en realidad debería ser recíproco”. Chico pregunta: “¿que era recíproco?” Otro dice: “como un ida y vuelta”. Chico: “y sí...50 y 50”. Otro dice: “sí, 50 y 50. O sea hay parejas que uno demuestra más que el otro y eso es feo”. Yo: ¿cómo sería lo feo? Otro: “que uno demuestre más interés, que

demuestre más amor, porque después vos te podés llegar a sentir insuficiente, porque si vos demostrás y tu pareja no, es como que no te quiere”. Chico anterior: “exactamente”. Otro: “claro, no te sentís valorado”. Yo: ¿y cómo es cuando la cosa funciona recíprocamente entonces? Chico3: “y cuando entre los dos se ayudan, se escuchan”. Otro: “sí, se escuchan”. Chico anterior: “se aman, hay amor entre los dos... interés”. Yo: ¿y eso cuesta lograr? Una relación de escucha me refiero. Varios: “mmm no”. Uno: “y si vos estas interesado en esa persona no, ya se da automáticamente”. Otro chico: “hay personas que les cuesta expresarse, no es que no le hablan, pero les cuesta expresarse, o es muy fría, o no está acostumbrada a expresarse”. Yo: ¿te referís a expresar cariño por ejemplo? Chico: “sí, cariño, amor, todo eso, hay personas que le cuesta decir te amo, por ejemplo”. Y: ¿y eso puede pasar tanto a los varones como a las mujeres? Otro chico: “más en los varones creo. Las mujeres son más sensibles”. Otro: “más sentimentales. Ellas demuestran más sus sentimientos, en cambio, los hombres son más fríos”. Yo: la mujer es más sentimental y el varón es más frío... Ellos: “sí...”. Yo: ¿por allá que opinan? Uno dice: “depende de la velocidad también, porque hay veces que la relación fluye rápido y otras que no. Si fluye más rápido como que a veces llega un momento en el “chac”, se rompe”. Yo: ¿de qué depende de que uno en un vínculo vaya más rápido o más lento? Silencio... Uno dice: “la confianza.... El otro día me apareció en tik tok un videíto de una chica y un chico, y la chica fue la que más demostró apenas se conocieron, y en una semana se pusieron de novios. La chica, por ejemplo, todos los días lo invitaba a la casa a comer, o la chica le regalaba flores y esas cosas”. Chico anterior: “si vas más rápido es porque hay más confianza y si vas lento es porque se va construyendo de a poco también la confianza”. Yo: ¿Y de las dos maneras esta bueno que suceda? Uno dice: “para mi será mejor que vaya lento”. Otro: “para mí también” Otro: “más lento”. Yo: ¿por qué sería mejor lento? Uno dice: “se conoce mejor a la persona”. Otro: “sí...”. Chico anterior: “por ahí, si vas demasiado

rápido, no sé si va a haber mucha confianza”. Yo: ¿y para ustedes? Chico: “y... lento. se necesita un tiempo para conocer a la otra persona”.

Yo: Les leo la siguiente frase: “el varón, (en un vínculo) tiene que ser el que da el cien por cien en la relación”. Yo: ¿Qué piensan de esto? Chico: “los dos tienen que dar el cien por cien de los dos lados”. Otro: “y sí...”. Anterior continúa: “Porque si uno da ochenta y el otro cien, obviamente que no va a ser lindo, es como la anterior pregunta que hizo”. Otro chico: “claro, tiene que ser recíproco”. Chico anterior: “claro, entre los dos. Uno tiene que dar el cien y el otro tiene que dar el cien”. Yo: ¿y por qué será que algunos opinaron que es el varón que tiene que dar el cien? (Silencio... clima de reflexión). Chico: “y... por su forma de demostrar”. Yo: ¿tiene que demostrar más que la mujer será? Con la cabeza: “sí”. Yo: entonces esta frase tiene que ver con esta anterior de recíproco... Ellos: indican que sí con la cabeza. Yo: ¿entonces cuando ustedes dicen que tiene que dar, hablan de expresar sentimientos? ¿De la cuestión de la confianza? Chico1: “dar plata..” (risas). Yo: ¿también hablamos de plata? Chico1: “no... o si... (risa). Claro...” Yo: o sí... ¿pasa? Chico2: “plata no sé, sí puede ser regalos, como bombones, chocolates, algo material”. Otro chico: “no importa que sea algo caro o barato, si no la intención con la que vos le des a esa persona, me entendés...hay minas que vos le regalás algo chiquito y le gusta un montón, con una cosita así chiquita, y hay minas que son más interesadas”. Chico1: “o le regalás un cuaderno para pintar, yo le regalé eso y en una hora que estuvimos ahí pintó todo el cuaderno”. Chico2: “yo también le regalé eso”. Yo: ¿Y en eso de los gestos materiales, la mujer también tiene que dar? Ellos asienten con la cabeza. Chico: “sí, también, porque si no serías ‘migajero’, porque si la mujer no da y el otro está dando, serías migajero”. Yo: ¿migajero sería cuándo...? Chico: “la mujer da muy poco y él es el que da más”. Otro: “migajero sería que vos este pidiendo”. Chico: “hay mujeres que les nace, es depende...”. Yo: ¿ustedes se sienten más cómodos cuando a la mujer les nace o les tiene

que pedir? Todos: “cuando les nace...”. Chico: “cuando no les surge, es muy feo, no les sale espontáneo”. Yo: ¿y suele pasar? Ellos asienten. Yo: ¿y ahí que pasa en un vínculo, cuando ustedes se dan cuenta de que tienen que pedir y pedir... como exigir? Chico: “y... cansa”. Yo: ¿trae problemas? ¿Se termina el vínculo? ¿Sigue? Chico: “depende de qué pedís”. Yo: te gorrean dice uno acá. Chico anterior continua: 2porque yo no es que voy a dejar a mi novia porque no me regale cosas, yo no la voy a dejar por eso, de última voy a dejar de pedirle nomas y listo, ya fue”. Yo: ¿es lo mismo la demostración de afecto con algo material, que con algo no material? Algunos indican que “no” con la cabeza. Chico: “es diferente, pero ponele, así como yo dije que, si tu novia estaba con un chico anteriormente y tu chica le habla a ese chico, obviamente le voy a pedir que le deje de hablar, y ponele que vos le pedís muchas veces que le deje de hablar y no lo hace...”. Chico2: “hay mujeres que les nace, sería, no hablarse con más chicos, ponele a que a vos te molesta su amigo, y vos no le decís nada tipo ‘esto no’, a ella sola le tiene que nacer si le deja de hablar...”. Chico3: “se tiene que dar cuenta...”. Chico2 continúa: “se tiene que dar cuenta y decir: ‘si le molesta a mi novio le dejo de hablar para darle seguridad a él’”. Yo: entiendo que me dicen que siempre tiene que haber una demostración, ya sea a través de dejar de hablar, ya sea a través de cosas materiales.... ¿Es válido algún otro gesto que no sea material? Chico: “material o también puede ser un gesto, ya sea una carta dedicada para vos, o un mensaje de buenos días o algo, no necesariamente algo económico, algo con sentimiento”. Otro: “no, sería lo mismo hablar mucho sobre lo que van a hacer y ver cómo reaccionan después, o sea hablar mucho y hacer poco”. Yo: ¿y ahí qué pasa? silencio... Chico: “te baja la confianza”. Yo: ah, ahí aparece la desconfianza. Noto que aparece mucho el tema de confianza /desconfianza en lo que estamos hablando. Esto que dice ¿aplica para los noviazgos o para las otras también? Chico: “más en noviazgos, ahí creo que

es cuando demostrás... te dan más aprecio". Yo: ¿ustedes que opinan? Otro: "cuando te estas conociendo también...". Otro: "en el casi algo".

Yo: les leo la siguiente frase: "a veces el varón miente a la chica, por todos los "no" que le pone la chica". Chico pregunta: "¿cuáles serían los no?" Otro responde: "cuando te dice no hagas eso, no te juntes con alguien". Yo: significa que, de acuerdo a todos los no que te dice tu novia, ustedes tengan que mentirle. Chico: "por ejemplo cuando te dice no hagas esto, no hagas aquello pero en realidad vos sí lo estás haciendo". Chico: "está el tema de que ella te dice 'no hables con tal chica porque me da inseguridad' y vos lo hacés... pero después hay algunas que te dicen 'no salgas con tus amigos porque no me gusta' y ahí a veces le mentís, le decís que no salís y salís". Yo: sí, a eso me refiero. Chico: "sí, pero si te prohibió que salgas con tus amigos, eso ya es de loquita". Otro: "ya es otra cosa". Chico3: "claro, porque salís con amigos hombres, ¡son hombres!" (Risas...). Yo: ¿o sea que hay algunos "no" que sí son válidos, por ejemplo "no hables con tal chica"? Varios: "y sí...". Chico: "ese se entiende". Yo: se entiende, es para generar confianza... pero por ejemplo "no te juntes con tus amigos", "no vayas a una fiesta", "a pescar" ¿eso ya no va? Chico: "es una enfermita...". Otro dice: "eso es toxicidad". Otro: "mucha desconfianza ahí". Otro: "es por desconfianza que alguien no te deje salir, o porque es muy loca". Yo: ¿y qué pasa cuando sucede esto? Chico: "empezás a mentir nomas, le voy a decir que voy a dormir y salís de joda". Chico2: "pasa que ahí perdés confianza con tu pareja, porque no confía en que podés salir sin hacer algo malo. Piensa que salís, pero mentís que vas a salir con tus amigos y lastimás a la otra persona". Yo: vuelve otra vez el tema de la desconfianza. Chico anterior: "es desconfianza por parte de tu pareja". Otro chico: "ansiedad porque no sabés si es verdad o no, te quedas con la duda de si te miente o no". Yo: pero ¿cómo se sostiene el vínculo cuando uno prohíbe mucho y el otro comienza a mentir? Chico: "y mientras la otra persona no se da cuenta que le estás mintiendo, creo que no

cambiaría nada”. Yo: ¿pasa que nunca se dan cuenta que le están mintiendo? El: “Sí, pasa”. Yo: ¿y pasa que se den cuenta? El: “a veces sí”. Otro: “pasa que se enteran por otras personas que saliste, porque te ven”. Chico1: “y ahí ya entra la desconfianza porque cuando vos le mentís ya hay desconfianza y para el otro ya listo”. Yo: ¿y se puede arreglar esa situación? Chico: “si vos lo cambiás después. Yo le digo que sí salí y no lo voy a hacer más... y no lo hago más... y si lo hacés, bueno...ya es otra cosa”. Yo: ¿y la mujer prohíbe por el miedo? Ellos: “sí”. Yo: pero incluso si no hubo ninguna infidelidad en la pareja, ¿igual? Ellos: “sí”. Chico: “pasa por ahí...”. Chico: “pasa que es desconfianza de la chica por las relaciones anteriores”. Al mismo tiempo otro: “pasa que hay celos en todos lados”. Yo: con otros chicos. Chico: “claro, relaciones que la dejan insegura”. Yo: vos decís que hay celos en todos lados, ¿qué piensan de eso? Ellos: “no están buenos en la pareja, no hacen bien”. Yo: ¿y cómo se tratan en una pareja? Chico: “y... la confianza... hay que hablar las cosas, el diálogo es lo que sana todo, si vos no tenés diálogo con tu pareja, qué vas a hacer”. Yo: o sea que es algo que se puede subsanar en un vínculo. (percibo que se interrumpe el dinamismo de la conversación)

Yo: la siguiente frase es: “a los varones les cuesta demostrar lo que sienten, por miedo a que lo juzguen”. Varios: “sí”. Otro: “sí, puede ser”. Chico: “capaz que te digan que sos pesado, o las chicas que te dicen que sos intenso”. Otro: “te tildan de que pedís mucho”. Yo: ¿y esto sucede con las mujeres nomás o en todo tipo de vínculos? Chico: “a mí, por ejemplo, me pasa con todas las personas, a mí no me gusta decir lo que yo siento o cómo me siento”. Yo: ¿por? Chico continúa: “no sé, no me gusta, yo prefiero arreglar mis cosas solo, hacer las cosas solo nomás y no tener ayuda. Capaz es uno de los problemas que toda persona tiene, porque la verdad es que está bien tener la ayuda de los demás...”. Yo: por ejemplo si a ustedes le pasa algo, están preocupados por algo o no se sienten bien, no necesariamente en relación a un vínculo, ¿lo hablan con alguien más?

Todos: “no...”. Chico: “te lo guardás hasta que se arregle”. Otro: “y sí...”. Yo: ¿y cómo se arregla? Chico: “y vos sólo buscás la manera de arreglarlo solo”. Otro: “porque hay veces que no contás por miedo a ser juzgado o a ser criticado por las personas, que te tomen como débil”. Yo: entonces te pueden tomar como débil o como intenso como dijiste vos... ¿y no es como mucho peso en algún momento cargar con algo solo? Chico anterior: “sí, en parte sí. Porque siempre está bueno hablar con alguien de tus sentimientos, porque vos te tragás el problema y después se te hace un peso, por eso está bueno hablar con cualquiera que vos tengas confianza, tu novia, tus padres, tu mejor amiga, no hay motivo para ser juzgado, pero ese miedo también está”. Yo: entonces no pasa solo en los vínculos de pareja. Ellos: “en todos los vínculos”. Chico: “con tu familia también”. Chico2: “es un problema que se ve mucho”. Yo: ¿y en que puede derivar si uno carga y carga con cosas sólo? Chico: “suicidio”. Otro: “depresión”. Otro: “sentirse triste, ansiedad. Puede sufrir ataque de pánico también. Por eso hay que hablar, lo antes que se pueda. Porque vos acumulás eso...porque si querés solucionar los problemas y no tenés con quien hablarlo, te vas a querer matar nomas, por eso es mejor hablarlo con tiempo a tus cosas”. Yo: sin duda que hablar de lo que sentimos es una herramienta para la salud mental.

Yo: la siguiente frase es: “cuando el varón expresa lo que siente, lo tildan de princeso”. ¿Qué es esto de princeso? Chico: “Es como dijo él... Creo que siempre el varón, es como que siempre prefiere arreglar las cosas solo”. Yo: Pero, por ejemplo, si una mujer expresa... Otro chico: “te dicen princeso porque es como si fuera que actuás como una mujer, por así decirlo. O sea, que pedís atención, pedís cartas, pedís...”. Otro chico: “ella te domina...”. Chico anterior: “o sea que ella manda en la relación, o sea que ella es más las que te mantiene más a vos, más que vos.... Porque muchas mujeres tienen la ideología de que el varón 100% tiene que dar todo. Por ejemplo, él que tiene que escribir primero, él que tiene que mandar cartas, flores, tiene que tener entendido,

tiene que pagar cuando salen a comer... y así". Yo: ¿y la mujer no? Mismo chico: "y la mujer no, la mujer solo recibe, por así decirlo. Pero cuando los varones piden también, la mujer agarra y lo toma de princeso. O sea, se excusan con eso. Se excusan con que el varón es un princeso". Yo: ¿Y por qué, por ejemplo, si la mujer expresa lo que siente, o por qué a la mujer no se la tilde princesa, por ejemplo, y al varón sí de princeso? ¿Por qué puede pasar eso? Otro chico: "también porque es muy orgulloso". Chico que dio la explicación anterior: "por cómo piensa la mujer...". Yo: ¿Pero esto del princeso se usa para las mujeres? Como "ay qué princesa"? Chico: "en parte sí, cuando es una mujer servida, que quiere todo por ejemplo". Yo: Ah, no en relación a la expresión de las emociones, sino la que se le da todo. Chico: "sí, la que pide todo. La mimada". Yo: Pero ¿esto es de algunas mujeres?, ¿no de todas? Chico: "Es como una ideología que algunas mujeres tienen". Otro chico: "la mayoría...". Yo: ¿La mayoría te parece? Chico: "sí...". Yo: Sí, pero no es lo mismo pedir en el sentido recíproco que ustedes decían, como en el dar y recibir, que pedir, como pedir, pedir, pedir y no dar. ¿O no?, porque esto que vos decís es como un poco la mujer pide, pide, pero no da. Chico: "claro". Yo: ¿O como que se pone muy exigente sería? Chico: "sí que te pide todo a vos, te pide de lo más caro, te pide salidas siempre, que te pide... todo. Y cuando vos le pedís algo, algo barato nomás, ella se queja y te dice no". Yo: Y ahí sos princeso, digamos. Chico: "Y ahí sos princeso. Estás pidiendo, pero no...". Yo: ¿siendo qué? El: "siendo que ella es la que tiene que recibir todo el afecto". Yo: Claro, tiene que ver con esta manera de pensar el vínculo, como asimétricamente. Vos dame, dame, dame, dame. Chico: "Sí, porque tiene que ver con la idea de que los padres siempre enseñan a los varones cómo tratar a las mujeres". Otro chico: "Los padres siempre enseñan a los varones cómo tratar a una mujer". Chico anterior: "pero los padres nunca se sientan con la hija a decirle cómo tratar al hombre". Yo: Ah, mirá qué interesante. Chico: "Sí, porque no es muy común ver a un padre diciéndole a una mujer cómo tratar al hombre.

Siempre se escucha que los padres decirle al varón cómo tiene que tratar a una mujer correctamente”. Yo: Como que hay algo en la crianza que se transmite. Chico: “Claro, depende cómo criaste a tu hijo”. Yo: ¿y ustedes creen que hay algo del papá varón explicándole a su hijo varón que tiene que dar, dar, dar, dar a la mujer? Chico: “Claro, tratarla como princesa sería”. Otro chico: “tratarla como una princesa o como una reina, como dicen”. Yo: ¿eso sí se transmite de padre a hijo? Chico: “Claro”. Otro chico: “o de madre a hija”. Chico3: “o de madre a hijo. Por ejemplo, cuando mi mama me enseña cómo le hubiera gustado que la traten a ella”. Yo: entonces hay algo de la crianza... que uno repite cuestiones que nos enseñaron... Ellos asienten con la cabeza.

Yo: les leo la siguiente frase: “los hombres disimulan o esconden lo que sienten para hacerse los fuertes frente a los demás”. Chico: “¡eso es verdad!”. Otro: “es verdad...”. Otro: “sí...”. Otro: “pasa mucho eso”. Yo: a ver... ¿Cómo sería? Chico: “como que te escondés... decís que está todo bien, pero en realidad por dentro no está todo bien...”. Yo: ¿y por qué sería importante mostrarse fuerte ante los demás? Chico: “para que no piensen que sos un gay...”. Otro chico: “claro...”. Otro chico: “para no mostrarte que sos débil, para evitar que te lastimen...”. Otro chico: “sí, para evitar que te bardeen”. Yo: ¿entonces si uno se siente mal, está asociado a la debilidad? Varios: “sí...”. Yo: ¿por qué decís vos que también tiene que ver con la crianza? Chico: “y porque siempre te enseñan que si sos hombre, tenés que ser fuerte”. Otro chico: “sí, que los hombres no lloran”. Yo: ok, los hombres no lloran, los hombres tienen que ser fuertes... ¿y ustedes que piensan de eso? Chico: “que está mal, la ideología esa de que a todos les enseñen que los hombres no tienen que llorar... por ejemplo cuando estas cansado de la vida, por así decirlo, y necesitás llorar y la gente te piensa como débil...”. Otro chico: “claro...”. Yo: ¿y eso no pasa con la mujer? Chico: “y no, si la mujer llora, la típica es tener que consentirla, pero un hombre llora y... llora... tipo está ahí

nomas...”. Yo: que llore nomas...qué duro. Chico: “claro que es duro”. Yo: ¿cuáles son las cosas que le enseñan al varón? ¿Implícita o explícitamente? ¿qué tiene que ser aparte de fuerte? Chico: “tiene que sacar adelante a la familia que vos formes, la que vos crees, con una pareja”. Yo: ¿y qué significa sacar adelante? Otro chico: “que la mantengas, económicamente”. Chico anterior: “que seas responsable de ellos, y que te la banques solo, que te consigas un laburo, que te pongas a estudiar y formes una empresa y después puedas a salir adelante con eso”. Yo: ¿para mantener o para ayudar a tu familia? Chico: “para ayudar a tu familia, mantener a tu pareja”. Otro chico: “que sea el sostén de la casa...”. Yo: ¿el hombre tiene que ser el sostén de la casa? Ellos: “y...”. Chico: “así te enseñan...”. Yo: ¿y ustedes qué piensan? Chico: “eso era antes, pero ahora tendría que ser entre los dos”. Yo: ahhhh. Otro: “sí, entre los dos”. Chico: “pasa que antes la mujer no trabajaba, estaba en la casa, entonces el sostén era el varón, ahora como la mujer trabaja, comparten los gastos y eso”. Otro chico: “y es mejor encima”. Otro: “eso sí...”. Otro: “sí, es mejor...porque vos por ejemplo podes estar casado y tener una empresa familiar y por ejemplo, si vos tenés hijos, ya le queda a los hijos”. Otro: “sí...”. Chico anterior: “y eso es para que no sufran tanto también, porque hay muchos casos que los hijos se tienen que bancar solos también, tienen que conseguir trabajo solos, es un laburo para ellos también”. Yo: entonces ustedes estarían más de acuerdo con que sean los dos los que trabajen y no de que el hombre sea el único sostén. Porque digo, el varón no puede expresar, tiene que bancar económicamente, veo como mucha exigencia con los varones... ¿qué más tiene que ser el varón según estas ideas? Chico: “que todo debe recaer sobre él...”. Otro: “claro, que la mujer solo cuida a los hijos ... eso siempre estuvo, ahora se empezó a invertir, está cambiando en parte, pero sigue existiendo”. Yo: así es, hay de lo nuevo y de lo viejo también. Chico: “claro, pero todo siempre depende de la crianza de las madres, de cómo tratan a sus hijos...”. Yo: ¿de las madres? Chico explica: “sí, o sea de la crianza de los padres, papá y mamá,

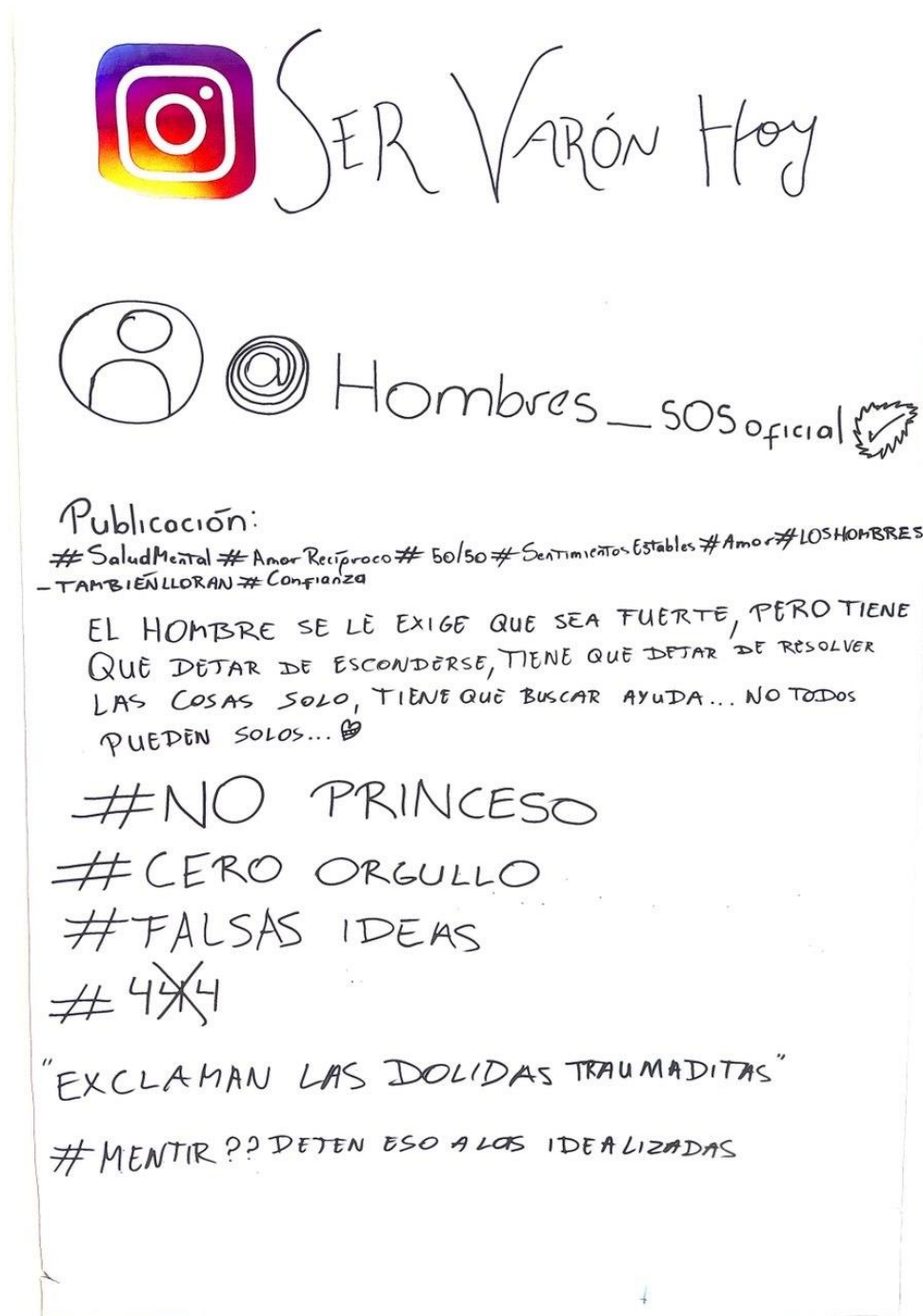
de cómo tratan a la hija o al hijo”. Yo: gracias por todo lo que me vienen contando. Vamos a la última frase, algo estuvieron diciendo, pero quería que me cuenten más. “El varón tiene que poner un “alto” a quien se mete con la pareja”. Chico: “no, no siempre...”. Otro chico: “no...”. Chico: “ponele que si la mina se deja... ella tiene que ponerle el alto... el tema es que si ella le pone el alto y el otro sigue jodiendo o sigue insistiendo...”. Yo: ¿y poner el alto como es? Chico: “lo cago a sopapos”. Otro: “lo cago a zotes”. Otro chico: “y sí, en parte sí, si es un pesado así que la busca a tu mina siempre, le decís ‘rescátate un poco que ella es mi mina’”. Yo: ¿puede ser a través del dialogo? Chico: “depende de la situación, viste...si jode así nomás... pero si es alguien que ya la busca sexualmente... Chico anterior: “asesinato ya si la busca para eso...”. En este punto señalo la diferencia entre los que opinan que siempre se resuelve a golpes y a quienes opinan que, dependiendo de la situación, podría ser a través del dialogo. Chico: “claro si vos le hablas bien al vaguito y la sigue jodiendo, le pegás nomas. El que opinaba que iba al “golpe directo” insistía en esa postura como para solucionar y poner el alto.

Bueno ahora vamos a pasar a la actividad del afiche. Las chicas, que están del otro lado de la sala, levantan la voz. Algunos varones les gritan: ¡cállense! Explico que la consigna consiste en hacer un perfil de Instagram. Yo; me gustaría que me digan cómo es ser varón hoy, según sus ideas de ahora, en esta etapa adolescente del siglo XXI. Luego le mostramos a las chicas para preguntarles qué piensan de eso y viceversa con el afiche de ellas. Yo: A ver, vos decías recién que para vos no cambiaron las cosas respecto al ser varón, otros decían que sí... Chico: “o sea, hubo cambios, pero muy pequeños, porque solo algunas mujeres lo tienen en cuenta y a gran mayoría tiene en cuenta lo anterior, o sea que hombre que dar el cien por ciento de todo...” Yo: ¿qué quieren poner acá, lo que para ustedes es ser varón hoy o lo que ustedes les gustaría que cambie? Chico: “un poco de los dos”. Otro chico: “sí, eso...”. Yo: ¿qué es ser varón hoy? Chico: “usemos chat gpt”. Yo: “pero

para que lo vamos a usar si ustedes vinieron diciendo muchas cosas interesantes sin usarlo...".

Chico: "pasa que investigamos de ahí...". Chico: "yo creo que el hombre es fuerte, pero lo que tiene que cambiar es que no siempre tiene que arreglar las cosas solo, saber buscar ayuda en los demás". Otro chico: "que deje de intentar las cosas solo". Otro chico: "que deje de esconderse del mundo", Otro: "que busque ayuda". Otro menciona: # salud mental. Otro dice entre risas "hoy estamos, mañana no sabemos" (en relación al suicidio). Chico pregunta que nombre le puede poner a la cuenta. Otro dice "# todas son iguales". Yo: ¿quieren poner eso? Varios: "nooo, no". Yo iba anotando todo lo que ellos me decían para poner en los #. A modo de chiste uno dice: "#hombres golpeados", pero luego aclaran que eso no es para colocarlo en el afiche. Yo: tengo una pregunta más para hacerles... En esto que ustedes dicen que el hombre tiene que ser fuerte, ¿tiene algo que ver las redes sociales? Chicos: "sí". Un chico: "influye bastante". Yo: ¿por qué influye bastante? Chico: "por cómo las mujeres hacen ver al hombre". Yo: ¿por qué? Chico: "porque ahí se inventó el princeso". Otro chico: "en las redes dicen todas esas pavadas, el princeso y eso salió de ahí". Yo: ¿qué más salió de las redes sociales? Chico: "idealizar...". Otro: "en las redes sociales sale algo que todo el mundo comenta y ahí se hace tendencia, así con todo, no solo con las relaciones, sale algo de ahí y la gente lo hace... el princeso ...que salió de ahí, la gente lo apoya". Otro chico: "claro, lo apoyan". Yo: ¿Son los influencers? Ellos: "no necesariamente... gente random". Otro chico: "dan su opinión, se viraliza y ahí todos opinan lo mismo". Otro: "por ejemplo, un chico dice que está re bien hacerles daño a las mujeres y después se hace viral y ya la gente lo apoya". Un chico sugiere poner en el afiche "las redes sociales destruyen".

Figura C 1: Afiche confeccionado por el grupo de varones



Grupo de mujeres

Colega: les voy a ir mostrando unas frases y necesito saber qué piensan al respecto. La idea es que todas vayan hablando. Arranco: “Las mujeres buscan cualquier motivo para pelear o para decir que algo está mal”. Chica: “Depende”. Colega: Estamos hablando de una relación, en un vínculo amoroso. ¿Qué piensan? ¿Siempre tenemos que buscar algún motivo para pelear? Varias chicas: “No, no”. Chica: “No, porque a veces, no sé si a propósito, pero es como que... Depende de los casos, obviamente, pero hay veces que el problema no es que lo hacés a propósito, sino que hay algo detrás que realmente te molesta y lo comunicás de esa manera y el otro lo ve como si fuera que vos ya querés armar una pelea”. Otra chica: “claro, pero no, ese no es el propósito, sino que comunicarle que algo te hace sentir mal y ahí capaz que sí se genere un problema si vos se lo decís mal o se lo comunicas mal o él lo afronta de una manera no tan buena”. Otra chica: “Yo no lo llamaría por cualquier razón”. Colega: ¿Cómo sería? Chica explica: “Yo no lo llamaría pelear por cualquier razón. O sea, también por mi parte, es que siempre va a haber una razón”. Otra chica: “O sea, es como que ellos hacen algo y vos le estás diciendo lo que hicieron mal y dicen que vos le buscás una pelea por eso”. Otra chica: “como que se atajan”. Otra chica: “en vez de ponerse a comprender...” Otra: “como que para ellos es insignificante eso que le decís...”. Otra: “como que a la vez te minimizan el dolor o te toman de exagerada. Colega: ¿Exagerada? ¿Suele pasar? Varias: “¡Sí!”. Chica: “te dicen: ‘¡Oh que exagerada que sos’, Y ahí nomás se lavan las manos y se van”. Colega: A ver, por allá, ¿Qué piensan? Chica: “o sea, no es siempre para pelear. Es para que la persona no lo siga haciendo o algo así. Si algo te molesta se lo decís porque vos de verdad querés que funcione”. Colega: entonces no siempre plantear algo es para pelear. Chica: “Claro. O sea, es para aclarar las cosas o para que no siga sucediendo... y el hombre se puede llegar a atacar, o él comienza la pelea”. Colega: Ajá. Entonces, ¿Siempre hay una pelea cuando se tiene que hablar de

algo? Dos chicas: “No tendría que estar así. No tendría”. Chica: “Pero comúnmente el que recibe el reclamo se pone a la defensiva. Y ahí arranca todo el problema”. Colega: ¿Les pasó alguna vez querer hablar con un chico de cierto tema y que termine en una discusión, en una pelea? Varias chicas: “Sí. Ajá”. Otra chica: “o porque nos mal interpretan”. Colega: ¿En qué situación puede pasar, por ejemplo? Chica: “te dicen ya ‘estas en tóxica’ o algo así”. Otra chica: “o te ponen, como para tapar lo suyo, algo que vos hiciste. Y ahí nomás como que se atajan. Te dan vuelta la historia y la equivocada sos vos”. Otra chica: “cuando lo que querías era una explicación, un motivo”. Otra: “y en las peleas así pasa... así es como que te dan vuelta la historia. O sea las peleas pueden surgir porque el chico te puede empezar a atacar con cosas y te dan vuelta la historia. O inventar...decirte ‘yo vi que vos le diste me gusta a alguien’... Y así comienzan las peleas. No sé, así por ejemplo, también te pueden empezar a atacar”. Colega: Ajá. Te dan vuelta la historia. Otra chica: “pero... o sea, te dicen... ‘Si vos hiciste eso por qué yo no puedo hacer algo mínimo que es darle “like” a una mina’”. Otra chica: “Como que se justifican también... muchísimo”. Colega Ajá. ¿Suele pasar mucho esto? Varias chicas: ¡Sí!. Colega: me gustaría escuchar a las chicas de allá. ¿Qué piensan? ¿Esto es así? No significa que les pase a ustedes, sino a una compañera, una amiga. Chica: “hay veces que nosotras sí queremos generar problemas. Ó sea yo no, pero por ejemplo una amiga, que sí quiere generar problemas, por pavadas, o miente para solo pelear”. Otra chica: “Pero, o sea, no por una pelea en sí. Es como una joda...”. Colega: Ajá. ¿Y de esa joda se puede distorsionar un poquito y pasar a una pelea? Chica: “No. En mi caso no”. Otra: “Por empezar jodiendo, puede terminar un poco mal...a veces sí”.

Colega: Vamos con la siguiente frase: “Las mujeres exageran mucho, en las discusiones, los celos o los sentimientos”. Chica: “no es exagerar...”. Otra: “para mí, no es que exageran. Sino que a cada chica la enoja más o la enoja menos”. Otra: “no es exagerar, si no que a vos te duele o te

enoja algo... es decir de verdad de lo que sentís con respecto a esa acción o algo relacionado al otro...la verdad de cómo te duele algo”. Otra Chica: “capaz que algunas mujeres no se lo toman con calma y lo tiran con todo”. Colega: ¿Pensás que hay chicas que ciertas cosas no se lo toman bien? Chica: “Ajá. O sea, hablando en general así... hay chicas que no se lo toman bien, pero hay chicas que se lo toman de una manera más controlada que otras”. Colega: ¿les dijeron algo así alguna vez? ¿Alguien las llamó exageradas? Varias asienten y dicen suavemente: “sí..”. Colega: bueno a ver, me gustaría escucharlas...(noto un clima más pausado en la conversación, a diferencia del tópico anterior) Chica: “a mí no me dijeron que era una exagerada pero me dijeron que tipo que era una pavada eso que decía... Como que para ellos...lo toman mínimo, una cosita que nosotras nos duele mucho”. Colega: a ver contáme una situación típica, un ejemplo. Chica: “una amistad... que le moleste una amistad, o sea yo tengo un amigo y no te deja juntarte. Otra chica: “En el caso de amigas. Yo creo que ahí hay un tema también. Ahí están “las amigas” y “las amigas” (marca una diferencia gestual)”. Otra chica: “Las amigas y las amiguitas sería”. Otra: “Ajá...”. Chica anterior: “es que por ahí reclamás una amiguita y te dice ‘es una amiga nomas’ y es obvio que no es una amiga nomás”. Otra: “que tiene segunda intenciones”. Otras chicas: “ajá...”. Chica: “y él es el único que no se da cuenta que la amiga le tiene ganas...”. Otra: “o se da cuenta pero quiere quedarse ahí nomas porque le conviene”. Otra: “claro, porque le conviene... cuando termina con vos, ¿con quién se va? Con la otra chica...”. Otra chica: “con la amiguita...”. Colega: Bueno, a ver, ¿qué es amiga y qué es amiguita? Chica: “la amiga es por ahí, la chica que conoce hace bastante, con la que comparten cosas... no te importa porque te das cuenta que es una amiga nomas... y la amiguita es una persona que conoció hace poco, por Instagram por ejemplo, que le “likea” las fotos”. Otra chica: “o que tuvieron un “airba”. Otra chica: “o que sabe que le tiene ganas, o que no es respetuoso”. Otra: “claro, esa chica que se quiere meter en tu relación, es la

amiguita”. Colega: ¿conocen muchas situaciones de estas? Varias: “sí...”. Chica: “por ejemplo, la chica le llena la cabeza de cosas de vos, o le cuenta cosas...”. Otra: “y no solamente puede ser de parte de la amiga, también puede ser de parte de los amigos”. Otra: “Porque está la que le llena la cabeza y está el que permite que le llenen la cabeza”. Colega: ajá, entiendo. Chica: “y capaz que te dice ‘yo no sería así con vos’”. Colega: Bueno, acá tenemos una diferencia muy grande. Los chicos que saben que esa chica tiene otras intenciones. Y los que no. O que puede ser que sí, pero se haga el bobo. Chica: “lo que pasa que está el chico que se deja, se deja abrazar tocar...”. Otra: “pasa que al final del día es consciente. Colega: ¿Piensan que es consciente de todo? Chicas: “Sí, sí”. Chica: “Yo creo que un hombre con novia no tiene amigas. O sea, amigas, amiguitas, así como...”. Colega: ¿Amigas o amiguitas? Chica aclara: “Amiguitas. Amiguitas”. Chica: “O sea, yo siento que un hombre cuando tiene novia tiene que saber poner límites a la amistad: ‘Mi amiga es mi amiga, mi novia es mi novia’”. Otra: “ajá.”. Otra chica: “no se le acaba la vida social, pero tiene que poner ciertos límites, porque...”. Otra chica: “O sea, no eso de ponerte de novia y dejarte con tus amigas, sino que hay que saber poner límites y saber que amistades son de verdad...”. Chica: “claro...y que respeten a la novia”. Otra chica: “Yo creo que no hay que alejarse de todo”. Colega: noto que esto del respeto está muy presente. Hay mujeres que no respetan la relación. Hay hombres que no respetan su novia. ¿Y al revés? Chica: “ajá, puede ser mutuo. Puede ser tu novio, pero no te respeta a vos, o le importa más la amiga... o puede ser la amiga que es...”. Otra chica: “que la pone por delante”. Sofi: ¿Y son pareja? Chica: “Yo entendí mal” (risas). Colega: Expliquemos de vuelta. Chica: “que vos lo respetes a él y él te respete a vos”. Colega: Claro, ¿pero eso en la pareja? Chicas: “sí”. Chica: “pero yo supongo que para que una mujer llegue a ese punto tiene que estar muy cansada de las actitudes del hombre”. Otra: “no, hay mujeres que no respetan”. Chica anterior: “también, pero hay dos tipos de mujeres. Las que no respetan desde el principio y las que se cansan

de la actitud del hombre y empiezan a devolvérsela”. Otra: “pero nunca tuvo sentimientos con el chico, como que siempre le dio igual”. Colega: ¿Le dio igual la relación? Chica: “sí. O por ahí como no quiere estar sola...”. Colega: ¿Y qué piensan ustedes? Esto de ser infieles los dos ¿Por qué piensan que están juntos entonces? Chica: “porque no se saben soltar... Saben que, si se dejan, van a quedar solos. O sea, van a estar las otras personas, pero no ellos”. Otra chica: “Las otras personas no los van a lograr llenar”. Colega: Claro... ¿Piensan que se puede llenar una persona? ¿Se puede complementar? ¿Sos mi complemento, mi media naranja? ¿Piensan que eso existe? Chica: “claro, Eso sí... hasta que llega a ser una dependencia, eso sí...”. Otra chica: “Porque capaz que ellos son infieles, que se son infieles, pero él nunca va a encontrar a ella en otra persona cuando está con otra chica... se da cuenta que ninguna es como ella. Que ninguna es ella, y viceversa con la chica, ninguno es él. Colega: vamos de vuelta a la frase. “Las mujeres exageran mucho. En las discusiones, en los celos, en los sentimientos”. ¿Qué piensan? Chicas: “Hay veces que sí”. Otra: “hay veces que hay un problema y lo hacemos un... (gesto de grande con las manos) ...”. Otra: “Porque hay algunas que, por las mínimas cosas, por ejemplo, hay alguien que le roza acá el brazo a su novio y ya se pone loca. Hay algunas que son así”. Otra: “Sí, son así”. Colega: ¿Y eso de qué depende? ¿de la chica? Chicas riendo: “no hay que exagerar...”. Colega: ¿de qué depende que una chica exagere y otra qué no? ¿Algo depende de la chica? ¿Depende de lo que uno va creando? Chica: “de la confianza, puede ser”. Otra: “Claro, porque si vos ves que le choca el brazo así, te lo podés tomar de dos maneras. O le hacés un semejante problema o decís, bueno, yo sé que de parte de él no va a haber segundas intenciones y no lo va a ver de otra manera. Eso es en base a la confianza que tiene con el otro. O cómo vos lo conocés o cómo vos pensás que él va a reaccionar a eso. Pero si vos sos insegura en esos aspectos, ahí sí creo que se podría llegar a generar una discusión. Pero si vos confías lo suficiente como para decir, bueno, no lo va a ver de otra manera.

O bueno, no fue intencional...”. Otra chica: “también depende de la actitud del otro, de que te demuestre esa confianza”. Otra chica dirigiéndose a Colega: “como que acá te podés dar cuenta que nosotras somos re dolidas y estamos re serias y mirá aquellos (señalando al grupo de varones), (previamente ya los miraron e hicieron comentarios por cómo se reían ellos mientras hacían la actividad grupal). Colega: ¿Cómo están ellos? (Silencio...). Colega: vamos a cerrar acá, a ver. ¿La mujer exagera mucho? ¿Sí? ¿no? ¿depende? Dos chicas: “Depende de la situación”. Otra chica: “no depende de las chicas, sino de la situación”.

Colega: Bueno. Seguimos. “a las mujeres les cuesta menos expresar lo que sienten”. Chica: “no, o sea, depende de la confianza que vos tengas con la persona. O sea, ponele, si es pareja, y es tu pareja hace mucho ya... Como que no voy a tener ningún problema en expresarle todo lo que lo siento”. Otra chica: “cuando la persona te gusta mucho, te da para decirle lo que sentís. Otra: “si te hace sentir segura”. Otra: “sí. Pero depende de la situación”. Otra chica: “también puede pasar que llevás dos años de relación y la mujer expresa todo, pero del lado del varón, hay chicos que lo toman como un gesto como que no es de hombres expresar sus sentimientos o estar llorando, aunque sea con tu novia”. Otra chica: “sí, y ahí se callan todo. y no te expresan lo que les está pasando, no se expresan en la relación y ahí es donde se complica porque no está poniendo su parte, sentimentalmente”. Colega: Entramos en un tema acá. Quiero que todas escuchen... ¿Les ha pasado con un novio, amigovio, que expresan lo que les pasa, lloran. y la otra persona no lo puede expresar? ¿O no puede llorar, o no les puede decir que “esto me molestó, que esto me dolió”? ¿Qué piensan? ¿Por qué puede pasar esto? Chica: “muchas veces como que no quieren mostrar su debilidad delante de nosotras... Como que no se quieren mostrar... Digamos que ellos como que... Como que si quieren sentir superiores”. Otra chica: “Pero yo digo que eso viene desde chiquito. Puede ser por parte del padre o de la madre, mayormente, del padre. Puede ser que como que le

enseñó ese gesto de hombría por así decirlo...de no expresar sus sentimientos abiertamente...".

Otra: "como que a veces no están seguros de ellos mismos, como que nunca se sintieron lo suficientemente seguros de ellos mismos como para decir los problemas que ellos sienten...". Otra: "y también depende mucho de las casas...". Colega: ¿Por qué piensan eso? Chica: "porque comúnmente así pasa". Otra: "una madre le puede dejar hacer todo lo que quiera, pero la madre capaz esté ausente. Y no tiene a el padre. Y el padre le puede poner límites, pero...está ausente".

Otra chica: "y eso repercute en la persona...Tipo él se va construyendo de esa manera". Otra: "en base a su crianza". Otra chica: "sus sentimientos, su confianza". (Chica mira al grupo de varones y dice: "se están riendo y yo estoy por llorar"). Otra chica: "pero yo creo que para que una mujer exprese sus sentimientos primero tiene que dar el primer paso él, porque yo no sé si entregar... todo lo que yo siento, si la otra persona no siente lo mismo". Colega: ¿O sea que primero tiene que ser el hombre que exprese? Chica: "claro. O no sé si expresar. No sé si que sea la primera persona que te diga que te amo, pero que te dé la confianza". Otra: "claro. Que te dé la confianza de que vos podés ser... Que le podés demostrar lo que vos sentís". Otra chica: "porque te demuestra que también siente". Una chica: "yo estoy concentrada en lo que están hablando ellos" (señalando al grupo de varones). Chica: "yo creo que eso viene de chiquito... porque si capaz no tiene papá, o no tiene alguien guía, guía en su vida puede ser una abuela o un tío, y no tiene eso". Otra: "no tiene una figura digamos...". Colega: ¿si la persona no tiene una figura parental puede buscarla en otros pares? Chicas: "sí". Chica: "por ejemplo si nunca tuvo amor de madre, amor de padre, siempre busca eso en otras personas como en su novia, por ejemplo. Y por ahí es como que te cargan con ese peso de... Que vos sentís que tenés que ser la madre que no fue su mamá". Otra: "tenés que cuidarlo". Otra: "claro. Ponerle límites y todo eso". Otra chica: "O sea, sos su novia pero sentís que tenés que ser su madre, que tenés que ser su padre. Porque sabés que nunca los tuvo. Y querés

estar. Y vos ves que esa persona está...”. Otra: “como que agarrás ese cariño y como que lo querés... te agarra esas ganas de cuidarlo”. Chica anterior: “agarrás un papel que no te corresponde. Sos la novia, no sos la mamá. Pero llega un momento en el que sentís que tenés que ser también su mamá o su papá. Colega: ¿Por qué? Chica: “Porque lo querés”. Otra: “porque lo querés y porque te da cuenta de que necesita amor”. Otra chica: “porque necesita amor. Y porque te das cuenta que nunca le enseñaron eso”. Colega: ¿Alguna vez le pasó de ser novia y madre? Algunas asienten con la cabeza... Colega: bueno, “a las mujeres les cuesta menos expresar lo que sienten” ¿Piensan que la mujer se expresa mejor y el hombre de otra manera? Chica: “sí, muchas veces sí. Porque ponele, ellos al no demostrarnos lo que sienten como que se enojan y se alejan o se ponen cortantes y así. No te dicen qué le pasa”. Otra chica: “al guardarse esas cosas, después eso explota en un momento y explota como enojo. Y te empiezan a decir cómo se sienten o cómo vos los hiciste sentir en un momento. Pero claro, vos en su momento también le diste oportunidad para que se exprese. Y como no lo hizo, se lo guardó. Eso explotó en otro momento”. Otra: “por eso es que la mujer se enoja cuando el chico la deja sola. Por ejemplo, cuando le decís ‘buenas noches, me enojé’ y ellos te dicen ‘buenas noches’ y te dejan. Porque mayormente ellos están mal, tienden a encerrarse cuando están mal y no quieren expresarse, se encierran. Y creen que a la mujer le va a pasar lo mismo. Pero la mujer lo que quiere es expresarse. Quiere que él esté pendiente de eso”. Otra: “a veces te dicen como que vos no le das el lugar para que ellos hablen. O como que te dicen, ‘no pasa nada. Igual yo siempre puedo solo’. (Vuelve a llamarles la atención lo que los chicos están hablando en el otro grupo. Una chica dice: “ratas”). Colega: ¿Piensan que a nosotras nos cuesta menos expresar las emociones? Chica: “yo pienso que la mujer sabe más cómo soltarse...”. Otra: “ajá”. Otra chica: “tiene más confianza y más confianza que los hombres”. Colega: ¿Conocen situaciones que a la mujer que le cueste expresarse y el hombre que hable? Chica: “depende... si

es una mujer orgullosa”. Otra: “también puede que al principio se expresó, se soltó. Y como vio que no le devolvieron, se volvió más... Se encerró. O por más que le den ese inicio...”. Otra chica: “si no sentís, no podés expresar. Por más que te den esa confianza de que te podés expresar. Y si la mujer es orgullosa no...”. Otra: “o le pasaron cosas en su vida anteriormente que la hicieron volverse así”. Colega: ¿Piensan que es importante el pasado de la persona? Varias: “Sí”. Chica: “porque influye mucho en la persona”. Colega: ¿Qué dijiste? (dirigiéndose a una chica). Chica: “siento un rechazo hacia los hombres, yo no puedo expresarme con ellos”. Colega: Ajá, ¿Por qué? Chica: “no sé, nunca pude...”. Colega: ¿con amigos? Chica: “No, porque hay veces que sentís que en algún momento la van a cagar... Otra: “ese pensamiento de ‘mejor no digo esto’ porque siento que me puede llegar a jugar en contra después... o decir algo y pensar ‘no, este le está por contar a los amigos’, o algo así”. Otra chica: “hay veces que no te podés mostrar tan vulnerable con ellos, porque saben que ellos te pueden jugar en contra.... O se pueden aprovechar de tu vulnerabilidad. Colega: ¿se pueden aprovechar de la vulnerabilidad de una persona? Varias: “sí”. Colega: ¿por ejemplo alguna situación difícil? ¿alguna vivencia de la infancia? ¿Te lo pueden decir después? Chica: “ellos saben que ese es tu punto débil. Después saben que es tu punto de vida y saben que por ahí se pueden...” Otra: “para mí, la mujer debe confiar... tener la confianza de decirle al hombre, si ella ve que ella no se siente confiada en decirle lo que siente, está bien que se cierre, pero para mí la mujer debe tener la confianza...”. Colega: ¿y el varón? Chica: “y el varón casi nunca tiene algo que decir, por eso las mujeres casi siempre dicen y dicen...”. Colega: a ver las chicas de allá, les digo la frase de nuevo. “Las mujeres son más intensas que los varones.” Varias enfáticamente: “siiiii”. Colega: ¿qué es la intensidad para ustedes? Chica: “hablar mucho”. Otra: “demostrar”. Otra: “estar arriba de la persona” (risas). Otra chica: “demostrar el cariño”. Otra: “yo creo que demostrar intensidad hace que la otra persona se sienta segura... y pueda brindar cosas

de su vida y abra su corazón”. Colega: ¿o sea que ser intensas de nuestra parte sirve para que la relación crezca o haya confianza? Varias: “sí”. Chica: “depende de cuánto, hay lados que le gusta y lados que no”. Otra: “lados que no...que le molesta”. Colega: ¿qué intensidad de ustedes, le molesta al hombre? ¿Qué situaciones? Chica: “en persona...Ponele que él está con los amigos y nosotras vamos y estamos ahí con ellos”. Colega: ¿qué más? Otra chica: “en mi caso no molesta, en mi caso como que le gustaba que sea intensa”. Otra: “ajá”. Chica: “yo creo que intensidad es algo que va a buscar en la otra persona y no va a encontrar y después va a volver siempre”. Varias: “¡¡ajá!!” Otra chica: “el que cariño que nosotras le damos no le va a dar otra”. Otra: “o la atención que nosotras le dábamos, no va a ver otra persona que se la de”. Colega: ¿tienden a buscar otra persona? ¿O conocen a otra chica y ustedes piensan “me está buscando en ella”? Chica: “o sea cuando se termina una relación y se empieza otra, siempre se tiende a mirar, a comparar. Colega: O sea termina una relación y ¿rápido se busca otra persona? Chica: “depende del hombre...”. Colega: ¿Y la mujer? Chica: “hay mujeres a las que le duele, y se cierran, y directamente no buscan otro hombre”. Otra: “tipo esperan, no necesariamente ya reemplazan de entrada”. Chica anterior: “esperan que el vuelva...”. Otra: “se toman el tiempo”. Chica: “como que nosotras esperamos a que se den cuenta de las cosas...” (risas). Otra chica: “pero ellos nunca se van a dar cuenta...”. Chica: “porque a veces nosotras nos separamos y esperamos que ellos se den cuenta y vuelvan, pero ellos... se van con otra” (Risas) Otra chica: “o que digan, se den cuenta, ‘esta persona me da lo que en mí busque y no lo encontré’ y vuelvan (risas). Colega: ¿y quién permite que vuelva? Chicas: “¡nosotras!”. Chica: “es como que el hombre siempre te va a volver a buscar, pero depende de vos si lo permitís”, (risas, hablan todas juntas). Chica: “pero vos terminás dándole la entrada” (risas). Chica dirigiéndose a otra: “vos le diste la llave para que abran el candado”. Otra: “no trancaste la puerta hermana”, (risas). “Es como que vos tiraste la puerta abajo para que él entre”

(dirigiéndose a la chica) (risas). Colega: por ejemplo, yo estoy bien, estoy en la mía, no le doy bola, no le contesto los mensajes... ¿puede volver? Chica: “en el momento que vos ya estás bien, él aparece para recordarte que existe todavía... y después te dejan”. Colega: ¿o sea ustedes acceden a ese regreso? Chica: “sí”. Otra chica: “vos pasas a ser responsable, porque lo dejaste entrar de nuevo”. Otra: “responsable de que te vuelvan a lastimar”.

Colega: vamos con la siguiente frase: “las mujeres prohíben más que los hombres cuando se sienten inseguras”. Varias chicas: “¡sí!”. Chica: “los hombres también son inseguros”. Otra chica: “¡no! En mi caso no”. Otra chica: “los hombres prohíben más que la mujer”. Otra: “las mujeres te dan más libertad...”. Otra: “depende de la mujer”. Otra: “a veces es igual de los dos lados”. Una chica: “depende de la confianza...”. Chica anterior: “por ejemplo, llegan a un acuerdo: ‘si yo no hago esto vos no lo hacés, si yo no salgo vos no salís’”. Chica: “el hombre es más inseguro. Pero no lo demuestra”. Otra: “no, el hombre sí demuestra que es inseguro...disfraza su inseguridad... en celos”. Varias chicas: “ajá...”. Colega: ¿sería que no es directo? Chicas: “no es directo, siempre da vueltas”. Chica: “o directamente te la devuelve, sabiendo cual es la persona que más te genera inseguridad, ahí nomas te la devuelve, no te dice nada... pero te la devuelve”. Otra chica: “como que no reclama nada, pero después...por ejemplo yo no reclamo nada, pero después me acato a las consecuencias”. Colega: ¿qué consecuencias? Chica explica: “por ejemplo, yo me juntaba mucho con ‘mi amiguito’, que para mí era mi amigo de verdad, pero entonces él al toque, saco del bolsillito una amiga y entonces se juntaba todo el día con la amiga... y yo ahí me enojaba y él me decía: ‘pero vos también te juntás con él’... y ahí volvemos a dar vuelta todo”. Chica: “tiene mucha bronca ella (señalando a la que explicó el ejemplo). Colega: me gustaría escuchar a las chicas de allá también... ¿las mujeres prohíben más que los hombres cuando se sienten inseguras? Varias: “no”. Chica: “cuando se sienten inseguras se cierran y después...”. Otra: “depende del mecanismo

de cada mujer”. Chica: “en mi caso yo creo que le hombre es más inseguro...” Otra: “a veces las mujeres tenemos nuestra inseguridad que por ahí es super grande y por ahí...”. Una chica: “es que si el hombre no te dice nada es porque confía en vos”. Otra: “muchas veces tiene inseguridad por cosas que le hizo su pareja anterior, o cosas que ven en las otras amistades, las parejas de sus amistades y te reflejan a vos en eso”. Chicas: “ajá”.

Colega: seguimos con la siguiente frase: “hay personas que piensan que la mujer tiene que ser más consentida, al cien por cien, por el varón, en una relación”. Una chica: “es lindo sí”. Otras chicas: “sí...”. Otra: “cuando le nace, ahí sí...cuando te demuestra que de verdad le sale”. Otra: “cuando no, tenés que estar en el piso pidiéndole es mil veces... cuando le nacen las cosas, no... cuando se las pedís”. Otra chica: “sí, es mejor... o sentís más amor por parte de esa persona, cuando te demuestra con acciones y con lo material”. Colega: ¿que suele pasar? ¿Nosotras pedimos más ciertas atenciones, o ellos se dan cuenta y te las brindan? Varias chicas: “depende...”. Chica: “ellos nos hacen pensar que estamos pidiendo mucho con las cosas que le decimos” Otra: “vos le pedís un caramelo y para ellos ya es un auto”. Otra chica: “muy raros son los que se dan cuenta de las cosas, que la captan”. Otra: “nadie...”. Otra chica: “como que le pedís y te dicen ‘sí, sí y nunca más’ ... Otra dirigiéndose a esta última: “y la otra siempre le cree”. Otra chica: “muy ‘migajera’ de su parte...”. Colega: muy bien... de todo lo que venimos hablando hoy... ¿qué piensan?, ¿que es una creencia solo de ustedes como grupo? ¿es algo más social? ¿De la familia? Chica: “pasa que salió mucho el ‘depende’”. Colega: es verdad, depende de muchas cosas pero que piensan ustedes, ¿de dónde viene esto? ¿dónde surge? Chica: “capaz que ellos se basan en lo que ven”. Otra: “es como que ellos son los afectados siempre”. Colega: ¿se basan de lo que ven en dónde? Chica: “son víctimas, siempre son las víctimas, siempre la mujer es la loca, la pesada”. Otra chica: “sí, la intensa, la desesperada”. Otra: “la enferma”. Otra chica: “ellos nunca tuvieron ni amor de

mama, ni amor de papá (con tono burlesco), su mamá nunca lo dejaba jugar ni a la pelota...” (risas de varias). Otra chica: “ellos disfrazan todo con las cosas que le pasaron en el pasado”. Otra: “sí”. Chica anterior: “todos los problemas que tiene la relación es por los problemas del pasado. Los problemas que él tuvo, las inseguridades que tuvo”. Otra chica: “depende, porque de parte de la mujer también puede haber eso”. Chica: “sí...”. Otra chica: “sí, también”. Colega: ¿piensan que en la casa surge un poco todo esto? Chica: “sí, depende de la casa”. Colega: a lo largo de la mañana hablamos mucho de inseguridad, celos, peleas, prohibiciones... ¿qué es todo esto en una relación? Chica: “son problemas”. Otra: “problemas que no tendrían que estar”. Otra: “problemas que hacen inestable la relación”. Otra chica: “en una relación siempre va a haber algún detallito o cosas así, pero... no tendría que suceder de una manera tan seguido”. Chica: “ajá.”. Otra chica: “es cuestión de trabajarlo”. Chica anterior: “claro”. Chica: “si querés que la relación sirva tienen que poner los dos”. Colega: si hay una relación, y está pasando todo eso que hablamos... ¿qué tipo de relación es? Silencio... Una chica: “tóxica”. Colega: ¿qué piensan las otras? ¿Es tóxica? Chica: “insegura”. Otra: “inestable”. Otra chica: “intensa”. Colega: por último: piensan que estas cosas que me describieron ¿pueden ser influenciadas por las redes sociales? Varias: “los amigos”. Otra chica: “más por los amigos”. Chica: “porque muchas veces los amigos le hacen un chiste y ellos ya se quedan pensando en eso y maquinean, o sea se hacen la cabeza, les influye mucho lo que piensan los amigos”. Chica: ¡sí, re! Otras: ¡re sí!. Otra chica: “como que a veces se dejan llevar por las cosas que dicen los demás, sobre su grupo de amigos, y siempre está ese amigo que lo quiere llevar por mal camino digamos, le dice ‘no te pongas de novio ahora que estamos por entrar de vacaciones, vamos a salir’... siempre está ese amigo”. Otra chica: “o le dice ‘dejála, hay muchas’”. Una chica: ¡sí, tan cual! Otra chica: “las cosas de pareja no habría que hablarlas con los amigos, las cosas de pareja deberían ser íntimas”. Colega: pero si, por ejemplo, yo estoy mal con mi pareja

y necesito un consejo de una amiga o sentirme escuchada. Chica: “el hombre es más de hablarlo en grupo”. Otra: “o sea los hombres cuando se juntan suelen hablar de cosas así... como que cada uno tira opinión y así se van creando esos comentarios”. Chica anterior: “yo me refería a hablar mal de la pareja con un amigo. Por ejemplo, hablar mal de esa persona y la amiga lo tilda a él como que es malo... una cosa es hablar de tu problema, de lo que te pasa... pero el hombre habla más en grupo y la mujer lo hace más íntimo, con una amiga por ejemplo”.

Colega: bueno chicas, muchas gracias por todos sus aportes, vamos a pasar a la parte del afiche... vamos a hacer u perfil de Instagram: ¿cómo es ser una mujer hoy? Con todo lo que venimos hablando, con todas las características que piensan que tiene una mujer hoy, no es lo mismo ser una mujer ahora que en año 2000. La idea es que se vayan poniendo de acuerdo en las ideas. Se escuchan voces sueltas de: “oscura”. Otra: “trastornadas”. Otra: “yo creo que amorosas...”. Otra chica: “¿amorosas?” Otra: “la verdad que no”. Otra: “demostrativas”. Varias: “sí, mejor”. Una chica: “inseguras”. Colega: ¿inseguras? ¿Qué piensan? Una comenta: “allá los chicos pusieron #somos infieles”. Debaten sobre eso las chicas, pero no se entiende. Eligen: fieles y lo escriben en el afiche. Colega: ¿Cómo más es la mujer? Chica: “única”. Otra: “única e inigualable”. Otra: “empática”. Colega: ¿la mujer es empática? ¿Tiene empatía con otras personas? Chica: “sí, suele tener”. Chica: “sí, al ponerse en el papel de la madre, yo creo que ahí demuestra mucha empatía porque no tendría por qué...”. Colega: ¿eso es ser empática o es ser otra cosa? Chica: “para mí, empática es ponerse en el lugar del otro y pensar en cómo se siente esa persona, o como lo haría sentir yo con tal cosa...”. Otra chica: “sería más... como comprensiva”. Colega: ¿cómo más son las mujeres hoy? Discuten sobre el tamaño y tipo de letras...chica: “hacélo así como lo están haciendo ellos ahí”. Colega: no se comparen chicas, pueden hacerlo diferente... chica: “Cómo se van a comparar con esa asquerosidad que están haciendo ahí” (risas). Otra: “vergüenza da publicar

esa cosa (dirigiéndose a lo que hacían los varones)”. Colega: ¿cómo más son las chicas? pueden ser características buenas o no... Una chica: “sobre piensan mucho... sobrepensativas”. Otra chica: “depende”. Otra: “somos atentas”. Otra chica: “detallistas se me hace que no...”. (eligen atentas). Una chica: “pusieron princeso” (en relación al afiche de varones). (risas). Chica: “¡no! Pusieron #no princeso”. Chicas: “ah...”. Otra chica: “¡qué pavada! ¿Qué están mintiendo?” Otra chica a la compañera que escribe: “poné orgullosas”. Otra chica: “poné ‘no orgullosas’”. Colega: no se copien, tampoco mientan, pongan lo que piensan ustedes. Chica, de forma alborotada: “¡pero ellos están mintiendo! Colega: todavía no vimos lo que dicen los chicos. Chica: “¡pero están mintiendo!” Chica: “bueno, entonces poné “no al 50-50” (en contraposición a lo que pusieron los chicos). Chicas: “sí, orgullosas al 70%.. dolidas también poné”. En este momento me acerco yo y pregunto a las chicas si ya tienen listo su afiche. Una chica me dice: “profe, ¡le están mintiendo allá! Yo: “pero si todavía ustedes no saben de lo que estuvimos hablando”. Chica a un chico: “ni hombre sos Pedro... sos un varón promedio, rajá de acá”. Se acerca otro varón al grupo de chicas y una le dice: “calláte si a vos te están gorreando, no te metas”. Otra chica: “gorreadas, somos gorreadas”. Colega: ¿quieren agregar algo más? Una chica: “migajeras”. Varias: “¡sí! Migajeras”. Otra chica: “dale, poné migajeras”. (clima de gritos y alboroto). Colega sugiere que también pueden colocar emojis. Un varón les dice: “pongan emojis ‘llorando’ y emoji de un ‘ciervo’”. Chica le contesta: “¿vos pusiste un ciervo también?”. Las chicas eligen y colocan dos emojis. Se escucha al fondo una chica que dice: “depresiva también teníamos que poner” (no lo escriben).

Figura C2: Afiche confeccionado por el grupo de mujeres.



Anexo D: Presentación de los afiches y plenario

Nos colocamos en círculo para comenzar la puesta en común de los afiches. Comienzan a decirse comentarios provocativos, los varones hacia las mujeres y viceversa. Un chico dice: “ellas están mintiendo”. Yo: ¿por qué piensan eso? Otro, refiriendo a las mujeres: “son de otra raza” (hay mucho barullo en el ambiente). Otro: “o sea, no comprenden”. Pregunto a los varones por el tema del “princeso”, si también se sentían así en los vínculos con amigas mujeres, pregunto si tiene amigas mujeres, uno comenta que no se sienten escuchados. Otro refiere:(las chicas), “van a contradecir todo lo que pusieron en el afiche”. (cuando se lo muestren). Miran los afiches se escuchan risas, en general con tono burlesco. Chico: “¿444? ¿Falsas ideas? ¿Que eso?”. Comenzamos con el afiche de varones. No se animaban a leerlo ni comentarlo, discuten en relación a qué miembro del grupo debería leerlo. Me ofrezco a ayudarlos y que ellos vayan sumándose, digo (a medida que leo en el afiche): “en el grupo estuvimos conversando sobre algunas frases y una de las conclusiones que sacamos fue que actualmente, al hombre se le exige muchas cosas, como que sea fuerte, pero el hombre tiene que dejar de esconderse, tiene que dejar de resolver las cosas solo y tiene que buscar ayuda porque no todos pueden solos. En este grupo se habló mucho sobre la importancia de expresar lo que uno siente para cuidar la salud mental, para cuidarnos a nosotros mismos. Entonces ahí fueron mencionando algunos # para este perfil. Invito a que lean los #. Vuelven a discutir sobre quien lee. Los leo yo: “# salud mental, # amor reciproco, # 50-50, # sentimientos estables # los hombres también lloran # confianza”. Continúo diciendo: “estuvimos hablando mucho en relación a los vínculos con las chicas sean recíprocos, no con la idea de que el varón tiene que dar, dar, dar y la mujer recibir. Entonces surgió la idea del “no princeso”, “cero orgullos” “falsas ideas” y la canción 444”. Yo chicas cuéntenme qué piensan sobre esta idea de que al hombre hay que dejar de exigirle que sea fuerte. Varias dicen: “no le exigimos que sean

fuertes, nadie le exige”. Un chico explica: “no es que alguien nos exige, sino que lo que se refiere ahí, es que a veces el hombre oculta sus cosas para hacerse el fuerte (interrumpe una chica, otro chico le dice: “pará, escuchá”) chico continúa relato: “y que eso no está bien, sino que también el hombre tiene que expresar sus problemas para pedir ayuda, para enfrentar esos problemas por ejemplo. Yo aclaro que no se trata de que las mujeres les exijan explícitamente, sino que lo que hablamos es que muchas veces en la crianza ya se transmite esta exigencia hacia el varón de que tiene que ocultar lo que siente para mostrarse fuerte, que tiene que disimular. La idea tiene que ver con que socialmente se les exige eso. Vuelvo a preguntar: ¿qué piensan ustedes de esto? Silencio. Se escucha “ya... si... o sea..., ajá”. Chica dice: “nadie les está exigiendo que sean fuerte, sino que es algo que ellos solo se proponen y dicen ‘nosotros tenemos que ser fuertes porque somos hombres’, pero las mujeres necesitan que los hombres se expresen, o sea que se abran y cuenten las cosas... y muchas veces por eso de la sociedad no lo hacen”. Yo: esto es interesante porque la compañera está diciendo que las mujeres también necesitan que los varones se expresen. Otra chica dice: “pasa que, si quieren que funcione una relación, tienen que expresarse de los dos lados, tanto el varón como la mujer”. Otra chica: “claro...”. Yo: ¿qué más en relación a esto se les ocurre a las chicas? (Acá el murmullo calmó en el aula). ¿Por qué las chicas me dijeron, cuando me acerque, “seguro que ellos le mintieron”? ¿Qué idea tienen ustedes de sus compañeros? (Silencio...). Un chico: “yo creo que ese es un pensamiento feminista” (algunas/os ríen). Mismo chico: “se sintieron tocadas”. Otro: “sí, eso...”. Otro: “traumadas...”. Una chica: “es que los hombres pueden poner esas cosas ahí (refiriendo al afiche), pero a la hora de hacerlo, de actuar... ellos no lo hacen...”. Otra chica: (hace seña con la mano de que se da vuelta), “son así, se dan vuelta”. Chico: “pero eso depende de la persona también...”. Otra chica: “muy lindo lo que escribieron, pero en la práctica nada de eso se ve”. Yo: ¿piensan que es un discurso, pero no pasa los hechos? Chica: “ellos

pusieron 'no princesos'..." Yo: ajá... Chico: "a eso se refiere, por ejemplo si yo tengo un problema y yo lo cuento y ponele que yo al contarlo lloro, yo quedo como un princeso porque estoy contando mi problema y lloro". Una chica: "¡no!" Otra chica: "nadie te va andar diciendo princeso". Otra chica: "pero capaz tus amigos". Chico que explicó: "bueno, por eso". Chica: "a vos no te tiene que importar lo que anden diciendo tus amigos". Chico: "bueno, ¿pero si me importa? Yo no lo haría, directamente ni lo diría.... pero yo no digo que hacerlo está mal tampoco". Chica: "a nosotras sí nos va a importar, no nos vamos a reír, ni te vamos a decir que quedás como un princeso si llorás". Otra chica: "claro". Colega: lo del princeso, ¿pasa solo en el grupo de amigos o también ustedes pueden decir "ay que princeso" porque lloró (hacia las chicas)? Chicas hablan varias juntas. Chica: "es que llorar no es ser princeso". Yo: ¿y que es ser princeso? Chica: "y... esperar todo de la mujer". Otra chica: "eso es ser princeso". Dos chicos: "vió... lo que le dijimos". Yo: pero fíjense que interesante porque los chicos decían que muchas mujeres exigen que sea el varón el que de todo en la relación. Chico: "con razón pusieron "no al 50-50 ellas". Yo:...que sea el varón el que de todo, y ahora vos estas planteando que muchas veces los varones exigen que sean ellas las que den todo. Entonces estamos en un contrapunto acá. Chica: "sí...". Yo: ¿qué significa "no al 50-50? (en afiche de chicas). Chico: "quieren que demos más nosotros que ellas". Chica: "que no es par de los dos lados". Otra chica: "ajá". Chico: "¿qué quieren? ¿Que sea su cumpleaños todos los días?" Chica grita: "¡obvio, obvio!" (Hablan todos juntos). Otra chica: "¡y sí!". Chico: "¿qué? ¿Sos la reina Isabel vos?" Chica: "que no sea solo la mujer la que regale, que el hombre también te regale un bonobón". Otra chica: "si yo al hombre le estoy regalando un caramelo, al otro día tiene que venir con un auto". Chicas: "weeee pará" (gritan). Otra chica: "vos le regalás una caja y los hombres nunca te dan nada, te cansás, te cansás de hacerle detallitos y ellos nunca te dan nada". Otra chica: "sí, 50-50 sería dar lo mismo que te da la otra persona.". Yo: ¿y por qué

pusieron “NO al 50-50”? Otra chica: “porque el varón te dice, por ejemplo, yo no te hablé porque vos no me hablaste”. Otra chica le explica a la anterior: “pero nosotras pusimos ‘no’ al 50-50” (señalando la contradicción). Otra chica: “entonces que ellos sean un 60 y nosotras un 40”. Chica anterior: “¡no! ¡Que seamos 50-50 los dos!”. Otra chica: “sí, pusimos mal ahí”. Chicas: “entonces ponele un ‘Sí’ ahí”. Otra chica: “era un ‘sí’...esa es la bronca que nos dan” (risas). Chica dice: “¿qué están agregando ellos?” (refiriendo que los varones escribieron algo más en el afiche): (#“Exclaman las dolidas traumaditas”# “mentir?? Deten eso a los idealizadas”). Yo: si es así como dicen acá (refiriéndome a un grupo de chicas), sí hay una exigencia de que el varón de más. Chico: “ellas quieren que les demos un auto, ¿qué podemos esperar?”. Al mismo tiempo, una chica dice: “no es una exigencia, pero sería lindo...”. Otro chico: “¿y después del auto que le vamos a dar? ¿Un avión?”. Chica: “no pedimos un auto, pero detallitos por ejemplo”. Yo: vamos a mostrarle a los varones lo que hicieron ustedes. Una chica dice: “a mí me interesan las preguntas que le hicieron a ellos”. Otra chica: “sí, a mí también”. Me explican que 111 es una canción. Leo lo escrito en el afiche de las chicas: “demostrativas, fieles, únicas, empáticas, atentas, orgullosas 70 %”. Un chico dice: “70? Si no se fijan ni en los sentimientos de un hombre...”. Dos chicas le gritan: “¡cállate!” Hablan todos juntos. Yo continúo leyendo: dolidas... me gustaría que le cuenten a los chicos ¿por qué pusieron esto? Chica: “porque es como que las mujeres siempre demostramos más lo que sentimos que los hombres”. (Se escucha a dos varones hablando de otra cosa) Otra chica: “sí, ellos nunca terminan de demostrar todo porque se creen princesos”. Yo: pero acá la idea del princeso sería diferente a la que vos decís, según ellos. Chica: “es que la idea del princeso es que ellos nunca demuestran y esperan que nosotras mostremos todo”. Otra chica: “un hombre de verdad tiene que actuar primero que la mujer”. Otra chica: “¡claro!”. Chica anterior: “¡el hombre siempre da el primer paso!”. Otra chica: “bueno, pero ellos pusieron que no”. Yo: ¿por qué el

hombre tiene que dar el primer paso? Chicas hablan todas juntas. Una dice: “y porque son hombres”. Un chico dice: “profe vio cómo se pisan solas”. Chico: “como que tiene que ser su cumpleaños todos los días” (Risas). Otra chica: “yo no estoy de acuerdo con que el hombre tiene que dar el primer paso siempre”. Otra: “somos más demostrativas que los hombres, pero por el sólo hecho de que sino ellos piensan que son princesos por demostrar, o por llorar, o por hacer esas cosas”. Chica: “él dijo que no llora para no parecer princeso con los amigos”. Chica anterior: “pero no necesariamente tiene que ser el hombre el que dé el primer paso”. Yo: algunas piensan que sí. Otra chica: “yo creo que hay un poco de esto que el hombre tiene que dar el primer paso porque si no ¡cómo sabemos que le importamos de verdad!” Otra chica: “¿y cómo sabe el hombre que te importa?”. Chica anterior grita: “¡el hombre tiene que conquistar! ¡Para eso están!”_Yo: ¡ah! entonces la mujer tiene que ser conquistada! ¿El varón no tiene que ser conquistado? Hablan y gritan todos juntos. Algunos dicen: “¡tiene que ser igualitario!” Chica que gritó previamente: “tiene que ser igualitario, pero primero el hombre”. Una chica: “¿por qué primero el hombre?” Le contesta: “pero porque no se si tengo que demostrar o no, si la otra persona no me demuestra”. Y la compañera le pregunta: “¿y cómo sabe él que tiene que demostrar?” La chica anterior grita: “¡porque es hombre!” La otra le dice: “¿y por qué? ¿Porque es hombre nomás?”_Se termina el tiempo asignado, entonces retomo la palabra: vamos cerrando porque se nos termina el tiempo. Lo que yo escucho como cosas en común es que los dos grupos esperan cosas similares, tanto a las mujeres como a los varones les gustaría pensar en relaciones más recíprocas, donde ambos puedan expresar lo que sienten, una relación donde se pueda construir la confianza de manera conjunta y recíproca... para eso tenemos que animarnos a poder cuestionar algunas ideas como las de “el hombre tiene que” “la mujer tiene que”. Si nos encasillamos en esto, nos dificulta la posibilidad de pensar alternativas. Entonces los invito a que no se cierren en esas posturas porque siempre que

algo nos cierra, nos impide la posibilidad de pensar alternativas. Me despido y agradezco la participación.

Anexo E: transcripción Letra canción 111. Yan Blok

(Canción citada por el grupo de mujeres en el afiche, en la actividad del tercer taller)

Que fácil tú me envuelve'

Con esos ojos verde

Se hace la que no me conoce pero llevamos varios meses

Cuando más te necesito te desapareces

No me parece

Que enamorarte te interese

Pero porque me lo haces así

Me apuñalas y me sanas pa tra'

Me revives y me vuelves a matar

En un hotel bellaco me dejaste

Me diste ese culo y yo no te vi más

Que te hicieron pa que seas así?

Esa boca me tienta y me vuelve a mentir

(Yeh)

Me vuelve a mentir

Me vuelve

Y me vuelve

Y me vuelve

Que fácil tú me envuelves,
Con esos ojos verdes
Se hace la que no me conoce,
Pero llevamos varios meses
Cuando más te necesito te desapareces
No me parece,
Que enamorarte te interese
Pero porque me lo haces así?
En texto difícil de frente fácil
Pa mi'
Quiero que tú a mí me fije
No sé qué más tú a mí me exiges
No te complique, si yo tengo tiket
Aunque yo sé que eso es lo de menos
Tú te va' a morir con el corazón negro
Es que pensé que tú eras diferente,
Pero al principio todas son diferentes
Porque lo haces
Parece que te satisface
Verme aquí,
Ante ti
Me apuñalas y me sanas pa tra'
Me revives y me vuelves a matar

En un hotel bellaco me dejaste
Me diste ese culo y yo no te vi más
Que te hicieron pa que seas así?
Esa boca me tienta y me vuelve a mentir
(Yeh)
Me vuelve a mentir
Me vuelve
Y me vuelve
Y me vuelve
Vuelve,
con esos ojos verdes
Se hace la que no me conoce,
pero llevamos varios meses
Cuando más te necesito te desapareces
No me parece,
Que enamorarte
Te interese
Pero porque me lo haces así?
Me apuñalas y me sanas pa tra'
Me revives y me vuelves a matar
En un hotel bellaco me dejaste
Me diste ese culo y yo no te vi mas
Que te hicieron pa que seas así?

Esa boca me tienta y me vuelve a mentir

(Yeh)

Me vuelve a mentir

Me vuelve

Y me vuelve

Y me vuelve

Anexo F: Transcripción Letra canción 444. Yan Blok

(Canción citada por el grupo de mujeres en el afiche, en la actividad del tercer taller)

Aunque no estés aquí y estés allá

Mami, tú estás clara que siempre te vo'a clavar

Que esto nunca va a acabar, si yo siempre vo'a acabarte

Tú siempre va' a tenerme y yo siempre vo'a tenerte

Tú siempre va' a llamar y yo voy a responderte

Tú siempre va' a llamar y yo voy a responderte

Me enchulé de tus defectos imperfectamente perfectos

Le contesto en to momento, monumento es ese cuerpo, ma

¿Cuándo vamo a vernos?, que el infierno está viniendo

Y me quiero morir viniéndome, metiéndote, yeh

Tengo mari, pali y xanny, mami, yo vivo en un party

Apúntame a la chola con mi pistola y dime "papi"

Siempre oculto, Illuminati, en la Ducati, yeh

Por Miami, yeah

Aunque no estés aquí y estés allá

Mami, tú estás clara que siempre te vo'a clavar
Que esto nunca va a acabar, si yo siempre vo'a acabarte
Tú siempre va' a tenerme y yo siempre vo'a tenerte
Tú siempre va' a llamar y yo voy a responderte
Bebecita, yo te lo dije
Que yo siempre voy a ser el que te parte
Tengo Roleta, y ella, Cartier
Tú sabes que soy el uno y soy aparte
Y tú estás ricota, tú eres arte
Te gustan lo' artista' y los gánster'
Tú estás ricota, tú estás ricota, tú eres arte
Te gustan lo' artista' y los gánster'
Tú no estás cuando quiero, es cuando tú quiere'
Si el amor es de verdad, pues, ¿pa qué me hiere'?
Te doy to lo que pediste, ¿qué más tú quiere'?
Con to y eso pienso tanto, baby
Que hasta me conformo con que tú me mires y me escuches
Me transformo cuando entra' y dejo que me uses
Me trastorno cuando no te siento cerca mío
O encima mío, me da escalofrío
Me enchulé de tus defectos imperfectamente perfectos
Le contesto en to momento, monumento es ese cuerpo, ma
¿Cuándo vamo a vernos?, que el infierno está viniendo

Y me quiero morir viniéndome, metiéndote, yeh
Tengo mari, pali y xanny, mami, yo vivo en un party
Apúntame a la chola con mi pistola y dime "papi"
Siempre oculto, Iluminati, en la Ducati, yeh
Por Miami, yeah
Imperfectamente perfectos
Le contesto en to momento, monumento es ese cuerpo, ma
¿Cuándo vamo a vernos?, que el infierno está viniendo
Y me quiero morir viniéndome, metiéndote, yeh
Tengo mari, pali y xanny, mami, yo vivo en un party
Apúntame a la chola con mi pistola y dime "papi"

Anexo G: Matriz de datos para categorización y análisis cualitativo

Configuración vincular	Dimensión 1: El "Contrato" (Compromiso/Fidelidad)	Dimensión 2: Grado de Institucionalización del vínculo	Dimensión 3: Percepción de Riesgo / Daño	Dimensión 4: percepción de Violencia (Lo "Tóxico")	observaciones
Casi algo	Hay inseguridad y falta de compromiso. Existe la "libertad de hablarse con más personas" no siendo novios.	Es un vínculo previo a formalizar donde "se tratan como novios pero no lo son"	Alto riesgo: "uno termina enamorándose y el otro lo goshtha". Puede causar depresión y aislamiento.	Se asocia a los celos, la desconfianza y el control de redes sociales.	Surge muy fuerte este vínculo como un espacio de vulnerabilidad emocional (aislamiento, no comer, depresión). Aunque no haya una etiqueta formal, se evidencia el impacto de la violencia psicológica y los efectos en la salud mental
chamuyo	Hablar con otras intenciones, pero sin compromisos. Es libre de hacer lo que quiera	Es una fase de "tirarse labia" o "daily chat" que puede o no oficializarse.	Riesgo de "provocar ilusiones" en la otra persona.	Se vincula con la manipulación y mentir para obtener sexo	
noviazgo	Se basa en el respeto, la exclusividad y la fidelidad.	Es el inicio de una relación "formal" para conocerse profundamente.	Inseguridad ligada a la posibilidad de que la pareja "le falle" o no la respete.	Paradoja: Los jóvenes señalan que es donde hay "much toxicidad" y prohibiciones	

Relación abierta	Se basa en ponerse de acuerdo para tener otras relaciones. No se aplican los límites tradicionales.	Es un noviazgo "con permisos" donde cada pareja define sus reglas.	Percepción de que "capaz no es tan sana".	migajera" (quien presenta chicas a su novio).	Los jóvenes refieren que conocen gente que la "practica" pero no es tan común.
Amigovios	Se dan tratos de pareja pero "sin responsabilidad afectiva	Vínculo que puede nacer de una amistad o de una relación que falló y no se puede "soltar".	Se considera una relación donde "se lastima mucho" y es difícil que avance	Existe el riesgo de "dar la ilusión de ser pareja" sin serlo realmente.	
Relación monogámica	Implica responsabilidad afectiva, reciprocidad y fidelidad hacia una sola persona.	Se distingue del noviazgo porque no necesariamente está formalizada.	Se destaca la importancia de la confianza y la intimidad física	Se percibe como un vínculo de "amor sincero" y proyecto a futuro	los adolescentes construyen una escala progresiva de "seriedad". El Chamuyo es la base, el Casi algo es la transición, y el Noviazgo es la cima. La Relación Monogámica aparece como un ideal de "amor sincero" que no siempre coincide con el Noviazgo , el cual está más teñido por los relatos de toxicidad.